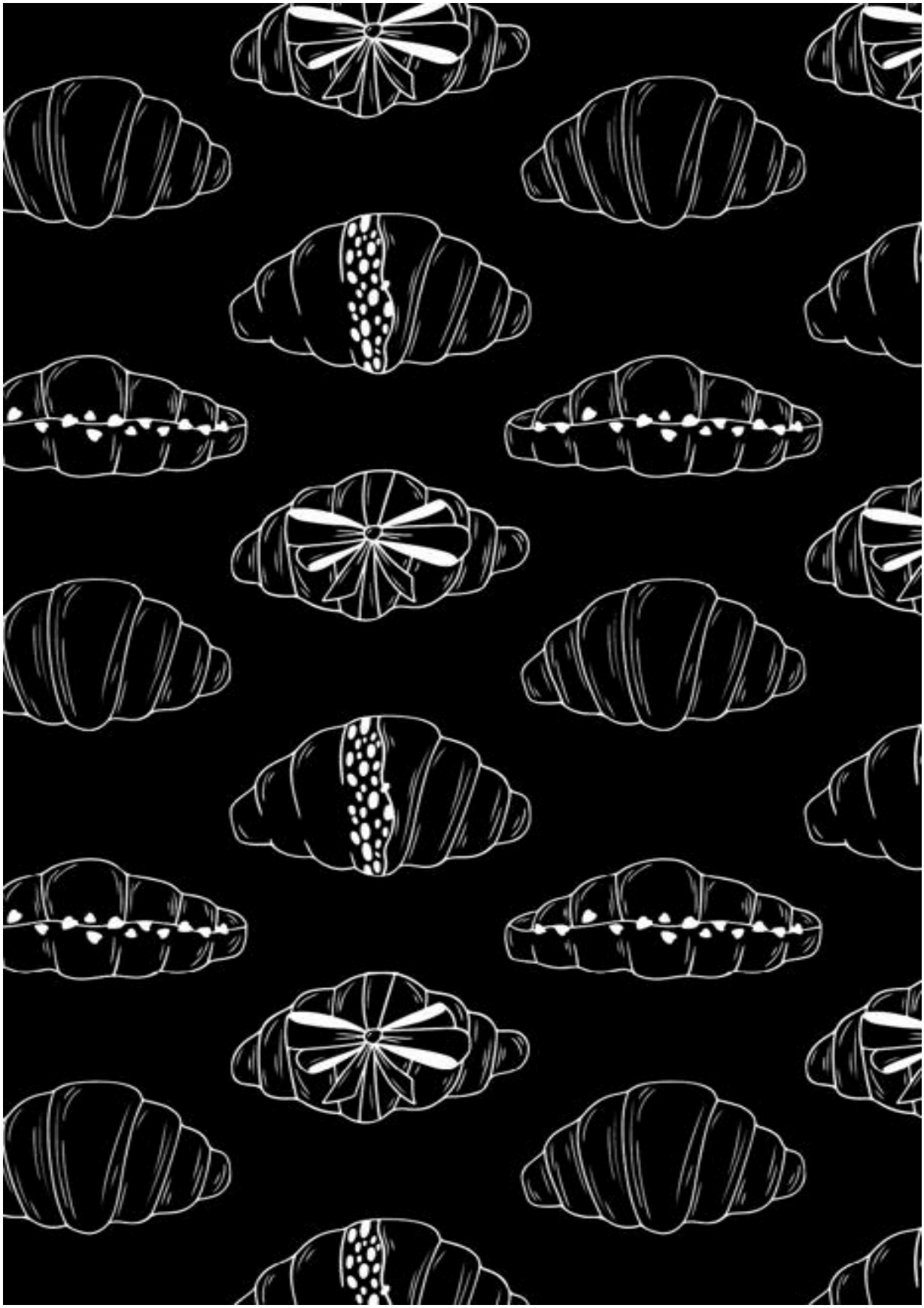
SONIA ARIAS DE LA CRUZ

LA CONFITERÍA DE MADAME BOMBÓN



Durii



LA CONFITERÍA DE MADAME BOMBÓN

LA CONFITERÍA DE MADAME BOMBÓN

SONIA ARIAS DE LA CRUZ

Durii

PRIMERA EDICIÓN: mayo 2026

© 2026, Sonia Arias de la Cruz
© 2026, Durii Editorial

Durii Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright*. Contacte con CEDRO —Centro Español de Derechos Reprográficos, cedro.org— si usted necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

EDITOR Y DISEÑADOR: *Javier Martínez Alarma*
CORRECCIÓN: *Julia Fanjul*
DISEÑO EDITORIAL Y MAQUETACIÓN: *Andrea Blu*
ILUSTRACIÓN CUBIERTA: *Nuri Studio*
LECTORAS BETA: *Cris Planchuelo, Aly y Marivi*

ISBN: 978-84-10075-59-7

www.duriieditorial.com

A mi madre, Luisa, y a mi padre, Javi, por
crear mis manos para escribir historias.

A mi hermana Aly, con quien una vez fui una sola célula,
por leer con entusiasmo este manuscrito; a mi hermano
Alberto, que llegó para sacudir y completar el círculo.

A José, por darle viento a mis alas fijas. A Sofía
y a Emma, dos «pequeñas grandes revoluciones»
que me dan la fuerza necesaria.

A mi abuela, porque aún no sé de qué color es el miedo.

Y a todos los familiares, amigas y amigos que os
habéis ilusionado con esta nueva aventura tanto como
yo. Brindaremos, bailaremos y reiremos juntos.

Si supieras las noches que te he llorado, Felipe. Creo que todas las noches te he llorado, al menos un rato. Y como decía mi abuela, si te llego a tener delante ahora mismo, ay, si te llego a tener delante, Felipe: Te cojo y te escamocho por lo que me hiciste.

Capítulo I

Tras la barra con el pie de madera de caoba y la encimera brillante, aunque arañada por la loza de los platitos blancos, está ella, imponente, con una sonrisa fija y la lengua suelta. Tiene las manos apoyadas en las caderas, unas caderas tan amplias como su pecho. Desde la distancia, su silueta parece un cántaro con dos asas. Está atenta a las palabras de su interlocutor. Cuando él termina de hablar, ella suelta una gran carcajada y da un golpe en la encimera con el trapo de secar los vasos. Siempre igual, siempre de la misma manera escandalosa. Una vez más, todos se giran para saber de dónde viene el estruendo, se sobresaltan como la primera vez. Así es ella, Madame Bombón, que si calla, ríe y si no ríe, habla. Como un sonido perpetuo.

A Madame Bombón apenas se la ve tras el mostrador de caoba. Su pelo, negro como el azabache y recogido en un moño, le regala unos centímetros más a su cuerpo que, tan ancho como alto, se mueve ágil entre sillas y clientes.

Sus manos, pequeñas y acolchadas, huelen a pan y con ellas amasa los dulces más ricos de la ciudad. Madame Bombón les canta y los bollos, según dice, lo agradecen así, hinchándose de orgullo. Por eso son más esponjosos.

Madame Bombón en realidad se llama Leocadia y es natural de un pequeño pueblo de La Mancha profunda, con fachadas encaladas y rodapiés azul añil. Donde la campana de la iglesia toca a tránsito cuando hay muerto y ningún secreto escapa a los demás. Donde se conocen unos a otros, los amoríos secretos se cuentan en susurros y las rencillas pasan de generación en generación. Donde se ahonda tanto en el mal ajeno que se sabe más del vecino que de uno mismo.

En el pueblo de Leocadia, los veranos son secos y calurosos, el polvo de la tierra se pega a los labios y el calor sofocante enrojece las mejillas. En las tardes infernales reina un silencio que solo se rompe con el zumbido de las moscas. Hace mucho tiempo que Leocadia dejó atrás todo aquello para mudarse a la ciudad y labrarse un futuro que se auguraba mejor pero no por ello más fácil.

Dicharachera y risueña, Leocadia extraña el sol ardiente reflejándose en las paredes blancas y el sonido de las cigarras en las noches de verano. Aunque, de todas las cosas del mundo, lo que Madame Bombón adora por encima de todo no es ningún sonido de su infancia, ni el tañido de las campanas, ni a las vecinas hablando bajo el quicio de la ventana. El pueblo quedó atrás, ya apenas le pertenece. Ni el frío del invierno ni el amarillo de los campos son ya suyos. Ya no es de allí, porque lo que más adora ahora es escuchar un sonido que sí le pertenece, que es de verdad el suyo, el sonido de la confitería: el tintineo de las cucharillas al remover el café, el del azúcar disolviéndose, las risas de los clientes y los suspiros de gusto al saborear los dulces. Y de todos ellos, su sonido favorito es el crujido del hojaldre roto por los dientes. Sonríe al ver a los clientes, —sus parroquianos— recoger el azúcar glas con el dedo índice y llevárselo a la boca. Lo hacen en un gesto automático, inconsciente, por no dejar ni un resto sobre el mármol blanco de la mesa.

Madame Bombón se mueve con la presteza de una serpiente que recorre cada palmo del suelo una y otra vez a lo largo del día.

—Lo que yo te digo, querida, que las mujeres no necesitamos a un hombre para desenvolvernos en la vida. Mírame a mí, ¿tú crees que yo habría conseguido todo esto si tuviera a mi Felipe aquí?

—Pues claro que sí, pero mejor. Él estaría aquí sirviendo mesas y tú criando niños tranquilamente —dice Elvira mientras se suena la nariz con un pañuelo blanco de tela.

—Ay, querida, ¡qué equivocada estás! Si mi Felipe estuviera aquí, no haría sino estorbar y consultarme todo a mí. Que si dónde están los vasos, el

azúcar, las cucharillas… ¿O cómo estás tú con tu Clemente? —Elvira se encoge de hombros—. Así que estaría liada con los críos, con el marido, la casa y además, con la confitería.

A lo lejos, don Marcial reclama su copita. Madame Bombón le indica con una seña que le ha escuchado.

—Pues eso, querida, que Dios lo tenga en su gloria a mi Felipe —concluye mientras se santigua—, pero las cosas como son, yo estaría más atareada aún. ¡Lucita, hija, lleva la copa de anís a don Marcial!

Lucita es la hija que Madame Bombón nunca tuvo. La hija que encontró en la calle una noche de lluvia, al cerrar la confitería. La niña lloraba mientras intentaba resguardarse bajo el toldo de la fachada. Debía de tener unos ocho años, quizás diez o tal vez seis cuando la acogió, nunca lo supo a ciencia cierta. A Lucita no le gusta amasar ni hornear los dulces con su madre, y tampoco comérselos, porque a Lucita lo que realmente le gusta es el pulpo. En su memoria de infancia Lucita se recuerda junto a su abuelo comiéndolo a menudo, pero desde que apareció en esta ciudad tan diferente a su lugar de origen ni lo ha visto ni lo ha olido. Con frecuencia intenta convencer a Madame Bombón para que sirva una tapa de pulpo junto a las napolitanas, la tarta de chocolate o los cafés con leche; a lo que ella, con un movimiento de cabeza exagerado, se niega una y otra vez.

Lucita ya tiene veinte años, o veintitrés o diecisiete, nadie lo sabe. Mientras limpia la encimera con rapidez su mirada se dirige cada pocos segundos hacia la entrada, a la espera de la aparición espectacular de Pablo para entregar el pedido de café. Un café negro, espeso, casi masticable.

Lucita mira a la calle a través de la puerta de cristal con molduras doradas de la entrada mientras escucha los reclamos de su madre de forma lejana, como en un sueño. Ha aprendido a desconectarse del mundo real e ignorar las órdenes de Madame Bombón.

—Hay que ver, don Marcial, no sé qué voy a hacer con esta chica. —Él asiente dándole la razón—. Aquí tiene su copita de anís, que vaya prisa lleva usted hoy.

—Juventud, divino tesoro, dicen por ahí —afirma don Marcial comprensivo—. Tengo que ir lo antes posible a la consulta de mi buen amigo el odontólogo para que revise mi férula dental. Esta mañana tuve un percance. La dejé en la mesita de noche y al coger las gafas cuando me desperté, la tiré al suelo sin querer. Y ya sabe usted que la necesito para dormir. En mi caso, es una cuestión de vida o muerte.

—Vaya por Dios, don Marcial. Pues, ale, tómese su copita y marche pronto, no vaya a ser que esté toda la noche en vela si su amigo no le arregla el cacharro ese. Capaz es usted de estar despierto hasta el amanecer.

—¿Y ha sido mucho el destrozo, don Marcial? —pregunta la Francesita desde su mesa en el rincón de la sala.

—Lo suficiente como para partirse en dos.

—¡Oh, *monsieur*! Qué mala suerte, pero seguro que tiene arreglo. —Le sonríe con esa boca de color fresa y sus dientes perlados.

—Todo lo tiene en esta vida. —Bebe de un solo trago el anís, que le calienta la garganta, mientras deja unas monedas sobre la mesita redonda de mármol, siempre una de más para Lucita—. Hasta mañana, señoritas.

—Suerte, *monsieur*. Póngame una copita de champán, *madame*.

—Ahora mismo, señorita.

En la confitería solo hay una botella de champán que se reserva para ocasiones especiales. El líquido que se le sirve a la Francesita es una sidra bastante aceptable en una botella que Madame Bombón envuelve con esmero en papel dorado. La Francesita se la bebe sin rechistar, a pequeños sorbos. Con los ojos llenos de melancolía y atentos a las burbujas que estallan dentro de la copa con forma de tulipa.

—Madame Bombón, hoy he recibido carta. Mi amor me dice que me echa de menos y que no hay día en el que no piense en mí y en los besos que nos dimos en la *Tour Eiffel*. Pobre, qué fatalidad. —La Francesita apoya la barbilla en la palma de la mano y suspira con tristeza.

—¡Ay, las cartas! —exclama Madame Bombón—. ¿Le he contado alguna vez que yo aprendí a escribir y a leer para poder entender las cartas

que me enviaba mi Felipe? —La Francesita niega con la cabeza—. Y a contestar, claro, aunque en eso me tenía que ayudar mi vecina, que sabía más que yo. Las cartas que me escribía vivo, quiero decir. Yo nunca recibí nada del otro mundo como usted, ni lo quiero. Los vivos con los vivos y los muertos con los muertos. —Madame Bombón se persigna.

—¿No aprendió a leer y escribir en la escuela? —pregunta la Francesita ignorando el último comentario.

—Uy, la escuela. Solo fui un año, después me tocó trabajar en el campo y servir cuando ya era una moza, como decía mi madre. Eran otros tiempos, muy difíciles. Muy muy difíciles.

—En mi casa todos fuimos a la escuela. Mis padres y mis abuelos también, todos con estudios superiores —cuenta la Francesita, y Madame Bombón sonríe—. Pero de qué me ha servido eso… —atrapa una gota de sidra que resbala en el vidrio de la copa mientras vuelve a sus recuerdos—…, estábamos felices, vivíamos un amor precioso y, de pronto, ¡pum! Se va de este mundo, así, de la forma más cruel y más inesperada.

—Así es la muerte, señorita —dice con voz suave Madame Bombón —, inesperada casi siempre. Intente no estar triste. Piense en lo felices que fueron en París. Y usted, tan joven, pronto encontrará quien la ame, seguro que sí. Y si no, no es el fin del mundo. ¡Míreme a mí! Aunque me falte mi Felipe, yo sé que está conmigo y los recuerdos son los que me dan la fuerza para seguir. —La Francesita apenas tiene que levantar la cabeza para mirar a los ojos a Madame Bombón y mostrarle una sonrisa triste—. No necesita a nadie que le regale la felicidad, búsquela dentro de usted.

—Gracias, *madame*, pero es que ni siquiera pude despedirme. Solo me quedan las cartas.

—Con el tiempo aprenderá a convivir con esta ausencia, ya lo verá.

—¿Cómo son las noches en soledad, Madame Bombón? —Ambas se quedan en silencio unos instantes.

—Las noches son más largas de lo que deberían, pero, aunque ahora le parezca imposible, la calma llegará. Ay, si yo le contara las cosas que hacía

cuando mi Felipe faltó.

La Francesita se levanta de la silla y deja unas monedas sobre la mesa.

—Paciencia, hasta lo malo pasa, señorita.

—Hay que ver qué cielo tan gris tenemos hoy, *madame* —se despide mientras mira la calle más allá del cristal de la puerta de entrada.

***

Don Marcial ya ha regresado a casa, viste sus zapatillas de paño y su pijama abotonado azul celeste; el tono vivo de la parte de arriba está algo gastado por el uso y el paso de los años. Fue el último pijama que usó su abuelo. No era ni especial ni diferente, era como la mayoría de los pijamas masculinos, pero él es capaz de sentir el abrazo de su abuelo cada vez que la tela roza su piel. Don Marcial ya ha vivido más años que él. Se pone su bata vieja de cuadros para protegerse del frío y se sienta en el sillón, también de cuadros, con el rostro tenso.

Su amigo el odontólogo ha reparado su férula, pero al observarla con lupa y bajo la luz blanca del flexo que utiliza para alumbrar sus maquetas de barcos, don Marcial detecta una fisura, apenas un puntito, tan grande como el diámetro de la punta de un alfiler, pero suficiente para que sus mayores miedos afloren. No puede arriesgarse a que las palabras se le escapen.

La noche pasa lenta, entre crucigramas, lecturas y maquetas de barcos. Don Marcial nunca ha visto el mar más allá de las fotografías, pero desde su niñez ha soñado con ser capitán de un pequeño velero. Un velero blanco, con la madera del casco bien tratada, impoluta, brillante. Sin embargo, la vida le llevó por el camino de los números y la contabilidad, y cada noche se repite a sí mismo que algún día respirará el salitre del mar y paseará entre barcos hasta ser capaz de navegar en su soñado velero blanco.

Capítulo 2

Cuando amanece, ya hace al menos dos horas que Madame Bombón prepara los dulces del día. En el obrador huele a canela, a vainilla y a mantequilla. La harina y el azúcar se esparcen por la encimera, son los restos de los bollos suizos recién horneados. En una cazuela, la compota de manzana está a punto de hervir. Mientras, Madame Bombón se mueve de un lado a otro con soltura, canturrea sin descanso y habla a los dulces como si ellos le pudieran responder. Los bombones, ya fríos, están listos para ser desmoldados. Unos restos de chocolate en la comisura de los labios la delatan. Coge otro, apenas quedan treinta tres en el molde metálico de los cuarenta que preparó a primera hora.

Lucita, que se encarga de acondicionar la sala, baja las sillas de las mesas y limpia el mostrador antes de llenarlo de dulces. Es hora de abrir. Pronto el silencio de la mañana desaparecerá con el ruido de la máquina de café, el sonido de las cucharillas al remover el azúcar en las tazas de loza y el crujido de las páginas de los periódicos, devoradas una tras otra por los dedos de los clientes sedientos de información matinal.

Con la llegada de cada uno de ellos, la puerta de cristal choca con un carrillón de viento que cuelga del techo. Según aumenta la concurrencia, la charla y las risas en la confitería, el sonido del carrillón desaparece poco a poco. Tan solo Pepito, un perro anciano acogido por Lucita, continúa oyéndolo con sus puntiagudas orejas, tumbado en uno de los dos escalones de entrada.

Lucita observa la puerta a cada instante. Pablo, que nunca lleva un orden concreto de reparto, puede aparecer cualquier día, en cualquier momento. Casi siempre, a pesar de la vigilancia incansable de Lucita, la

llegada de Pablo la pilla por sorpresa. Como hoy, que ha retirado un momento la vista de la puerta para preparar un café con leche a la Francesita y, de sopetón, ha aparecido Pablo en el quicio de la puerta, soplando su flequillo rubio.

—¡Buenos días, Lucita! Te traigo la caja de café y te dejo muestras de uno nuevo recién llegado desde Colombia. Huele de vicio —dice mientras se le acerca y le arrima uno de los nuevos paquetes.

Lucita, aún con el sobresalto en el corazón, cierra los ojos y respira para inhalar el aroma. Al hacerlo roza el antebrazo de Pablo y aspira su olor. Huele a sudor de dormir, como a vinagre y vainilla.

—¿Qué te parece? Yo no lo he probado todavía, pero mi jefe dice que es el mejor café del mundo. Díselo a tu madre y, si os gusta, os puedo traer más.

—Uy, no sé yo. Los clientes están acostumbrados al de siempre y no les gustan los cambios. Y a mi madre tampoco, ya lo sabes.

Lucita, con la cara encendida, rasga uno de los envoltorios de los pasteles que hay en la encimera. Son unos bizcochitos de limón espolvoreados con azúcar glas y, cuanto más juguetea con la cápsula de papel, más azúcar desparrama.

—De vez en cuando no está nada mal probar algo nuevo, Lucita.

Pablo le guiña un ojo y se marcha. El corazón de Lucita se desboca; siente su olor aún en la nariz, mezclándose con el aroma del café.

—¡Lucita, hija, espabila, que te has quedado con cara de boba!

—Hay que ver, don Marcial, cómo está la juventud. En Babia. Ya le llevo su copita de anís y unos suizos —le repite un día más Madame Bombón.

Don Marcial siempre toma una copita de anís después del café, igual que lo hacía su abuelo, y también su padre. Él no tiene sucesor a quien transmitir este ritual diario que, como hombre de costumbres, le aporta tranquilidad y seguridad, al igual que a los niños la rutina en el periodo escolar.

—¿Sabe, don Marcial? —Madame Bombón deja los bollos suizos y la copa de anís en la mesa redonda—. Antes hacía un pedido grande de anís y de coñac todas las semanas y ahora, como mucho, uno al mes, y apenas de unas pocas botellas.

—Las costumbres cambian, señora. No nos percatamos, pero en realidad todo cambia.

—Qué verdad es eso, don Marcial. Mi Felipe —se santigua mirando al cielo— era más de tomarse una copa de coñac en momentos especiales. En las fiestas del pueblo o durante alguna celebración familiar, bodas y así, pero lo que no perdonaba jamás era la cervecita del mediodía. Yo me cabreaba mucho con él, porque era llegar la una y dejaba de hacer lo que fuera para tomarse *su zumo de cebada*, que decía él. ¿Qué le parece?

—Pues mal asunto ese si uno está en el trabajo.

—Esa suerte tuvo, que en los últimos años trabajó en un local nocturno. Hacía el mantenimiento por el día y los jefes les daban barra libre a los trabajadores, nunca mejor dicho. —Madame Bombón ríe.

—Madre —dice Lucita tras la barra—, Pablo ha traído este café para que lo probemos. Voy a empezar a servirlo y vemos qué les parece a los clientes, ¿vale?

—No, no vale. Le dices a Pablo que se lo lleve de vuelta —protesta mientras da un golpe en la barra con el trapo—. Nuestros clientes vienen aquí porque les gustan las cosas tal y como están, no las cosas raras. No les gustan las novedades, ya lo sabes.

—Ni a usted, madre, ni a usted. ¡Aquí nada cambia, don Marcial! Por mucho que diga… —refunfuña Lucita.

Don Marcial se levanta, deja unas monedas en la mesita, siempre una de más para Lucita, y se marcha a la consulta de su amigo para averiguar si la fisura de su férula dental tiene arreglo o no. Hoy espera poder dormir y que no ocurra ninguna catástrofe.

Mientras tanto, la vida y la vidilla en la confitería hacen sonar el carrillón de viento una y otra vez. Pies que suben los escalones de entrada,

otros que los bajan y Pepito ahí, en su cuartel general, atento a las miguitas que pueda cazar.

***

La confitería existió en la imaginación de Madame Bombón desde que se mudaron a la ciudad. Tendría una gran barra de madera y un suelo hidráulico en damero negro y blanco que dotaría de elegancia al local. Las mesas, algunas redondas, otras rectangulares, serían de mármol blanco con patas negras de hierro, labradas con esmero. Sobre ellas, unas lamparitas de color vainilla a juego con las paredes adornadas con molduras de escayola; y frente a la barra, unos taburetes con las patas de madera y asientos de terciopelo verde, como las cortinas, que complementarían los visillos de tonos crema. El obrador, un lugar cómodo para poder crear su magia.

La confitería no dista mucho de lo que Madame Bombón soñó durante tantos años. Para conseguirlo, fueron necesarios todos los trabajos y todas las horas que se deslomó en fábricas, en casas, en talleres o detrás de una barra sirviendo cafés. Todo ese esfuerzo estaba destinado al único fin de crear un local en el que cada cliente suspirase de placer con sus dulces.

El sueño tardó algunos años en cumplirse, Felipe ni siquiera lo vio hecho realidad, sin embargo, dejó algo muy especial: el carrillón de viento que choca con la puerta de la entrada. Lo hizo con unos trozos viejos de madera que talló a navaja pacientemente. A Felipe le gustaba arreglar aparatos y muebles viejos y crear otros nuevos, nada se le resistía, excepto enderezar su vida. Madame Bombón solía quedarse observando durante horas cómo trabajaban esas manos fuertes, ásperas, gastadas por el paso de los años de tareas físicas. Aún hoy las evoca al mirar el carrillón, que marca solícito la entrada y la salida de los clientes, dejándose oír sobre todo en las

primeras y últimas horas del día, cuando la confitería se llena o se vacía poco a poco de almas golosas.

Como hoy, cuando de nuevo llega la noche. Tan solo dos hombres quedan en la confitería y, al ver que Lucita comienza a subir las sillas sobre las mesas vacías, pagan su cuenta y se marchan cabizbajos, sin terminar de ahogar las penas. Hace frío en la calle, y Lucita y su madre ven a través del cristal cómo los transeúntes alzan el cuello de sus abrigos mientras caminan hacia sus destinos. Todas las noches el mismo sentimiento; cuando el local se queda vacío, parece que una losa se posa sobre sus espaldas, como si todas las horas de trabajo les cayeran encima de golpe, dejándolas encorvadas hasta que se tumban en el colchón.

Capítulo 3

La mañana amanece fresca, aunque madre e hija apenas sienten el viento en la piel. Bajan a la confitería por la escalera interior del edificio y suben a casa por el mismo lugar, atravesando el almacén. Hay semanas en las que casi ni asoman la nariz a la calle. En un gesto mecánico, Lucita ha bajado todas las sillas sin ser consciente de haberlo hecho. Como por arte de magia, las patas de sillas y taburetes ya están tocando el suelo ajedrezado del local. Mientras tanto, Pepito, un guardián con mala vista a causa de las cataratas, aguarda en la entrada al primer cliente que, como de costumbre, es don Marcial.

—Buenos días, señoritas. Un café bien cargado, por favor.

—Marchando, don Marcial. Por sus ojeras veo que su amigo el dentista no ha podido arreglar su prótesis.

—Verá, señora, está fabricando una nueva, pero todo lleva tiempo y paciencia y, en mi caso, noches de insomnio. Así que hoy me dediqué a *navegar,* con mis maquetas de barcos y mis pasatiempos.

—¿Y qué peligroso océano surcó anoche, don Marcial? —pregunta Lucita mientras prensa el café y coloca una pequeña taza en la cafetera.

—Pues cómo será la mente que, de tanta sopa de letras y autodefinidos que hice anoche, cuando me quedé en duermevela así un instante, surqué un océano en el que se mezclaban palabras con bestias marinas. Cerraba así los ojos —Lucita ríe al ver el gesto— y la espuma de las olas eran palabras y aparecían ballenas y pulpos enormes. Hasta un calamar gigante me pareció ver en ese inmenso océano.

—Uy, qué cosas tan raras cuenta usted. —Se sorprende Madame Bombón.

—¿Y había palabras feas, don Marcial? ¿Y sirenas?

—No, Lucita, sirenas no había. Palabras feas... —responde pensativo —. Solo es fea la palabra que se dice con mala intención.

—Pues aquí mi señora madre me regaña cada vez que digo palabrotas.

—Porque tu madre quiere que te comportes, porque las señoritas no deben decir palabras malsonantes.

Madame Bombón asiente desde detrás del mostrador donde ordena las napolitanas de crema, las palmeras y los pasteles de yema tostada.

—Pues no entiendo por qué los chicos pueden decirlas y nosotras no. Mire el repartidor de la harina lo mal que habla cada vez que viene aquí. Que si fulanito es tal, que si menganito es no sé qué… Venga insultos. Y nosotras tenemos que aguantarnos y mordernos la lengua porque somos *señoritas*. Y es que a veces, don Marcial, bien sabe usted que cuesta reprimirse.

—Expuesto así no me queda más que darte la razón, Lucita. Punto en boca.

—Aquí está su café, bien cargadito para que no se me duerma por los rincones. ¿No quiere un bollo suizo recién horneado? Hoy me han quedado de categoría, don Marcial. ¿Y su copita de anís?

—Sí, voy a llenar el estómago antes de volver a la consulta de mi amigo a recoger la férula dental. Póngame dos bollos, señora. Y hoy perdono el anís.

—Vaya, ya veo que el apetito al menos no se le ha ido. ¡Que sean dos bollos! Verá como esto le alegra el día.

A Lucita se le cae el platillo con los dos bollos suizos.

—Perdón, don Marcial —se excusa Madame Bombón—, enseguida le llevo yo sus suizos. Esos ya para el gato, que se han caído al suelo.

—¿Qué gato, madre? Si aquí solo está nuestro pobre Pepito y de gato solo tiene el dormir. ¿Ya ha desayunado hoy el animal, madre?

—Todavía no, Lucita. Pero no le prepares mucho o se pondrá como yo. —Madame Bombón ríe a carcajada limpia. Pepito se despierta de golpe.

—Las mascotas acaban pareciéndose a sus dueños —dice Lucita a Pepito en un susurro mientras se agacha para dejarle el cuenco de comida—. Aunque tú eres como yo, hay que mirarte dos veces para verte. —El perro cierra los ojos mientras devora su desayuno.

Cada cliente se topa con el hocico de Pepito bajo los dos escalones de la entrada. Pepito no tiene dueño, pero siempre ha pertenecido a este lugar. Y aunque Madame Bombón se niega a reconocer que quiere al animal, no se olvida de alimentarlo ni un solo día.

Don Marcial da un golpe en la mesa al soltar las monedas y, con el periódico en la mano, se dirige hacia la puerta. Sus pequeños pies suben los dos escalones de la entrada lo suficientemente cerca de la nariz húmeda de Pepito.

—Chucho —le espeta.

El tintineo del carrillón de viento no cesa. Clientes habituales, otros ocasionales y otros de paso. Los fieles como don Marcial o la Francesita se han habituado al olor a humedad de la confitería. Un olor que se mezcla con el aroma del café y del chocolate. Hubo un tiempo en el que Madame Bombón se obsesionó con camuflarlo y usó todo tipo de ambientadores, inciensos y esencias para mitigar el tufo a moho. Funcionó, pero con el inconveniente de que el perfume a cítricos industriales o el humo de las varillas de incienso de sándalo también se impregnaba en cada bizcochito y en las gargantas de los clientes. Ahora, mientras la lluvia de anoche intensifica el aroma a humedad, la calle despierta llenándose de viandantes con prisa sin saber adónde van. Menos ella, Pruden, para quien cada día es igual al anterior.

—Comadre, voy al mercado. ¿Necesitas algo? —grita Pruden desde la puerta entreabierta.

—No, amiga. Luego mando a la chica a por algunas cosas. —Al escucharlo Lucita resopla por la oportunidad perdida de librarse del mercado.

—Entonces voy rápido, que Rodrigo viene a comer y no tengo nada preparado. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Pruden, la gran amiga de Madame Bombón con la que cada domingo se permite sentarse un rato y charlar. Charlar de la vida, del hijo, de la hija, del marido y del difunto. Apenas un rato a la semana, que las recarga de energía hasta la siguiente tarde de domingo.

El día transcurre con normalidad. Madame Bombón se desliza por su negocio con destreza, como una bailarina experta que conoce bien las proporciones de su cuerpo y los recovecos de su confitería, entre los que encaja a la perfección.

Lucita limpia las mesas resignada, sirve cafés y, entre comanda y comanda, repone el mostrador con dulces de yema, rosquillas, tarta de chocolate, tarta de zanahoria —su favorita— y miraditas hacia la entrada, por si en algún momento aparece Pablo una vez más, con su pelo rubio y su bata marrón de trabajo desabrochada, que muestra una camiseta blanca de tirantes pegada al cuerpo.

En un rincón del local, una mujer pasa otra tarde más rascando cupones en busca de fortuna. La Francesita toma su copita de falso champán y se lamenta por su mala suerte en el amor.

Con cada cliente que se marcha, Madame Bombón y Lucita sienten cómo poco a poco vuelve a caer una losa sobre sus espaldas mientras dejan impoluto el local.

Pepito duerme allí, bajo los dos escalones de entrada, acurrucado en una camita que Lucita le prepara con mimo todas las noches.

La verja se echa desde dentro. Las luces se apagan y, un día más, madre e hija cruzan el almacén para subir la escalera interior que da acceso a su casa.

Allí, hasta su piso de dos habitaciones llega el sonido de la música de la buhardilla. Es la buhardilla donde vive la Francesita. Una habitación diáfana, con un lavabo al lado del ventanal y una puerta diminuta que

esconde un inodoro y una ducha sin cortina. Madame Bombón se apiadó de la chica cuando llegó a la confitería en busca de un lugar donde vivir. Antiguamente, allí había un trastero con un camastro desvencijado que en ocasiones utilizaban algunos comerciales a los que la noche se les había echado encima. A la Francesita no le importó dormir allí, sabía que las chicas de servicio de los elegantes edificios de París dormían en las últimas plantas y lo tomó como una señal de su reciente afrancesamiento. Madame Bombón recuerda a la perfección el día que la Francesita llegó.

—Esto es lo que le puedo ofrecer, señorita, no es gran cosa, pero con una buena limpieza y un colchón nuevo puede apañarse. —La Francesita miró la estancia de lado a lado. El ventanal de la pared izquierda, grande, formado por cristales rectangulares y marcos negros permitía que la luz invadiera la habitación—. ¿Se lo queda?

—Por supuesto, *madame*. Sin duda va a ser una vivienda muy acogedora.

—Eso decía mi Felipe cada vez que llegábamos a una pensión con habitaciones diminutas. A cuál peor. Va a ser un hogar acogedor, decía. —Y agitó la cabeza para borrar de su recuerdo aquellos lugares.

—No se preocupe, *madame,* porque verá, ahí bajo la ventana pongo un pequeño escritorio. Y una cama nueva, aunque ese cabecero de hierro es precioso. Podría pintarlo si me da permiso. —Madame Bombón asintió—. Con ese armario, el lavabo y la pequeña *toilette*, más que suficiente. No soy amiga de grandes cosas. Fíjese en la maleta que llevo, poco puede caber aquí.

—Pues estupendo, entonces. Ese armario era de mi madre, que en paz descanse. —Se persignó mirando hacia arriba—. La mensualidad, al contado la primera semana de mes, prohibido fumar y prohibido escándalo con amantes. Las paredes son finas como el papel y mi cuarto está justo debajo. —Madame Bombón guiñó un ojo.

—Seré buena chica, Madame Bombón. No se preocupe.

Las dos mujeres estrecharon sus manos convirtiéndose así en vecinas de bloque. Un edificio formado por tres plantas: en la parte de arriba la

buhardilla, en la planta central la casa en la que viven Madame Bombón y su hija Lucita; y la confitería, en la planta de abajo, a la que se puede acceder atravesando el almacén.

La Francesita instaló bajo el ventanal un escritorio de madera hecho con una puerta que encontró al lado de unos contenedores, en la misma calle de la confitería. Era una puerta de madera de roble, ajada y sin brillo. La Francesita no pudo evitar imaginarse cómo sería la vivienda donde había estado antes, que, a juzgar por los arañazos en la madera, podría haber sido una casa con mascotas o con niños inquietos. De hecho, en la esquina inferior encontró un pequeño dibujo infantil trazado con lápiz. Parecían una niña y un perrito. La Francesita sintió que le recorría un escalofrío por la espalda. Para convertir la puerta en escritorio la apoyó sobre dos viejas patas de madera que le regaló don Marcial, y que él había utilizado para sostener el tablero de sus maquetas, le dio la vuelta para que las molduras no le molestaran al escribir sus cartas y para ocultar ese dibujo infantil que tanto dolor le causaba.

La Francesita preparó con detalle su nuevo hogar. Pintó el cabecero de forja de un color azul turquesa y la mesita de noche de un granate intenso. La luz que entraba por el ventanal inundaba la estancia, pero por las noches se iluminaba con una lámpara de color rojo de la que colgaban unos flecos también rojos. Jamás se había imaginado que ella podría tener algo así, un lugar en el que sentirse tranquila.

Ahora, la Francesita observa la vida de los vecinos del bloque de en frente. Un anciano que riega las plantas al anochecer, una mujer que desayuna cada mañana en el balcón a pesar del frío, un niño que juega en la terraza con la pelota y que la tiene con el alma en vilo. Pero especialmente observa a un hombre de una edad similar a la suya, que cada día tiene una amante diferente. La Francesita los ve en el salón o en el balcón. No puede distinguir bien sus facciones porque la distancia no se lo permite, pero cree que él tiene los ojos claros, quizás verdosos, y los brazos fuertes. Sus acompañantes no siguen un patrón común, el físico varía de unas mujeres a

otras. Parece, al menos desde la visión que le permite su ventanal, que tan solo una de ellas repite cada semana. Una mujer de pelo rubio, largo y casi tan alta como él. Su piel clara destaca sobre la del hombre, mucho más moreno.

Pero la Francesita no ha huido allí para hacer de *voyeur*. Observar al vecino de en frente no es importante; tan solo, un entretenimiento.

Capítulo 4

A Madame Bombón le bastan apenas cinco horas de sueño para que su mente y su cuerpo funcionen a la perfección. Por fortuna, ya que su oficio le hace testigo de cada amanecer. Adora el silencio en el obrador, que solo se interrumpe con el batir de los huevos o con los golpes de masa sobre la encimera de mármol, un suspiro por el esfuerzo y el roce de la manga de la blusa sobre la frente para quitarse los restos de la harina de la piel. Ve cómo el día se abre poco a poco a través de las rendijas de las persianas. El canto de los pájaros en los poyetes de las ventanas, el frescor en la cara al levantar la verja de la entrada y el sonido del cepillo del barrendero que se esmera en limpiar la suciedad de la calle. Buenos días, buenos días, se dicen uno a la otra.

Comienza una nueva jornada, pero antes de eso la noche ha transcurrido con vueltas en la cama, resoplidos, horas con los ojos clavados en el techo, recuerdos…, y el nudo, ese nudo inmenso en el estómago por la ausencia de Felipe.

Y, desde hace unos meses, una responsabilidad más para incentivar sus noches en vela: la Francesita. La había acogido como a una hija, al igual que hizo con Lucita cuando apenas era una niña. Solo que la Francesita, de una edad similar a la de Lucita, es una *hija* autónoma e independiente que vive en el piso de arriba. Con la alegría y la pena propias de una chica de su edad que todas las noches se sumerge en canciones, a menudo melódicas y melancólicas, que traspasan los muros del edificio hasta llegar al cuarto de Madame Bombón. En ocasiones ella misma tararea en el obrador, para su sorpresa, algunas de esas melodías mientras hunde en las masas sus manos acolchadas que huelen a pan. Cada noche quiere decirle a la Francesita que

baje el volumen de la música, pero ella, una mujer que nunca tuvo reparos en decir las cosas claras, no se atreve a pedirle algo así a la muchacha. Con el sufrimiento que tiene, se dice. De hoy no pasa, se repite cada día. Y pasa hoy, mañana y pasado mañana.

De modo que Madame Bombón, en cuanto alza la verja, recibe a los clientes con dos sombras negras bajo los ojos. Una de las clientas más madrugadoras es la propia Francesita. Hoy se lo digo, se insufla fuerzas a sí misma y de manera inconsciente. Mientras deja el café con leche y la copa de falso champán en la mesa de la Francesita, Madame Bombón tararea una de las canciones que todas las noches suena en la buhardilla, y la chica la reconoce.

—Oh, *madame*, esa canción es maravillosa. *Mon amour* y yo la bailábamos a todas horas. —La Francesita cierra los ojos y la tararea también.

—Sí que lo es. —Madame Bombón ve la oportunidad. Mira a la Francesita, que la observa con los ojos muy abiertos perfilados de negro. Madame Bombón mueve los labios, pero su boca queda en una mueca extraña, no es capaz de emitir sonido alguno. La Francesita, con su sonrisa de fresa, la alienta a hablar, pero solo recibe silencio y ese gesto en los labios que le transforma completamente el rostro. Madame Bombón vuelve sobre sus pasos hacia la barra.

Refunfuña mientras seca los vasos maldiciéndose a sí misma por la cobardía y se marcha al obrador para controlar la fermentación de algunas de las masas. Hoy es día de pan *brioche* y ya apenas quedan cuatro en el mostrador. Mientras tanto, Lucita atiende las mesas y la barra. Por ahora tan solo se encuentran en el local don Marcial y la Francesita, cada uno en su velador, separados, pero una al lado del otro. Siempre en las mismas mesas, siempre a la misma hora, siempre el cartel plateado con la palabra «Reservado».

Lucita se acerca a la mesa de don Marcial con un platito en el que hay un pequeño pan *brioche*. Lo mira como una nieta mira a un abuelo. Como de

niña miraba al suyo. El brillo en sus ojos aparece en cuanto él baja los dos escalones de la entrada. Se le acolcha el corazón, y el amor que apenas ha recibido a lo largo de su vida se vuelca por entero en él, y se lo entrega en cada conversación. Porque Lucita mima a don Marcial, incluso lo ceba, como le recrimina su madre. Y él se deja, satisfecho, mientras la panza y el bigote botan de alegría.

—¿De qué color es el miedo, don Marcial? —pregunta Lucita mientras posa el platito con el pan y la copita de anís sobre la mesa—. Invita la casa.

—Gracias —susurra don Marcial del mismo modo que lo ha hecho ella al pronunciar las palabras—. Ay, Lucita, el miedo es del color que menos te guste.

—Pues entonces no sabría decirle. Porque yo cuando tengo miedo lo veo todo negro, pero el color negro me gusta. Mire, hoy llevo este vestido negro. A mi madre no le gusta, dice que parezco una viuda de las de antes. Y me lo dice una viuda, ¿qué le parece la ocurrencia? A mí me parece perfecto para un domingo. ¿No cree? Ya que no salgo a ningún sitio…

—Claro, estás muy elegante. —Don Marcial remueve el café oscuro que hay en su taza. Del bigote le cuelgan dos gotitas negras como el miedo de Lucita. Suspira—. Azul, Lucita, yo lo veo azul, azul oscuro como el mar profundo en la noche.

—Pero si usted adora el mar, don Marcial.

—Por eso mismo, pero lo desconozco. Eso siempre asusta, aunque no dejo que los miedos me frenen. Tú tampoco lo hagas, querida Lucita. —Don Marcial saca unas monedas del bolsillo de su pantalón y las deja sobre la mesa—. Hasta la tarde, bonita.

La tarde llega sin avisar. Hay mañanas que parecen no terminar nunca y otras, como la de hoy, que se van en un pestañeo. Ya es la hora del café y de la tertulia entre Pruden y Madame Bombón. Pruden entra con sus zapatos de tacón bajo, carmín de un tono rosa muy suave en los labios y un vestido sencillo de manga larga con un estampado geométrico de color marrón y

mostaza. Para dotar de elegancia al modelo se ha colocado en el lado izquierdo, donde siente el corazón, un broche dorado con la imagen de una Virgen Niña que su abuela le regaló cuando hizo la primera comunión. Pruden se sienta despacio en la mesa del fondo de la confitería, la que todos los domingos reserva Madame Bombón para ellas.

En la entrada aparecen también Elvira y Clemente, un matrimonio que tras el paseo vespertino acude a la confitería para merendar trufas y merenguitos de limón y así reponer fuerzas y las escasas calorías perdidas tras la suave caminata. Los merenguitos de limón, que son de bocado, parecen pequeñas migas en las manos de Elvira, que mantiene la espalda encorvada para hablar con su marido. Él apenas emite una sílaba de forma esporádica; asiente a lo que dice su esposa, que habla y ríe por él. Sobre el pecho de ella descansa su perro chihuahua, al que sostiene con la mano que tiene libre de merenguitos. De vez en cuando, el animal caza al vuelo migas de pastelitos con su diminuta lengua. Es el único perro que pasa a la confitería además de Pepito, animal que le valió de excusa a Elvira para aprovecharse y acudir con su mascota cada semana a merendar. Aunque aquel conflicto casi le costó su amistad con Madame Bombón.

—Que no, Elvira, que el perro no puede estar aquí. Mira el cartel. ¿Qué hacemos con los demás clientes cuando lo vean y ellos tengan que dejar a su animal en la calle?

—Claro. Y el tuyo, tu Pepito, que está ahí todos los días, sí puede, ¿no? Además, mira, ¿dónde está el mío? —preguntó Elvira moviendo el torso—. Si no se le ve, ¿a que no lo has visto? Mira, yo me lo pongo aquí en el pecho y… ¿dónde está el perro? En ningún sitio.

—Me va a costar más de un disgusto con la clientela ese chucho, Elvira.

—Ni se te ocurra llamar chucho a mi cachorro o no vuelves a vernos por aquí, ¿eh, Le…? —amenazó Elvira, pero calló a tiempo tras la mirada enfurecida de Madame Bombón.

—Vale. Nos calmamos. El perro podrá pasar, pero con una condición. Como aún no le habéis puesto nombre, se lo pondré yo. —Elvira y Clemente asintieron resignados. Madame Bombón entrecerró los ojos, pensativa, sonriendo con malicia.

—No quiero bromas, ¿eh? No le pongas un nombre feo a propósito porque no volvemos.

—Anda, Elvira, deja de amenazar con eso. ¿Dónde vas a encontrar tú estos merenguitos de limón? Solo aquí. ¡Merenguito! Claro, ese nombre estaría bien.

—Sabes que no le puedes llamar así, a Clemente no le va a gustar. ¿Verdad, querido?

—Pues ni se ha inmutado, y además el perro es tuyo, ¿no, Elvira? —Clemente negó con la cabeza—. Lo pienso y os lo digo. Que me dais más guerra que mi Felipe, que en paz descanse. —Les guiñó un ojo divertida y con su bayeta azul se fue a limpiar las mesas vacías.

Madame Bombón dejó que al menos pasaran dos semanas hasta comunicarles el nombre. Lo tenía decidido en cuanto lo vio, pero no podía perder la oportunidad de hacer rabiar durante unos días a Elvira y a Clemente, especialmente a ella. Desveló el nombre una tarde de domingo. No hubo réplica al respecto y el chihuahua marrón, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas, pareció conforme.

A menudo, Madame Bombón repite esta anécdota para molestar a Elvira y se inventa nuevos nombres cada vez más disparatados: bola de arroz, yema tostada, tocinillo de cielo y otras ocurrencias que hacen que Elvira ría aliviada por el nombre que finalmente decidió Madame Bombón para su cachorro: Tiramisú. Hoy vuelven a contar la historia y Elvira hace carantoñas con su nariz en el hocico de Tiramisú.

Los domingos a media tarde, coincidiendo con la hora de la merienda, llegan varios clientes más en tropel y Lucita se mueve rápido de la barra a las mesas. Sirve cafés de todas las maneras posibles: solos, con hielo, cortados con crema de orujo, con leche fría, leche caliente, manchado, en

taza, en vaso… Y también despacha bollos suizos, napolitanas de chocolate, hojaldres de manzana, merenguitos de limón para Elvira, trufas para Clemente, de todo menos berlinas. «¡No, no hago berlinas, ni las haré nunca!», responde enfadada Madame Bombón cada vez que se lo preguntan. También chocolate, churros calentitos y un no parar de azúcar y crema por toda la sala. Cuando la confitería se despeja un poco, Madame Bombón se sienta a tomar su copita de anís con su amiga Pruden. Ese momento de los domingos es sagrado. Saben todo la una de la otra y, con la confianza de tantos años que son casi una vida entera, se dicen las verdades. Para bien y para mal.

—¿Qué me cuentas, amiga? Vaya día llevamos hoy, venga a corretear de mesa en mesa.

—Ea, ¿qué me vas a contar? Que he dejado los azulejos de la cocina como los chorros del oro. Seguro que huelo a lejía. —Se olfatea las manos con fruición.

—Lo que hueles es a perfume barato que tira para atrás.

—¿Qué barato ni qué barato? Si me lo regaló mi Guillermo en mi cumpleaños y venía en una bolsa de la perfumería de ahí abajo.

—Tu Guillermo… Ya podía salir tu Guillermo de la cueva y hacer algo de provecho.

—De provecho hace, que estudia para los juzgados.

—Las musarañas estudia, ya te lo digo yo, Pruden.

—Que no, Leo, ¿cómo te pones así? Si cuando le limpio la habitación veo que tiene todo empantanado de papeles y de libros. Que te digo que sí que estudia. ¿Qué sabrás tú lo que pasa en mi casa?

—Pues lo que me cuentas y lo que me imagino, comadre. Si no fuera porque me lo dices tú, para mí que tu Guillermo está muerto, porque antes bajaba alguna vez a hablar con mi Lucita pero es que ya ni asoma por aquí.

—Bueno, es que labrarse un futuro no deja tiempo para estar de zalamerías.

—¿Zalamerías tu Guillermo y mi Lucita? —Madame Bombón ríe a carcajadas mientras rellena las copas de anís.

—Pues no sé de qué te extrañas, si los dos son bien apañados.

—¡Ay, amiga! Si apañados son, pero a veces no quieres ver las cosas.

—Bueno, ya, ¿y tú qué? ¿Cómo vas con la vecina? —pregunta Pruden, que dirige la mirada hacia la mesa donde está la Francesita—. ¿Y si necesitas esa alcoba?

—Nada, no la necesito.

—¿Y la muchacha…, qué?

—Bien. Pues como es la juventud. Música, ruido, desorden. Pero mientras pague y no monte escándalos, yo conforme.

—Ay, amiga —toma un sorbo de su copa de anís, el carmín rosa queda en el vidrio y deja a la vista el color natural de sus labios—, es otra responsabilidad para ti. Que nos conocemos y te vas a hacer cargo de ella como si fuera tu propia hija. —Madame Bombón suspira.

—Pues es que es muy joven, está sola y casi viuda, y yo no sé qué tiene en su cabeza… Si dice que le escribe el novio desde el más allá. No sé, me da por pensar que pueda hacer alguna tontería. No está bien de aquí. —Se señala la sien.

—Pues no es tu cargo, comadre. Pero, ea, cada una es cada una. Y yo me voy con lo mío. Voy a llevarme unos pastelitos para mi Guillermo y para Rodrigo.

—Otro que ya podría levantarse del sillón y darte una alegría, que vaya mala vida te da. Pídeselos a mi Lucita y dile a tu hijo que baje a verla, que yo sé que lo echa de menos.

Pruden asiente y se dirige al mostrador. Pide los pastelitos, que Lucita con mucho cuidado deposita en una bandeja. Ha elegido los favoritos de Guillermo: unos cortaditos de bizcocho y crema decorados con frutas. Lucita escoge para él los trozos en los que predomina el kiwi y la fresa, sus preferidas.

Detrás de Pruden, que observa a Lucita envolver la bandeja de pasteles con papel y cerrarlos con una cinta de color verde, un hombre pide la cuenta. Tiene una voz grave, aterciopelada, serena, radiofónica. Pruden siente un escalofrío que le recorre desde la nuca hasta el final de la columna. Por primera vez en mucho tiempo es consciente de su propio cuerpo, esa voz lo ha despertado.

Se termina la semana, y una noche más, al llegar a casa, Lucita y Madame Bombón se encierran en sus respectivas habitaciones. Lucita escribe cartas para Pablo, que después rompe porque no se las entregará nunca, y Madame Bombón, como cada noche, deja el jersey negro de cuello de pico y la falda granate sobre la colcha de algodón que perteneció a su madre. Se sienta de golpe en el borde de la cama, derrotada. Se descalza y masajea sus pies batallados. Otro día más, otro día menos, madre, dice mirando al techo como si se dirigiera al cielo.

Pero hoy, cuando escucha la melodía que llega desde la buhardilla de la Francesita, siente un pellizco en el pecho que le remueve el alma. El colchón rebota cuando se levanta. Madame Bombón, que ahora es Leocadia en la intimidad de su hogar, se dirige al baúl de madera que está a los pies de la cama. Escarba entre las sábanas de algodón, las mantas y, al fondo, por fin la encuentra. Una boa de plumas rojas que ha perdido ya algunas en el interior del baúl, otras caen al suelo cuando envuelve su cuerpo con ella. Las plumas le rozan el cuello, le hacen cosquillas. Se maquilla los labios de un rojo oscuro frente a un espejo ovalado con roces en la moldura blanca. Al compás de la música que llega del piso de arriba, baila y canta frente a la imagen que le devuelve el espejo. No es Madame Bombón, ni siquiera Leocadia. Lo vuelve hacer, como en los primeros años de la ausencia de Felipe, en la soledad de su cuarto, en su tristeza. El reflejo le muestra una piel llena de diminutos lunares y los restos de la joven que fue. Aquella mujer que deseaba a todas horas que las manos de Felipe recorrieran su cuerpo.

Aquella chiquilla que iba de pensión en pensión de su mano, sin nada que llevarse a la boca y, sin embargo, feliz.

La melodía suena y Madame Bombón baila y tararea con los ojos bordeados de lágrimas que diluyen los restos de máscara de pestañas y le ensucian el rostro de nostalgia.

La bohème, la bohème, la bohème…

Capítulo 5

El piso donde viven Pruden, Rodrigo y Guillermo tiene sesenta metros cuadrados en los que reina el silencio.

Pruden es la primera en levantarse cada mañana. Se ducha sin apreciar su cuerpo, acude a la confitería a comprar el pan, prepara el desayuno, que la leche esté bien caliente y el café recién hecho, que las tostadas no se quemen nunca. Lo sirve en la diminuta mesa de la cocina sin recibir los buenos días, mucho menos las gracias. En esa casa no se dice ni gracias ni perdón. Después, cada uno a su faena. Guillermo se encierra a estudiar en su dormitorio y Rodrigo se marcha a la fábrica. Pruden recoge las tazas en silencio, las deja en el fregadero a la espera de que sus habilidosos dedos las dejen relucientes, como el resto de la casa. Limpio sobre limpio. Quita las migas de la mesa y algunas caen al suelo, crujen bajo la suela de goma de su zapatilla de paño rosa. No soporta esa sensación, de pronto en su cabeza todo está sucio, incluso fuera de la cocina. Barre, friega, seca, acomoda los cojines, pasa el plumero, impregna de lejía el baño y hace las camas con sumo cuidado. Aún recuerda la ilusión con la que compraron esa alcoba de madera de cerezo, que sigue brillante como el primer día, sin un solo roce. Todo ordenado sobre la cómoda; el espejo de la puerta central del armario, lustroso, y esa cama de ciento treinta y cinco centímetros de ancho que pide a gritos un cambio de colchón. Pruden se ruboriza al recordar todo lo experimentado en ella con Rodrigo.

Toca la puerta de la habitación de Guillermo para hacer su cama de eterno estudiante. La misma desde que nació. La colcha de cuadros, los tiradores de las puertas en forma de ancla y el olor a humanidad de un hombre que vive en pijama. Ese cuarto es la excepción de una casa donde

todo reluce, donde siempre huele bien, donde la cocina mantiene el aroma del café recién hecho.

—¿Qué tal si hoy pasas por debajo del grifo, hijo?

—Ahora voy, mamá. —Guillermo no levanta la mirada de los libros mientras Pruden estira la colcha con ahínco.

—Eso me dijiste ayer. Que está bien que estés centrado en el estudio pero no te abandones, por favor. Tú que has sido siempre tan alegre, tan ordenado, tan pulcro…, y ahora, ¿qué eres?

—Un opositor en bata, mamá.

—No, hijo. Eres un hombre que vive como un adolescente al que su madre tiene que obligar a ducharse.

—Mamá, por favor, no me desconcentres.

—Vale, vale, pero de hoy no quiero que pase lo de asearte. Y, por cierto, baja de vez en cuando a ver a Lucita —Guillermo no contesta—, te echa de menos, cariño.

—Claro, como si me sobrara el tiempo. No tienes ni idea de lo que es mi vida.

—Ni tú la mía —susurra Pruden mientras cierra la puerta de la habitación de su hijo.

Pruden se va a la cocina, se pone los zapatos de cordones con cierta dificultad, coge el monedero que guarda en el armario rinconero de la cocina, agarra el carro de la compra y sigue con su rutina. Un día más, igual que ayer e igual que mañana.

De pronto siente un escalofrío placentero al recordar esa voz que ha añadido una pincelada de ilusión a su vida. Recuerda cómo de niña se enamoraba de los locutores de radio, de los cantantes e incluso de la voz de los padres de sus amigos cuando los escuchaba por el patio de luces. No sabe cómo es la cara del hombre de la cafetería. No quiso darse la vuelta en ese momento, no quiso descubrirlo. La imaginación puede ser más reconfortante que la propia vida. Pruden cruza la calle de la confitería. Lucita la ve desde la cristalera.

—Ya va Pruden con su carrito al mercado, madre. ¿Le encargo algo para ti?

—No, hija, hoy no. Bastante tiene la pobre en casa.

Madame Bombón limpia la barra. Se sonríe al ver su reflejo deforme en el barniz arañado.

—¿Qué tiene, madre? Lo de todas: un marido, un hijo y una casa.

—¿Ah, sí? ¿Nosotras tenemos todo eso? —Madame Bombón empieza a sentir el calor en su rostro.

—No, solo nos falta el marido. Pero me tiene a mí y a Pepito, que para el caso es lo mismo. Y un negocio que nos tiene baldadas. Ya me gustaría a mí, madre, estar como la Pruden. Levantarme cuando quiera, darme un paseo por las mañanas, ver la televisión, salir a la compra…, así, sin horarios, sin prisas.

—Ya, ¿qué sabrás tú de la vida de Pruden? —Da un golpe con el trapo en la barra—. Estate calladita, que cuando una no sabe de qué van las cosas es mejor callarse. Lo que tienes que hacer es ir a ver a Guillermo, que hace mucho que no baja por aquí.

—Ahora mejor estese calladita usted, madre. Que cuando una no sabe… —La mirada que recibe Lucita de su madre impide que termine la frase.

—No todas las mujeres quieren llevar la vida de Pruden, Lucita —dice la Francesita desde su mesa. En la copa burbujea el supuesto champán con un sabor a manzana, tan evidente su falsedad que nadie podría poner en duda que ese líquido amarillento es sidra—. Hay mujeres que no quieren vivir en pareja ni se quieren casar ni quieren tener hijos. *Liberté.*

—¡Sí, claro! La que dice eso es porque no hay hombre que la aguante y lo de no querer hijos es porque en realidad no puede quedarse o no tiene con quién tenerlos. Yo quiero tener cien por lo menos. Críos y críos por toda la casa. Que de todo se sale, eso es alegría.

Madame Bombón mira a su hija con asombro.

—No, Lucita, no todas queremos lo mismo —insiste la Francesita—. ¿Has leído la noticia del bebé en un contenedor? ¿Es eso mejor? Tenerlos sin quererlos y luego abandonar así a la pobre criatura. O maltratarlos, o cosas que ni me atrevo a decir. No, eso no se hace. En determinadas circunstancias es mejor no traerlos al mundo. Lo que pasa es que la sociedad no está preparada para escuchar estas cosas.

—También hay mujeres que no pueden hacerse cargo de sus hijos y buscan otra familia para darles una vida mejor, sin necesidad de dejar a las criaturas tiradas en un contenedor. O familias que se hacen cargo de esas criaturas que no han sido atendidas por sus progenitores —interviene don Marcial al ver los ojos de tristeza de Lucita.

—Lo que tienes que hacer tú, Francesita, es dejar de decir tonterías y bajar el volumen de la música por las noches, que no nos dejas dormir.

Y Lucita dice por fin lo que su madre no se había atrevido aún a mencionar. Madame Bombón sonríe a la Francesita tímidamente.

—A mí sí me gusta —le dice bajito a modo de disculpa.

Don Marcial se aproxima a la mesa de la Francesita. Ella se sorprende al verlo abandonar su preciado lugar habitual. El anciano le cuenta entonces la historia de Lucita, de su dudosa procedencia, de cómo llegó a la confitería y de lo poco que sabe de su vida anterior, a pesar de haber llegado a la ciudad con unos ocho o diez años, o tal vez seis. Ella dice que no lo recuerda, o tal vez no lo quiere recordar, nadie lo sabe, nunca habla de ello. Solo recuerda su gusto por el pulpo y a su abuelo, eso parece no haberlo olvidado.

Don Marcial, por el contrario, que siempre ha presumido de buena memoria, tiene imágenes muy claras de su propia infancia. Incluso conserva un recuerdo muy real de cuando apenas tenía dos años. Él caminaba por la galería de la casa de sus abuelos. Con las manos cruzadas en la espalda y su corta estatura ya parecía un pequeño adulto. *Elo*, *elo*, decía en busca de su abuelo Julián. Recuerda también a su abuela, a su madre y sus dos tías, siempre de negro riguroso alrededor de la mesa camilla del cuartito de estar.

Las cuatro de luto, como el abuelo siempre había querido. Como Dios manda, decía. En aquel momento de su niñez no fue consciente, pero ayudó a esas mujeres vestidas de negro a sobrellevar la ausencia de su abuelo. Don Marcial evoca ese recuerdo, aún con una punzada de dolor, y vuelve a la conversación con la Francesita.

—Lo siento, don Marcial, pensaba que Lucita era hija natural de Madame Bombón. ¿Entonces, llegó aquí sola? ¿Y si se escapó y la están buscando? —Don Marcial se encoge de hombros—. Pero también le digo que cada uno cargamos con lo nuestro, y si tenemos que andarnos con cuidado hasta para hablar, ya no vamos a poder conversar absolutamente de nada, *monsieur*. —Don Marcial cierra los ojos resignado y vuelve a su mesa.

Capítulo 6

Madame Bombón regenta la confitería desde hace al menos dos décadas. Ya apenas recuerda los años de infancia y juventud vividos en el pueblo, la dureza de la vida en el campo y el calor seco de la Mancha. Pero lo que jamás podrá borrar de su recuerdo serán las manos de su padre; morenas por el sol abrasador y surcadas de arrugas, con los huesos desordenados a causa de una artrosis que ella ya empieza también a sentir en sus manos acolchadas. El olor a campo, a tierra en su piel, esa tierra que le quitaba y le daba la vida a la vez. Los atardeceres tampoco son fáciles de olvidar. Los cielos rojos, morados, rosas y naranjas sobre las llanuras y las vides se graban a fuego, tanto que, a pesar de permanecer lejos, asaltan la memoria para traer la calidez de la infancia y la juventud a la piel. Demasiados años fuera de su pueblo, demasiadas cosas vividas en esa ciudad que tanto le ha dado y que también le ha quitado, con esa sensación de no pertenecer, de ser campo en el asfalto y hormigón en la tierra. Aunque su verdadero lugar es, y siempre será, la confitería.

Esa confitería sobre cuya barra de caoba se posan manos nerviosas, otras pacientes, y de vez en cuando, pero quizás las menos, desordenadas como las de su padre. Azucarillos que se caen, cafés que se derraman sobre esa barra que es su hogar. El suelo blanco y negro, justo como ella había soñado, ya estaba en aquel local polvoriento y con apariencia de casa abandonada cuando Madame Bombón lo adquirió para darle vida.

Para Madame Bombón, más limpia que una patena, todas esas cosas forman parte de ella, han sufrido sus penas con ella y con sus parroquianos. También han celebrado sus alegrías, en las raras ocasiones en que ha correspondido, de modo que Madame Bombón se niega a deshacerse de

esos trastos a pesar de la insistencia de Lucita, que quiere cambiarlos por otros más actuales para atraer a la clientela más joven.

Y de todos los *trastos* que ocupan el espacio de la confitería, hay uno que destaca de forma especial. No porque su apariencia sea original, peculiar o reseñable, sino porque su principal función no la cumple, es un mero adorno. Se trata de un reloj dorado y pesado, en la vitrina de cristal que se encuentra tras la barra, y que no da la hora. A cada lado del reloj, un angelote también dorado adorna sus flancos. El de la derecha, el favorito de Madame Bombón, tiene la cara aplastada, y la nariz ha desaparecido. El objeto acumula muchos más años que la confitería. Felipe lo encontró en un puesto del rastro, entre otros cachivaches usados, abandonados, rotos, gastados, algunos como nuevos siendo viejos y otros como viejos siendo nuevos. Trastos que pertenecían a personas que ya no habitan en este mundo. Cuando uno muere deja al resto con la pena, pero también con la tarea de remover entre las pertenencias, los recuerdos e intimidades del muerto, que te hacen sentir el olor y el tacto de alguna prenda para, a través de un mazazo, hacerte consciente de su ausencia.

A Felipe le había parecido buena idea comprar ese pesado reloj. Un reloj que llevaban con ellos a cada habitación de cada pensión en una pequeña maleta para hacer más hogareña la estancia. Así el cuarto es más nuestro, decía Felipe con una sonrisa burlona en la cara, sabiendo que Leo no veía cómo iban a poder hacer aquello con el reloj de un muerto.

Ahora ese reloj decora la vitrina de la confitería y tiene las agujas negras paradas sobre la esfera blanca. El segundero, de color rojo, a veces da la impresión de querer ponerse en marcha. Pero las agujas permanecen quietas, inmóviles desde que Felipe no está.

Y a menudo los parroquianos la animan a darle cuerda y ella se va por la tangente porque tiene clara una cosa: ese reloj parado le recuerda lo que ha sido capaz de conseguir ella sola durante todos estos años. Y se siente orgullosa de ello y también aliviada, porque el dolor que padeció la convirtió en lo que es hoy en día, una mujer que supera cada traspié que le trae la vida.

Por eso, a veces, lo observa como si fuera a dar las horas de nuevo, y se recuerda como aquella muchacha inocente que llegó del brazo de Felipe a la ciudad con más miedo que ilusión. Le gusta observarlo y mirar al angelote con el rostro aplastado, que, a pesar de los envites de la vida, como ella, sigue ahí, presente.

Esta noche mira el reloj con atención. Si se concentra, le parece escuchar el tictac de las agujas, pero es solo una jugada del cerebro. El silencio que impera ahora en la confitería se rompe con el sonido del carrillón de la entrada. Madame Bombón gira la cabeza hacia la puerta. Observa la figura que está sobre los escalones. En silencio.

—Leocadia. Hola, Leocadia.

—Estamos cerrados. —Madame Bombón mira sin parpadear al hombre que acaba de entrar y de llamarla por su nombre de pila. Los ojos se le humedecen.

—Leo, soy yo.

—Estamos cerrados —dice de nuevo Madame Bombón con los dientes apretados, intentando contener la rabia.

—Por favor, Leo, escúchame, soy yo. —Dos lágrimas se deslizan por las mejillas de Madame Bombón, ahora pálidas. De pronto todo el dolor, todo el esfuerzo, todo el sufrimiento para obtener lo conseguido durante estos años sola trepa por su espalda, se posa en sus hombros y la empuja con fuerza hacia el suelo hasta casi aplastarla. Madame Bombón cierra los ojos y suspira.

Felipe baja los escalones de la entrada no sin dificultades, una de sus piernas apenas tiene movilidad. La mano izquierda está incompleta, la primera falange del dedo corazón no existe. Ha perdido pelo y ganado volumen. Se acerca hasta la barra con un movimiento de vaivén a causa de la pierna maltrecha. Madame Bombón calla. Parece el mismo Felipe cabizbajo, asustadizo e inocente recién llegado del pueblo hace ya tantísimos años. Es unos centímetros más alto que ella, apenas tres o cuatro, pero ahora parece mucho más pequeño, casi un niño.

Madame Bombón se gira hacia la vitrina y coge una botella de pacharán y una copa baja y se las pone delante. Él niega con la cabeza.

—No, Leo, ya no bebo.

Ella lo mira fijamente y se sirve un poco de pacharán en esa copa vacía, se lo bebe de un trago y la vuelve a rellenar. El silencio se hace espeso. Tiene las palabras agolpadas en la garganta, pero ninguna brota. Tras un rato que le resulta eterno, Felipe se atreve a separar los labios para pronunciar algo, lo que sea, y aligerar el ambiente.

—¿Tienes familia, Leo?

—Nosotros éramos una familia.

—Sí, pero no como queríamos ser. Nos quisimos tanto, Leo.

—No me llames así aquí.

—¿Y cómo te llamo? ¿Madame Bombón, como en el letrero de la fachada? —Felipe se ríe mientras Madame Bombón lo mira con ojos de obviedad—. ¿Pero cómo te voy a llamar yo así?

—¿Has leído el letrero de la fachada y no has visto el de la puerta?

—El de ¿empuje?

—Prohibido perros.

—Pues ahí tienes a uno. —Felipe señala a Pepito, que le gruñe a lo lejos.

—Ahora hay dos perros en el local, solo que uno es un chucho y el otro no. Adivina cuál.

—Por favor, Leo, no vengo con ganas de bronca. —Madame Bombón lo mira con rabia. —Ahora no hay nadie, puedo llamarte por tu nombre.

—¿Por qué has vuelto? Este no es tu sitio, no te necesito, no te quiero y no quiero que estés cerca de mis cosas, de los míos, de lo que con tanto esfuerzo he conseguido sola, te recuerdo. —Se señala el pecho y rellena su copa de pacharán.

—He venido porque nunca es tarde para arrepentirse de los errores y pedir perdón por ellos. Yo no sé cómo ha sido tu vida desde que me fui, pero

la mía no ha resultado nada fácil —Felipe suspira—. La nuestra juntos tampoco lo fue.

—No, no lo fue. Pero juntos pudimos con todas las dificultades.

—No, Leo, con todas no.

—Habríamos podido si no me hubieses abandonado.

—Ya no eras tú, ni yo tampoco. Y nosotros —dice señalando a ambos con el dedo— dejamos de ser nosotros.

—Y tú me remataste, Felipe. Tú acabaste conmigo. Me aplastaste como a una colilla. Me lanzaste lejos con tus dedos y después escupiste sobre mí.

—Tú tampoco me lo pusiste fácil, Leo. Reconócelo.

—Vete —susurra—. Vete por donde has venido y no vuelvas a aparecer por aquí.

—No tengo a dónde ir, Leo.

—No es mi problema.

—Por favor, no puedo quedarme en la calle. Es tarde, te prometo que mañana a primera hora me voy. —Madame Bombón cierra los ojos.

Luego le da la espalda, recoge, seca vasos que ya no tienen una gota de agua, los coloca en su sitio, mira a los angelotes del reloj dorado y siente la espera de Felipe. Sabe que no se va a ir.

—A las cinco de la mañana bajo al obrador, no quiero verte cuando llegue. En el almacén tienes un camastro plegable. Ahora te bajo una manta.

—A las cinco menos cinco ya no estaré aquí, te lo prometo.

Madame Bombón sube a casa por las escaleras interiores, abre el baúl de su habitación, aparta la boa de plumas rojas y saca una manta vieja para bajársela a Felipe al almacén, una manta que compraron juntos al poco de llegar a la ciudad. Baja de nuevo, con paso lento y le da la manta sin mediar palabra. Al volver a la habitación llega la melodía que suena en la buhardilla de la Francesita, *La Bohème* de Charles Aznavour. Madame Bombón se sienta en el borde de la cama, cabizbaja. Y ahora sí, deja que todo el llanto le limpie el dolor del alma.

Capítulo 7

La noche ha sido larga. Don Marcial apenas ha podido cerrar los ojos a causa de un insomnio que no le abandona. No ha dormido más allá de unos minutos seguidos. No se acostumbra a la prótesis nueva. No es redondeada como la anterior. Es más estrecha y picuda en el centro, le asusta que quede un mínimo hueco y las palabras se le escapen.

Sí, don Marcial tiene esas cosas. Imaginar un mundo sin palabras se le asemeja al infierno desde que le salió el primer vello en la axila. Su gran obsesión es evitar que se pierdan sus palabras mientras duerme. Por ello, desde niño, ha hablado continuamente. Ha aprendido vocabulario en los libros, un léxico que en su casa no estaba acostumbrado a escuchar porque su padre solo se expresaba a través de órdenes, y su madre, aunque siempre cariñosa, se mostraba ausente, callada.

Pero él no quería que le ocurriera lo mismo que a su tío Ramón, que se quedó mudo de repente. Don Marcial hablaba y hablaba para retener cada palabra. Nunca supieron el motivo por el que el tío Ramón había perdido el habla de pronto, ni siquiera la familia consultó a los médicos. Decían que un susto, que una infección de garganta e incluso que no tendría nada que decir. Mejor callado que escuchar las tonterías que dice, oyó don Marcial niño comentar a una vecina. Sus abuelos dejaron que pasaran los días, esperanzados en que recuperaría el habla de forma natural. No ocurrió. Pasó el tiempo y el tío Ramón no volvió a hablar hasta el día de su muerte, en el que emitió una frase de forma débil con la mirada puesta en don Marcial niño, antes de la última exhalación:

—Dejad que el chico se exprese como quiera.

Y falleció.

Tal vez aquella vecina tenía razón y el tío Ramón no había sentido la necesidad de decir nada hasta ese último día.

Desde entonces, desde ese recuerdo de un tío que hablaba y que se quedó mudo sin motivo aparente, don Marcial ha vivido obsesionado, día y noche, con no perder palabras.

Sabe que su temor es irracional, como muchos otros miedos; sabe que es imposible que las palabras se escapen de su cuerpo, pero ese miedo le acompaña desde hace tantos años que no quiere que le abandone. En cierto modo se siente acompañado por él, pero el insomnio le va haciendo mella poco a poco.

***

Son las cinco y media de la mañana. Madame Bombón ha bajado al obrador media hora más tarde que de costumbre para asegurarse de que Felipe ya no esté en la confitería. Enciende las luces del almacén. Está vacío, pero sabe que él ha dormido a pierna suelta por la forma en la que ha dejado desordenada la manta a los pies del camastro. Hay cosas que se vuelven a recordar como si los años no hubieran pasado. Dos décadas sin él y sin embargo pareciera que siempre había estado allí. Cierra la puerta del almacén y entra en el obrador. El resplandor de la luz blanca de la lámpara le hace entrecerrar los ojos. Prepara la harina, los huevos, el azúcar y todo lo necesario para hacer sus bollos suizos. Son sus favoritos para merendar con un chocolate a la taza. Amasa con fuerza y con rabia porque ayer de nuevo le volvieron a pedir berlinas. ¡Sobre mi cadáver!, dijo sin saber lo que vendría con la llegada de la noche. Lo recuerda y golpea aún más fuerte la masa contra la encimera. Berlinas, Felipe y el pasado, todo de golpe. Madame Bombón oye a Pepito al lado de la puerta, está gruñendo, la verja aún está echada y la luz no atraviesa los visillos gastados de las ventanas. Madame

Bombón se asoma desde la puerta del obrador y ve al perro fuera de su cama. Ve cómo mueve el rabo de un lado a otro, nervioso, y mira a un punto fijo. De pronto escucha que alguien manda callar al perro: Shhhhh. Madame Bombón sale del obrador sacudiéndose los restos de harina con un trapo. Lo ve acurrucado bajo una mesa.

—¡Sal de ahí! —Felipe sale con dificultad, ayudándose con un brazo para mover su pierna maltrecha—. Son casi las seis de la mañana. ¿Qué haces aquí todavía? —Él intenta zafarse del trapo manchado de harina con el que Madame Bombón le golpea en los hombros y el costado.

—¡Para, Leo, para! —Se sacude la suciedad de la ropa—. No tenía cómo salir. La verja está echada, la puerta del almacén que da al portal también está cerrada. Solo me escondía hasta que abrieras la *confitería de Madame Bombón* —dice con sorna— y poder salir.

—¡Mentira!

—Leo, créeme, por favor. —Felipe agacha la cabeza y baja la voz—. Aunque no tengo adónde ir.

—¿Ves? ¡Mentiroso! Pensabas quedarte. —Y vuelve a darle con el trapo.

—¡Quieta, Leo! ¡Para!

Se oyen unos pasos en el almacén. Los pasos arrastrados y perezosos de una chica que tiene un despertar lento y apático.

—Buenos días, madre —dice Lucita de forma mecánica con los ojos aún cerrados por el sueño. Se dirige hacia la barra y enciende la cafetera.

Todavía recuerda cómo su madre la obligaba a dar los buenos días cada mañana, a pesar del sueño, a pesar de no querer madrugar. Decidió que era mejor hacerle caso que tener que escucharla una y otra vez como una institutriz estricta.

Madame Bombón le hace señas a Felipe para que vuelva a esconderse debajo de la mesa y él, mirándola extrañado, susurra:

—¿Madre?

—Shhhh —le insta Madame Bombón, que abre mucho los ojos mientras él niega con el dedo, indicándole que ya no se va—. Buenos días, hija.

—Madre, me ha parecido oír que alguien decía tu nombre.

—¡Anda, qué cosas dices! Si estoy sola. Aún estás dormida, Lucita, hija.

—Sí. —Se restriega los ojos como los bebés al despertar— ¿Quiere un café?

—Una tila —susurra Madame Bombón.

—¿Una tila? Está un poco rara usted hoy.

—Mejor un café con leche, Lucita, que hoy no he dormido bien. Bien cargadito.

La chica vuelve al almacén para coger un saco de café y se da cuenta del camastro con la manta revuelta.

—Madre, ¿qué pasa? ¿Por qué está el camastro abierto y qué hace usted ahí en la entrada con el trapo sucio de harina?

—¡Ay, los suizos! Que se me queman, apaga el horno, hija.

—No huele a quemado, madre.

Lucita camina hacia la entrada. El sueño desaparece poco a poco de su cuerpo, siente cómo se despierta de golpe.

—Madre, ¿por qué hay un hombre debajo de la mesa? —Felipe sonríe —. ¿Y por qué se parece al muerto de la foto del salón?

—Hija, ¡qué bruta eres! Ese muerto es mi difunto marido.

—No estoy muerto, nunca me he muerto. Estáis chaladas. Ahora sí que me voy de aquí. Abre la verja, Leo.

—Le ha llamado Leo, mamá —Lucita solo le dice mamá cuando está nerviosa o asustada o ambas cosas—. ¡Leo! Solo Pruden la llama Leo.

—Y tú madre en lugar de mamá. Ya está bien que me llames mamá, hija. —Madame Bombón mira muy seria a Felipe— ¿Adónde vas a ir? No tienes dónde caerte muerto.

—Muerto estaba —dice Lucita.

Madame Bombón camina en círculos dentro de la confitería, igual que un perro enjaulado que aguarda a que la puerta se abra en cualquier momento; ella espera que la solución aparezca de repente. Lucita y Felipe la observan. Ven cómo mueve los labios en su murmullo buscando la mejor opción para todos. Parece no encontrarla porque tras cada frase, cada rezo, chasquea la lengua disgustada. No, no me gusta, pero no queda otro remedio, murmura mientras se acerca a su hija y a su marido no muerto.

—Vale, vamos a hacer una cosa —dice Madame Bombón bajando la voz—. Dormirás en el camastro del almacén.

—Pero no puedo quedarme ahí siempre, tendré que salir. Y los clientes podrán verme cuando entréis al almacén.

—Es verdad. Y empezarán a hablar. —Madame Bombón afila los ojos para pensar mientras se acaricia la barbilla.

Lucita mira a Felipe y él le devuelve intrigado la mirada. La muchacha ve cómo disimuladamente cuenta con los nueve dedos de sus manos y la media falange del dedo corazón. Madame Bombón también lo ve contar y sacude la cabeza al saber qué cálculos intenta echar.

—No es tuya, esta hija no es tuya.

—Pero si yo me marché hace unos…

—Veinte años —dice Madame Bombón—. No sabemos los que tiene.

—Pero tú sabrás cuando la…, pues eso, la pariste.

—No, querido, yo no la concebí ni la parí. Apareció una noche por sorpresa. Mira, igual que tú, que aquí a todo el mundo le da por aparecer sin avisar, hasta el perro este.

—No hable así de Pepito, madre.

Madame Bombón vuelve a caminar mientras traza un círculo invisible sobre el suelo gastado. Con el dedo índice en la barbilla parece sopesar todas las opciones para la inesperada situación.

—Madre, es hora de abrir. ¿Qué hacemos con el resucitado?

Madame Bombón y Felipe ponen los ojos en blanco de la misma forma que lo hacían cuando sus padres les advertían de los problemas de la

juventud y del amor, sobre todo de los amores tempranos como lo fue el de ellos.

—Vale, nadie sabe cómo es mi Felipe... —Él la mira sorprendido mientras ella reflexiona—. Trabajarás aquí hasta que encuentres algo mejor. Arreglarás cosas, que falta hace. Mira los zócalos, las patas de los taburetes, el almacén, y mucha más faena.

—¡Pero si le falta un dedo, madre! —advierte Lucita. Madame Bombón ignora el inconveniente.

—A cambio te daremos techo y comida, nada de dinero. Y en una semana, fuera de aquí.

—Y si no puedo dormir en el camastro del almacén, ¿dónde duermo?

—Ya, si duermes ahí al final la gente va a murmurar. Que conste que no me hace ninguna gracia esto que voy a decir, pero podrás dormir en el sofá de la salita de estar, nadie sabrá que te alojas allí —dice Madame Bombón mientras Lucita niega con la cabeza.

—¿Y sin sueldo cómo voy a poder irme a otro sitio?

—Bueno, ya lo veremos eso. De momento tienes techo y comida, así que no se queje, señor marqués —replica ella con desdén.

—Empresario, explotador —susurra Felipe.

—Por Dios, Felipe, no volvamos con las soflamas políticas. Por ahora será así hasta que encuentres algo mejor. Tienes una semana para irte de aquí. No puedo ofrecerte nada más y créeme que es un esfuerzo grande tener que alimentar otra boca, sobre todo una como la tuya que, por lo que veo, sigues comiendo con ganas. Ea, los años, que nos deforman la figura —dice con los brazos en jarras mientras observa su propio cuerpo.

Felipe se resigna. Coge su bolsa de cuero marrón y acompaña a Madame Bombón al piso.

—¿Y cómo llamo yo a este señor? —pregunta Lucita mientas sube la verja de la confitería.

—Felipe, si no te importa. Ese es mi nombre, Lupita.

—El mío es Lucita, no Lupita.

Felipe sonríe con sorna. Sigue a Madame Bombón, que le ha hecho un gesto con la mano. Lucita baja las sillas y prepara las mesas.

Comienza un nuevo día en la Confitería de Madame Bombón.

***

Felipe sube las escaleras agarrándose a la barandilla verde que da acceso a la planta central del edificio. Su pierna enferma se resiente en cada escalón. Desde su perspectiva, ve el trasero de Madame Bombón. Se sorprende recordando cuántas veces lo ha tocado y agarrado mientras ella reía a carcajadas. Ahora lamenta que ese trasero, más amplio que el de sus recuerdos, le sea totalmente ajeno.

Entran al piso y Felipe ve las puertas repintadas de color vainilla, capa sobre capa, ahuecándose. Es luminoso a pesar de tratarse de un primer piso. Las plantas en el ventanal del salón crecen buscando aún más luz. Se da cuenta de que es la primera vez que están juntos en una casa y no en una pensión. En habitaciones más grandes, más pequeñas, más limpias, más sucias, con huéspedes huraños, cariñosos, extravagantes, sencillos… Personalidades dispares con un objetivo común: sobrevivir.

Felipe ve su foto en el salón. Está colgada de una pared dentro de un marco metálico de forma ovalada. Se sorprende mirándose como si mirase a un extraño. La imagen le produce escalofríos al reconocerse más joven, más delgado, con más pelo, más feliz y menos cansado. De pronto, el peso del tiempo le cae sobre los hombros. Tal vez el dicho de cualquier tiempo pasado fue mejor se refiera a eso. Madame Bombón se percata de ello, lo conoce demasiado bien, pero calla, no quiere dar explicaciones de por qué su foto está ahí. Ni siquiera ella lo entiende. Se ha acostumbrado a verla hasta el punto de mirar ese rostro tan familiar sin color y sentir que es un

desconocido, como si fuera el modelo que venía con el portafotos. A veces se sorprende de su capacidad de autoficción, de cómo es capaz de engañarse una y otra vez hasta hacer de la mentira verdad y así protegerse del dolor.

Madame Bombón se asoma desde el quicio de la puerta del salón. Toca una burbuja de pintura color vainilla con suavidad para no romperla y mira fijamente a Felipe.

—Esto no es bueno para nosotros. Y menos para la niña. —Felipe la mira con ternura.

—Por fin tienes una hija, Leo. —Madame Bombón sonríe con tristeza y se marcha.

Felipe abre su bolsa de viaje, una bolsa marrón de cuero con tantas magulladuras como su propio cuerpo. Se ha dado cuenta de cómo ella la miraba. La ha reconocido, piensa. *¿Cuántas veces has metido aquí tus manos para guardar y sacar mi ropa, Leo? ¿Cuántas veces has levantado con tus dedos el doble fondo para esconder dinero? Nunca confíes en nadie de la pensión por muy bien que te lleves, no se sabe nunca quién puede ser un ladrón. Nosotros mismos en caso de necesidad podríamos serlo, eso decías, Leo, te partías de risa imaginándonos como dos cacos vestidos de negro y con la cara deformada por una media de espuma. Ay, Leo, qué tonto fui. Ya ni dinero ni nada en el doble fondo ni en el bolsillo del pantalón, solo deudas.*

Capítulo 8

Café caliente, hojaldre, crema, bizcocho de naranja, chocolate y Lucita con la idea del pulpo en la cabeza. De nuevo le ha propuesto a su madre cocer y servir pulpo en la confitería. Madame Bombón se niega una vez más y la Francesita, que quiere congraciarse con Lucita, la anima.

—Yo creo que la chica tiene visión de negocio, *madame*. —Lucita asiente desde detrás de la barra—. Lo mejor es diversificar. Imagine que de repente se prohíba el azúcar o haya escasez y la gente deje de venir. Pueden entrar y pedir un café sin azúcar, pero si no pueden tomar sus dulces ¿para qué van a venir? Para eso se van a un bar.

—Vaya cosas dice, señorita —replica Madame Bombón mientras sirve el milhojas de nata a la mujer que rasca los cupones de lotería, que no levanta la vista de ellos—. Prohibir el azúcar, qué ocurrencias.

—No, no, imagine que pase algo así. —Da un sorbo a la copa del falso champán mientras hace aspavientos con la mano—. Y que de pronto la gente se acuerda de que en este lugar se sirve un pulpo delicioso, con su pimentón, sus patatas…

—Cachelos —interrumpe don Marcial—, esas patatas se llaman cachelos.

—Bueno, pues pulpo con su pimentón y sus cachelos. La clientela seguiría viniendo y usted podría preparar otros platos salados: canapés de gambas, tortillas, saladitos de chistorra, *quiche* y muchas otras delicias sin necesidad de azúcar.

—Uy, *quiche*, ¿pero eso qué es, señorita? Y gambas, dice, menudas ocurrencias, eso es para la gente con dinero —replica mientras se frota el dedo pulgar con el dedo índice.

—Claro, claro —asiente Lucita mientras fantasea con la idea—. Eso, madre, porque acuérdese de que el Gobierno ha eliminado el azúcar del mundo.

—Yo no he dicho eso, Lucita —dice la Francesita frunciendo el ceño —, pero bueno, que yo no lo veo tan descabellado.

—Si quisiera tener un bar lo habría montado en su momento. No, que no, hija, que lo sigo sin ver. A mí me gusta preparar las masas, las cremas, los bombones, pero no pulpo o patatas…

—Cachelos —vuelve a corregir don Marcial.

—Pues, madre, si tanto le gustan las masas puede hacer empanadas.

—¡Y dale! —dice Madame Bombón enfadada—. No hay más que hablar, aquí nadie va a prohibir el azúcar, ¿estamos locos?

—Bueno, en general nos cuidamos más y puede que los dulces se consuman cada vez menos, *madame*.

—Por favor, señorita, mire a su alrededor. ¿Usted cree que toda esta gente se cuida mucho? Bastante amarga es la vida como para privarse de un dulce. Que no, que mi confitería será eterna. Al menos mientras yo viva, y no pienso morirme nunca. —Suelta una de sus estruendosas carcajadas mientras golpea con el paño en la barra.

Madame Bombón ha pasado la mañana mirando hacia la puerta del almacén. No sabe si Felipe va a aparecer y, si lo hace, no sabe cuándo será. Tampoco quiere subir a casa de nuevo. Estar a solas con él no es fácil para ninguno de los dos. La noche ha sido larga. Ha dado vueltas en la cama una y otra vez. Lucita ha oído crujir el somier durante toda la noche, los suspiros de su madre y las maldiciones susurradas que, con su tono de voz, nunca son susurros. No sabe hablar bajo, madre, le dice continuamente Lucita.

Durante todos estos años ha visto la foto de Felipe en el salón con total naturalidad y se ha acostumbrado a verlo sin sentir dolor ni rencor, incluso como si estuviera muerto de verdad. Las lágrimas ya habían desaparecido y el tiempo había dejado los recuerdos bonitos y cicatrizado casi del todo las heridas.

Con una sonrisa recordaba las caricias, los besos, las ilusiones, el capricho de cenar en un restaurante una vez al año. Siempre con la misma ropa especial para esa cita. Felipe con un traje marrón de verano y una camisa blanca, que ella frotaba una y otra vez en el cuello y en los puños para dejarla impoluta, los zapatos incómodos del día de su boda, el pelo hacia un lado con una raya perfecta y un frasco de colonia casi entero repartido por todo su cuerpo. Para no oler a obrero pobre, le decía él mientras veía cómo ella se ponía sus medias de cristal remendadas en las puntas de los pies, el único par que tenía. Se apoyaba en el borde de la cama para subir el delicado tejido con cuidado por unas piernas fuertes y suaves que hacían perder la cabeza a Felipe. Después se ponía el vestido granate y marrón sobre un cuerpo que anhelaba sentir el latido de otro ser creciendo en su vientre. Se abrochaba los botones despacio, sonreía a Felipe, entreteniéndose en el escote, sabiéndose querida y deseada. Se acomodaba el pelo en un moño alto que tapaba parte de su frente con una onda que peinaba con mimo, usaba un pasador plateado para adornar el negro azabache de su cabello y sabía que cuando cogiera el labial rojo entre los dedos, Felipe le pediría un beso. Dámelo ahora, que luego no me dejas, le decía mientras ella se dejaba besar suave. Ay, Felipe, si nos vieran en el pueblo así, tan finos. Y los dos salían felices de la pensión. Ella haciéndose oír con el sonido de sus tacones, y él haciéndose oler con el rastro de colonia. Esta noche sí, pensaba ella mientras se tocaba el vientre.

Todos esos recuerdos invaden la cabeza de Madame Bombón cuando de repente asoma la cabeza de Felipe por la puerta del almacén. Es casi mediodía. Ella no lo ve, concentrada como está en servir los cafés. Felipe chista a Lucita, que lo ignora sin disimulo. Él resopla y espera a tener a Madame Bombón dentro de su campo de visión. Pasa un rato más, oye cómo crujen sus tripas y, al cabo de unos minutos, por fin cruzan la mirada. Madame Bombón se agarra el estómago al verlo y sus ojos se expanden hasta ocupar casi la mitad de su cara.

—Voy un momento al almacén, hija.

Mira de reojo a la clientela para asegurarse de que nadie ha visto a Felipe.

—¿Qué hago? —le dice él—. ¿Salgo a la confitería o me subo a casa?

—A *mi* casa, querrás decir.

—Nadie me conoce, puedo entrar a la confitería. —Silencio—. Porque nadie me conoce, ¿verdad, Leo? ¿Verdad?

—No me llames así, por favor. Espera. —Madame Bombón se asoma por la puerta del almacén para ver la sala—. ¿Has bajado porque tienes hambre o a trabajar?

—Pues ya no lo sé. ¿Quién sabe de mí, Leo?

—Nadie, nadie sabe de ti. Todos creen que estás muerto, no saben cómo eres —dice Madame Bombón con tono impaciente—. Sal y enreda en la máquina de café, que parezca que la estás reparando. Ahora te preparo una tortilla francesa para comer. No tengo nada salado. Si Lucita te habla de pulpo, no le hagas caso. Esta tarde te daré trabajo de verdad, porque hay mucha faena por hacer.

Felipe sale primero, ve la cara de susto de Lucita y hace el amago de volver al almacén. Madame Bombón lo empuja hacia la sala de la confitería.

—¡Vengo a arreglar la máquina de café, Lupita!

—¡Shhhh! Lu-ci-ta. No grites, que te va a mirar todo el mundo —le susurra.

Felipe abre la puertezuela de la barra y pasa para acercarse a la cafetera. Empieza a tocar palancas y botones de forma exagerada.

—La máquina funciona perfectamente, acabo de poner un café.

—Hija, que está disimulando, enseguida se va. Voy a prepararle la tortilla.

—Menudo disimulo, madre, si ha entrado a la barra dando unas voces que lo han tenido que oír hasta en el edificio de enfrente. —Felipe toca la máquina de café una y otra vez—. Y, además, no creo que con esa pierna pases desapercibido —le dice directamente a él.

—¿Pues sabes qué me comería ahora mismo, Lupita? Porque tengo un hambre…

—Lu-ci-ta —dice con desesperación—. Como si comes veneno, resucitado.

—Pues te lo voy a decir de todas formas —añade moviendo mucho las manos—. Una tapita de pulpo, así con su pimentón, sus cachelos… —Lucita le fulmina con la mirada y se va a limpiar las mesas vacías.

El día transcurre entre conversaciones, carcajadas, cafés que se derraman, besos, bombones, hojaldres y llantos. La cafetera deja de funcionar de pronto. Lucita sospecha que su madre la ha averiado solo para que Felipe esté entretenido. Ella se da cuenta de cómo los clientes miran a ese señor que camina con un vaivén, tambaleándose de un lado a otro. A Lucita le recuerda a un tentetieso. Uno como el suyo, que guarda en su pequeña maleta roja, un tentetieso muy especial. La maletita, como dice su madre, es lo único que Lucita llevaba consigo cuando Madame Bombón la encontró aquella noche en la puerta de la confitería. Dentro tan solo había un vestido, unas braguitas, una camiseta interior y el juguete: un tentetieso de madera, pintado a mano, en cuya superficie se aprecian aún los trazos de los pelos del pincel. La sonrisa, una línea negra; y en las mejillas, dos círculos rojos. Siempre está guardado en la maletita, a buen recaudo, para que no se estropee más de lo que está. En los días en los que el nerviosismo se apodera de Lucita, ella solo se calma, desde que era una niña, con el tambaleo continuo del muñeco de madera.

Le gusta ver cómo toca el suelo con su nariz picuda y cómo la parte de atrás de la cabeza choca en la madera cuando se tumba boca arriba. Justo ahí la pintura está gastada, como las cabezas de los recién nacidos a los que se les cae el pelo en el lado que apoyan al dormir.

Ese muñeco es su objeto más preciado. Es mío, es mío, repetía constantemente cuando apenas asomaba un palmo del suelo. Anoche ese pequeño tentetieso que se parece a Pinocho salió de la maletita roja. Lucita se sentó en el suelo frente a él y lo observó durante horas yendo de delante

hacia atrás. Cuando su madre abrió la puerta de su habitación, el reflejo de la luz del pasillo iluminó a Lucita y al tentetieso como un rayo de sol, el resto de la habitación siguió en penumbra. Lucita no miró a su madre. Es mío, susurró, y Madame Bombón cerró la puerta despacio.

Lucita hoy no parece la niña que era anoche, con su tentetieso en el suelo. Hoy observa al difunto marido de su madre que resulta estar vivo. Ve cómo estudia la cafetera intentando arreglarla, ahora de verdad. Utiliza herramientas que han estado guardadas durante años en el almacén. Felipe siente la mirada de Lucita en la nuca, pero hay alguien más que también lo observa.

En una mesita redonda cercana a la barra de la confitería se encuentra don Marcial con la copa de anís llena. Intenta resolver el crucigrama del periódico, pero su concentración está en otro lado. En ese hombre que hurga en la máquina de café. Su humor pasa de la templanza al desasosiego, se nubla, tuerce el bigote y excepcionalmente se queda sin palabras. Se centra en sus pensamientos y sus recuerdos para averiguar quién es esa persona que le resulta tan familiar. Presume de no olvidarse nunca de un rostro. Si ve una cara, aunque sea un solo segundo, es capaz de recordar cuándo, dónde y en qué situación la ha visto. Y él ya se ha encontrado antes con esos ojos que parecen dos cabezas de alfileres, la cara de ese señor.

Mientras Felipe intenta arreglar la cafetera y don Marcial lo observa, Madame Bombón se refugia en el obrador. No tiene ánimo para aguantar las miradas inquisitivas de los clientes y mucho menos para ver a Felipe toquetear todo aquello que con tanto esfuerzo ha conseguido. Golpea la masa de hojaldre mientras refunfuña.

Eres una inocente, Leo, qué digo una inocente, una ignorante, como cuando tenías quince años. Con todo lo que has aprendido en esta vida y te dejas engatusar así. Pero míralo, si no es ni la sombra de lo que fue. Claro que yo tampoco. Ya no somos unos chiquillos. Y de lo que te hizo, ¿qué? Ya se te ha olvidado. Lo viste entrar por la puerta y venga, que pase. Lo has metido en tu casa, y lo siguiente ¿qué será, Leo?, ¿la cama? Eso sí que no, no, no. Pero si has estado con su foto

colgada en el salón todos estos años sin sentir nada y ahora que le has visto los huesos y las grasas te haces preguntas. No, Leo, a ti lo que te pasa es que tienes mucha soledad encima. Ale, ya lo he dicho, las cosas hay que reconocerlas. Más sola que la masa madre ahí dentro de un tarro, esa eres tú, Leo, una masa dentro de esta confitería.

Con lo tranquila que estaba yo con mi Lucita, las dos solicas, que tendrá sus cosas, pero las dos ya estamos hechas la una a la otra. ¿Y qué ejemplo le estoy dando? Toda la vida diciéndole, tú estudia, que no ha querido, pero bueno, sé independiente económicamente, nunca jamás estés a la sombra de nadie, aunque lo cierto es que a lo mejor algo de sombra le doy yo, que el amor viene y va, pero lo que permanece es una misma, y a esa es a la primera que hay que querer, lo demás ya vendrá.

Y ahora llega este señor que nada tiene que ver con el hombre con el que me casé y se planta en mi confitería como si aquí no hubiera pasado nada. Con lo que yo lloré por este ser y míralo, ahí está, de chascarrillos con la clientela. Siempre hace lo mismo, apropiarse de lo mío. ¿Que yo hacía amistad con una pareja de la pensión o del barrio de turno?, pues él llegaba como una apisonadora para hacerse con la situación. Venga a hablar, interrumpiéndome a mí y a los demás, sin escuchar, dándome la espalda para acaparar la atención de la persona que estaba al otro lado. Él, él, él y siempre él. Eres tonta, Leo, pero tonta de remate.

Todavía me acuerdo del concurso de canto del barrio ese, el de la pensión pequeña pero muy limpita. Ay, cuando se enteró de que me había apuntado a cantar en las fiestas… No se podía quedar abajo, mirando a su mujer, no, tuvo que apuntarse él también y pregonarlo. Y yo, que no se lo había contado a nadie, tuve que aguantar que me dijeran que me había apuntado por envidia de mi marido. Pues hala, ¿Leo qué hizo? Desapuntarme, eso hice, y ahí que subió él al escenario y se dio un baño de gloria. Que muy bueno, muy cariñoso y dispuesto y muy todo, pero muy protagonista también.

Esto no puede salir bien.

Hace ya un rato que la noche se filtra por los visillos ajados. Los parroquianos se marchan poco a poco. Y así uno a uno desaparecen por la puerta de cristal. Silencio. Madame Bombón, Lucita, Pepito, Felipe y la losa. Una noche más.

—Gracias, Leo, por darme esta oportunidad. ¿Has visto? Ya me he hecho con la clientela.

—Menos con don Marcial, madre, que no ha hablado en toda la tarde. Mudo estaba el hombre.

—Estará enfermo de la garganta, hija.

—¿Cuándo ha visto usted a don Marcial malo de la garganta ¿Y mudo? Jamás, ya se lo digo yo.

—Será la prótesis nueva, que no le deja dormir y no le apetecerá hablar. Lucita, hija, cierra tú. Felipe, tenemos que aclarar algunas cosas. Cierra bien la puerta, hija, que, mira, luego se nos cuelan ratones —dice mientras mira a Felipe.

***

La Francesita abre la puerta de la buhardilla y estira los brazos en cruz para lanzarse boca abajo sobre la cama. Bosteza, suspira cansada. Tras un instante, se levanta y enciende la lámpara roja del escritorio. Coloca la aguja del tocadiscos en el vinilo y se mece bailando de un lado a otro. No puede evitar mirar hacia la ventana. Ahí está él. Hoy no hay nadie más, solo él. La Francesita se permite observarlo. Se sienta en su silla de madera frente al escritorio, coge un boli y unas hojas de papel. La vista frente al cristal. Él tiene una taza entre las manos. Ella se estremece, golpea con las hojas de papel sobre la mesa para alinearlas y comienza a escribir.

Querido amor:

Aún te imagino alrededor de mí, con tus brazos, que eran capaces de abarcar todo mi cuerpo de muñeca. Te escribo, aunque sé que no me puedes leer, pero me ayuda a sentirte cerca.

Mi abuelo siempre decía que había algo más allá de la muerte, pero que nadie había vuelto para contárnoslo. Yo desearía que regresaras y me lo contaras tú.

¿Sabes? Estoy alojada en una pequeña buhardilla que hay en el último piso del edificio de una confitería, ya te he hablado de la dueña alguna vez. Es como la madre que siempre quise. Tengo una pequeña habitación con una toilette y un gran ventanal, a veces me parece estar en una azotea de París. Si cierro muy fuerte los ojos, puedo imaginarme que veo la Tour Eiffel desde aquí. Aunque ya no me gusta tanto ese gigante de hierro desde que vi tu hermoso cuerpo magullado en sus escalones.

Cuando volví de París recorrí cada uno de los cementerios de la ciudad y por fin encontré una lápida con tu nombre. Me impresionó ver tu cara en esa fotografía en blanco y negro. Con tu sonrisa, tan amplia, iluminando todo a tu alrededor, incluso en un lugar tan gris como ese. Aún no me creo que todo esto haya pasado.

Te echo de menos.

Con amor, tu muñeca.

Cuando la Francesita termina de escribir la carta, el vecino del edificio de en frente sigue en la terraza. El ombligo asoma por la cintura del pantalón beis, el torso y los brazos bronceados y fuertes. Él mira hacia el ventanal de la Francesita y levanta la taza de café a modo de saludo. La Francesita permanece inmóvil, hay algo en él que la inquieta.

Capítulo 9

Don Marcial llega el primero a la confitería todas las mañanas. Remueve insistentemente su café solo, oscuro, casi masticable, mientras mira a ese hombre que, a pesar de su dificultad en una pierna, se mueve por la confitería como pez en el agua. Intuye cierta confianza con Madame Bombón, bromas de forma continua que exasperan a Lucita y el tono de voz muy alto haciéndose notar. Ese hombre ha llegado para perturbar la paz de su rutina y se entromete en sus pensamientos cada noche, cuando intenta descifrar por qué esa cara le resulta familiar.

—Le veo muy desconcentrado hoy con el crucigrama, don Marcial —dice Felipe con sorna. Don Marcial asiente con la sonrisa torcida—. Vamos a ver qué palabra tiene atravesada.

—Déjalo, a él le gusta hacerlo a su ritmo, solo.

—Lupita, siempre que se puede ayudar se ayuda —replica Felipe mientras se acerca a la mesa de don Marcial—. Ciudad europea, seis letras. Si es muy fácil, hombre. Tiene aquí la B. Madre mía, ¡qué años pasé allí!

Se oye un estruendo de cacharros que proviene del obrador. Madame Bombón cierra la puerta de golpe. Felipe se gira para ver qué ha ocurrido, pero vuelve de nuevo la cara hacia don Marcial y, con la mano apoyada en el mármol de la mesa redonda, al lado de la taza de café ya frío y el crucigrama casi completo, le insiste.

—Venga, hombre, si ya lo tiene. —Golpea con los dedos en la mesa y el licor de anís salta dentro de la copa de cristal.

—Berlín —susurra don Marcial como un niño en el primer día de colegio. Sus ojos miran intrigados a ese hombre que le habla con una confianza que le molesta.

Madame Bombón aprieta los labios con fuerza. Con la puerta del obrador cerrada por primera vez en dos décadas contiene la rabia que creía olvidada. Apoya el brazo izquierdo en la encimera y el derecho sobre la isla central, donde mima las masas de los panes y los bollos, que reposan a la espera de ser horneadas. Lucita pasa tras escuchar el portazo. Encuentra a su madre con los brazos en cruz y el cuerpo inclinado. La mirada en el suelo. Lucita posa la mano en la espalda de su madre, que no dice nada; ni siquiera un gesto, ni un sollozo. Como si no estuviera. Silencio. El dolor no se expresa en voz alta. Siempre ha sido así entre ellas. Si no se habla del dolor, el dolor no existe y todo está bien. Se respetan, se consienten, se callan y se entienden. Madre e hija, mudas como tumbas ante lo importante, cotorras ante lo banal.

Madame Bombón suspira para llenar sus pulmones de aire mientras levanta la espalda despacio, vértebra a vértebra. Se endereza, acomoda la blusa azul oscuro y se gira hacia Lucita. Acaricia la mejilla de su hija y ella ve de nuevo la fuerza en los ojos verdes de su madre. No pasa nada. Todo está bien, como siempre.

—Venga, que voy a sacar bollos suizos recién hechos, ¿quién va a querer? —dice Madame Bombón enérgica, fuerte, rotunda tras abrir la puerta del obrador.

Don Marcial levanta la mano, tímido. No habla, no sabe qué decir. Ha perdido el habla, su miedo más temido se ha hecho realidad. Ve cómo Madame Bombón se acerca a su mesa con un platito blanco, pequeño, del que sobresale la panza del bollo, blanquita, rebosante de azúcar. Le hace un gesto a Madame Bombón para que se agache. Ella, sonriente y con la mirada extrañada, acerca su oreja a la boca de don Marcial, los pelillos de su bigote le hacen cosquillas al rozarle.

—Ya sé dónde he visto a ese hombre. Ya sé quién es, señora.

—Hoy no, don Marcial, se lo ruego. —Don Marcial asiente.

Mientras tanto, Pepito, en la puerta, se lame entre las patas, indiferente al caos que reina en la confitería.

***

Madame Bombón siente la necesidad de hablar sobre lo que le está pasando. No puede hacerlo con su hija. Ella es el punto de apoyo para Lucita y no puede dejar que vea a su madre como una mujer débil, confundida, asustada. Además, Lucita aún está molesta por tener que convivir con Felipe en casa y en la confitería. Madame Bombón no sabe cómo han llegado a ese punto. Sabe que Lucita no soporta cómo huele el baño cuando él sale dejando una estela de olor a polvo y a sudor rancio. Sabe que no le gusta que haya un hombre en casa, menos aún *ese* hombre. Un hombre muerto, un hombre resucitado.

También sabe que Lucita recuerda los llantos de su madre en las noches, cuando apenas habían transcurrido unos meses desde su llegada a la confitería con su maletita roja. Recuerda como, sentadas al borde de la cama, le pasaba el brazo por esos hombros de niña y la apretujaba contra su pecho. Sabe que Lucita, a pesar de su corta edad en aquellos años, se daba cuenta de lo que significaban aquellos sollozos de su madre, que disimulaba con una sonrisa al mirarla de nuevo. Y Lucita sabe que su madre bailaba sola en su habitación aquella canción triste —la que suena ahora en la buhardilla de la Francesita—, y que cuando está distraída la tararea sin darse cuenta. Lucita conoce todo el dolor por el que ha pasado su madre, aunque nunca hayan hablado de ello.

Pero hoy es domingo y Pruden está a punto de atravesar la puerta de entrada. Su comadre casi nunca rebate sus opiniones, asiente, aunque piense lo contrario, porque los enfrentamientos le hacen sentir incómoda. Por eso Madame Bombón habla con tranquilidad, sin descanso, sin puntos de vista distintos que le hagan plantearse otras formas de actuar o de pensar. Siempre ha sido así. Como en el pensamiento propio de los niños, en el que su realidad es la correcta y los demás están equivocados. Por eso Madame

Bombón mira impaciente hacia la entrada, desea contar a su amiga la aparición de su Felipe.

Pruden llega a la hora de siempre. Hoy se ha arreglado más que de costumbre. Arreglarse para ella significa cambiarse los zapatos planos de suela de goma y ponerse el tacón de apenas dos centímetros para poder caminar sin tropezarse. Hoy se ha pintado los labios de un color rosa más fuerte que el habitual. Apenas un par de tonos, pero que en una mujer discreta como ella destacan sobre su vestido granate con vivos dorados en el cuello y en los puños de las mangas. Madame Bombón abre los ojos de forma exagerada al verla. Pruden sonríe al comprobar el efecto que ha causado en su amiga.

—¿Qué te parece, comadre? —dice girando sobre sí misma.

—Que me voy a marear con el perfume que llevas. Este es nuevo. ¿Cuánto te has echado? ¿Todo el frasco?

—No, mujer, el de siempre, el que me regaló mi Guillermo. ¿Me he pasado? —pregunta insegura—. Pero, calla, que tengo que contarte algo.

—Yo también, amiga —dice Madame Bombón con pesar—. ¿Pero tú por qué sonríes como una quinceañera boba?

Pruden traza un barrido disimulado con la mirada sobre todas las mesas de la confitería. Todo en orden, como siempre, como cada domingo. Don Marcial en su mesita redonda con sus crucigramas y sus pasatiempos de números. La Francesita, obnubilada con las burbujas del falso champán. Elvira y Clemente en las mesas de la entrada pegadas a la pared, y el hocico de Tiramisú asomando sobre el pecho de ella. Elvira ríe de forma escandalosa mientras derrama el azúcar glas de los merenguitos de limón. La señora de la lotería rasca y rasca compulsivamente los cupones, otra tarde más sin suerte. Un abuelo y un nieto saborean sus chocolates calientes. Hay parejas, grupos de amigos, familias. Todo dentro de lo normal. Y a uno de ellos, uno de esos hombres que ahora se reúnen en la confitería, pertenece la voz aterciopelada que el último domingo le hizo sentir a Pruden su propio cuerpo.

Pruden sabe que nadie se ha percatado, excepto su amiga, de su cambio de imagen. Aun así, actúa como si todos los ojos se posaran sobre su cuerpo. Siempre se ha sentido invisible y, sin embargo, hoy se comporta como si sus actos, sus gestos o sus palabras fueran observados —y juzgados — por todos. Pruden. Siempre correcta, cariñosa, atenta, hablando de menos, olvidándose de ella.

El yugo de los convencionalismos pesa. Incluso dentro de su propia casa, en su más estricta intimidad, se cohíbe. Controla sus deseos, sus palabras, sus actos. Es una mujer contenida y educada para servir a los demás. Recuerda despertarse temprano, con el sol, y quedarse con la mirada fija en el techo, en silencio, sin apenas respirar para no despertar a su madre, que aún dormía. Ese tiempo en el que Pruden permanecía despierta entre sus sábanas con bordados de vainica hasta el despertar de la madre era el único momento del día en el que se permitía soñar. Soñaba lo que todas las chicas de su edad: salir de su casa y experimentar la libertad. Y sin embargo muchos años después, en una casa distinta, sin paredes de tierra, sin un patio encalado ni una madre encamada, Pruden no ha saboreado aún la libertad ni un solo instante. Dejar de servir a la madre para servir al marido y al hijo. Pero hoy Pruden tiene una nueva ilusión que quiere compartir con Madame Bombón.

—¿Qué te pasa a ti, amiga, que estás tan de mal humor?

—¿Y a ti? ¿Dónde vas tan arreglada? No te pega nada —dice Madame Bombón que sigue observando de arriba abajo a Pruden.

—¿Qué sabrás tú? —Pruden se encoge incómoda sobre su silla.

—Bueno, ¿qué me quieres contar? Porque yo no sé por dónde empezar, así que habla tú primero.

—No, no, cuéntame tú. —Pruden da un sorbo a su copa de anís y se limpia los labios con una servilleta. El carmín rosa se queda impregnado en ella, siente que desaparece.

—No sé cómo contártelo. —Agarra la mano de su amiga mientras comienza a hablar. Pruden se prepara para prestar atención—. Verás, hace

unos días apareció alguien que tú conoces y que yo no quiero ver ni en pintura. Y creo que tú tampoco, por el daño que le hizo aquí a tu amiga, una servidora.

—Ya estás con tus fantasías, Leo. Sería alguien que se le parece.

—Que no, que es él. —Pruden ahoga una carcajada incrédula—. Sí, que ya sé que he dicho millones de veces que si lo volviera a ver lo echaría a patadas, que le escupiría en la cara y le tiraría de los pelos, cosa que por cierto no puedo hacer porque le clarea bastante la cabeza… Y está cojo también. Y le falta este dedo de aquí. —Le indica a Pruden el dedo corazón de la mano izquierda—. Pero, chica, que no sé por qué no he sido capaz de echarlo a patadas y a escupitajos. Hay algo en mis entrañas que no me deja. Pero si hasta lo he acogido en mi casa.

Pruden cambia la expresión. Sus rasgos se endurecen. Golpea con el dedo índice una y otra vez la copa de anís.

—No, si al final va a resultar que de buena eres tonta, Leo. Con la mala baba que tienes para algunas cosas. —Madame Bombón asiente con la cabeza—. Tienes que echarlo ya.

—La soledad es muy mala, Pruden.

—Tienes a tu Lucita.

—Sabes a qué me refiero. A sentir que hay alguien que te espera, alguien con quien conversar, ese abrazo por la noche, Pruden.

—¿Me sirve a mí de algo tener a alguien en casa? Tienes que echarlo ya —repite Pruden con la voz contenida y los ojos vidriosos.

—Pero tuvimos nuestros momentos bonitos.

—Y también te hizo mucho daño, Leo, no lo olvides. Las noches en vela, los llantos, la rabia. El abandono, Leo, el abandono. Se fue así sin más, sin despedirse de nadie. Se esfumó. ¿Acaso le quieres? —Madame Bombón no responde—. Tienes que echarlo.

Pruden ve a Felipe en el quicio de la puerta del almacén. Lo reconoce perfectamente a pesar de quedar poco de lo que fue. Tan solo la intensa mirada de la juventud. Esa mirada que se acaba de cruzar con la suya y que,

una vez más, ha vuelto a desarmarla. Pruden se levanta de pronto de la silla. La madera del respaldo choca contra el suelo gastado al caer.

—¿Qué haces? Siéntate, amiga. —Madame Bombón la mira desde su asiento, observa el vestido granate con vivos dorados y los restos de carmín rosa en los labios de Pruden —. Estás guapa, querida.

—Y tú has perdido la cabeza, Leo.

Los taconcitos resuenan en el suelo de mosaico negro y blanco a un ritmo apresurado. No mira a nadie, no se despide, huye y su cuerpo choca con otro cuerpo. Perdón, dice él. Y esa voz hace que el corazón de Pruden cabalgue aún más rápido.

Capítulo 10

Querida muñeca:

Por fin vives la vida bohemia que querías. Tu familia estará muy enfadada. Me habría gustado ver sus caras cuando les dijiste que te marchabas.

¿Te acuerdas de su cara de sorpresa cuando anunciaste que nos íbamos a París? Tu madre culpaba a tu abuelo por meterte en la cabeza la idea de recorrer mundo.

Te imagino en esa pequeña habitación con pluma y papel, ensimismada en las líneas y en ese gran ventanal. Sueño con nuestro encuentro, aunque espero que sea muy lejano. Te extraño, pero porque te quiero deseo que tengas una larga vida y, al menos tú, puedas llegar a la vejez, que seguramente estarás igual de bonita que ahora, mi muñeca.

Leo y huelo tus cartas cada noche para sentirte cerca.
Siempre para ti.
Tu amor.

La Francesita aspira el olor de la carta y sonríe. Vuelve a guardarla en el sobre junto al resto, donde también guarda los billetes de tren hasta la capital francesa, entre otros recuerdos. Cuando esconde el sobre bajo la cama vuelve a sentarse en la silla de madera del escritorio. La puerta que hace de tablero cumple con su función. A veces se sorprende acariciando bajo la mesa el dibujo de la niña y el perrito. Mira por el ventanal y ahí está, el vecino de la terraza de en frente, la distancia no le permite distinguir sus

rasgos. La Francesita apaga la lamparita de flecos rojos que tiene sobre el escritorio. La calidez de la luz hace de su buhardilla su hogar, sencillo pero acogedor, pero no quiere ser vista por ese hombre, hoy no, aunque sí quiere observar. ¿Cómo una persona puede disfrutar de tantos cuerpos distintos?

Ve la silueta de su vecino dentro del salón de la casa. La cristalera que da a la terraza no tiene cortinas y deja vislumbrar todo lo que ocurre en el interior. No es capaz de contemplar con claridad los rostros, pero sí la melena rubia y ondulada hasta la cintura de la mujer que le acompaña hoy. Puede apreciar la sedosidad de su cabello cuando él le sujeta la nuca con una mano y hace que incline la cabeza hacia atrás; las ondas de su pelo se mecen de un lado a otro. El cuello largo y estirado es devorado por él. Ella cierra los ojos dejándose hacer. Tan solo la luz de la lámpara de pie del salón es suficiente para iluminar sus cuerpos casi desnudos.

Aunque los rasgos son difusos, la Francesita cree haber visto antes a esa mujer. Él, con un pantalón negro desabrochado; ella, con el torso desnudo, en su espalda se distinguen aún las marcas que el sostén le ha dejado sobre la piel. La Francesita puede imaginar la liberación que siente. En ese momento, no parece haber nada más importante para ella que esas manos y esos labios que hacen que se abandone al deseo. Las braguitas negras de encaje marcan unos glúteos que él agarra con fuerza. El hombre muerde y lame el cuello largo y suave de la mujer. La Francesita no puede dejar de mirar y envidiar la pasión que reflejan.

Ella, que ha rechazado cualquier contacto físico, incluso el propio, desde aquel fatídico día se deja llevar junto a ellos. Hoy vuelve a sentir su cuerpo. Cada poro de su piel parece abrirse. Sus piernas también. Inconscientemente, su mano se dirige hacia su vientre y deja que se deslice por debajo de su ropa interior mientras ve cómo la mujer baja los pantalones de su amante y él le arrebata las bragas de encaje. Le gira el cuerpo en un movimiento rápido y brusco. La Francesita puede apreciar de forma difusa la cara de ella. Los labios rojos abiertos y los ojos cerrados mientras él mueve su cuerpo de delante hacia atrás. Se fija en esas manos que ahora cubren sus

pechos. Ve cómo él cierra los ojos y mueve sus propios dedos al ritmo de ellos, cada vez más rápido, más intensamente, hasta llegar al clímax.

La Francesita respira agitada, aprieta la mano con fuerza entre sus piernas, con la otra se agarra a la cadena de la lámpara roja con flecos. Mira hacia la ventana y observa cómo el hombre dirige la mirada hacia su ventanal y sonríe. La Francesita se da cuenta de que ha encendido sin querer la lamparita roja de su escritorio. La han visto. Apaga la luz, justo un segundo después de cruzar la mirada con la mujer rubia, completamente desnuda, jadeante, con el vientre encogido y los pechos agitados. La Francesita se queda a oscuras frente al ventanal, no puede dejar de observarlos. Los ojos verdes de él la inquietan.

***

Don Marcial camina en la oscuridad de su casa. Apenas la ilumina la luz de un aplique en el pasillo y dos lámparas en el enorme salón. Un flexo apagado apunta hacia la maqueta de madera: un galeón del siglo XVII de grandes dimensiones. Ya no puede construir pequeñas maquetas porque su vista está cansada, le resulta complicado insertar las piezas. La época de las miniaturas que lucen en la vitrina de cristal de su salón terminó con la pérdida de visión que se instaló en sus ojos año tras año. Una vitrina estrecha de cinco módulos repleta de muñecos, vehículos o monumentos que un día pintó pieza a pieza y pegó con sus propias manos, ahora temblorosas.

En ocasiones, cuando está concentrado en el siguiente paso para la construcción de su navío, debe sujetarse bajo la luz del flexo metálico de color mostaza una mano con la otra para calmar el pulso tembloroso. Observa las arrugas y las manchas que los años han ido formando en unas manos que fueron fuertes y suaves, poco lastimadas por un trabajo de oficina

que no requería esfuerzo físico más allá de usar un lapicero y una calculadora.

Pero hoy don Marcial no tiene ánimo para continuar con su maqueta. Se ha sentado en su sillón y por primera vez en muchos años no hace nada. No construye, no repasa el diccionario, no hace sopas de letras ni crucigramas ni pasatiempos numéricos, ni siquiera reflexiona sobre los sinsabores de la vida. Su mente está concentrada en el rostro del hombre nuevo de la confitería. Aparece su cara, más envejecida, una cabeza menos poblada y una mandíbula menos firme. Cuando se difumina esa imagen, aparece el rostro de su querida amiga Madame Bombón. Los labios rojos fruncidos y los ojos verdes mirándolo, siendo conscientes de que don Marcial ha descubierto su mentira. No diga nada, don Marcial, parecían suplicar esos ojos siempre vivos.

En el bolsillo de su bata de cuadros guarda el estuche con la férula para los dientes, la encaja en su boca y cierra los ojos. Hoy don Marcial intentará descansar en su sillón, sabe que dormirá mal pero que, si se va a la cama, el insomnio no tendrá piedad de él.

***

Lucita tiene los cubiertos en la mano: tres tenedores y tres cuchillos. No se acostumbra a poner uno más. Aún no entiende por qué ese señor, como ella lo llama, vive en su casa. ¿Cómo es posible que su madre lo acoja como si nunca hubiera pasado nada?

Deja los cubiertos sobre el mantel blanco, el mantel *majo* que solo se usa en ocasiones especiales y que ahora su madre le exige ponerlo. Que no parezcamos unas pobrecitas, le dice. Lucita prefiere poner el hule de siempre y que su madre no se deje los nudillos al frotar las manchas en la tela del mantel cada día.

—Faltan los vasos y el pan —dice Lucita alzando la voz para que la oigan desde la cocina, por encima de sus risas adolescentes.

Felipe aparece en la salita de estar con tres vasos de vidrio verde y un pan redondo de un tamaño al menos dos veces superior al que Madame Bombón siempre hornea para las dos. Felipe deja el pan en la mesa, también redonda, con una sonrisa boba en la cara. La harina de la base del pan se esparce sobre el mantel blanco. Apenas se distingue, pero Lucita sabe que le va a tocar sacudirlo con cuidado en un rincón de la cocina.

—Tu madre sigue igual de divertida, Lupita. Dice que hace siempre este pan para casa porque tiene mucha miga y que así te crecerán las tetas. —Felipe vuelve a reír.

Lucita mira con furia a su madre cuando entra al salón con una sopera entre las manos. La sopera hasta entonces prisionera del mueble del salón por fin ve la luz, por fin ha sido liberada para ser usada. Al menos la presencia de Felipe sirve para darle utilidad a las cosas que ocupan espacio en la casa y que solo tocaban para quitarles el polvo al menos una vez al mes.

—Pues usted no debería comer nada de pan, madre, que la miga se le queda en las caderas.

—Lucita, por favor, ríete un poco; no tienes sentido del humor, hija.

—Nosotras ya nos reíamos mucho solas, madre.

Madame Bombón sonríe con el comentario de Lucita, ambas saben que las risas escasean entre ellas.

Felipe se sienta despacio, acomoda su pierna enferma a un lado de la pata de la mesa. Sabe que le han adjudicado ese sitio a propósito; es la forma que tiene Lucita, entre muchas otras, de decirle que no lo quiere en esa casa. Da por perdida la batalla, ha decidido que ni siquiera va a esforzarse en caerle bien. Conoce a las personas con el carácter de Lucita, son difíciles de convencer y él no está allí para contentar a nadie más que a Leo. La presencia de Lucita ha sido totalmente inesperada para él, resulta incluso un estorbo.

Madame Bombón coge la tapa de la sopera blanca. Con el cazo de repartir sirve la sopa en cada plato de cristal verde, a juego con los vasos. La cristalería parece fuera de lugar sobre el mantel blanco y esa sopera recién estrenada tras muchos años de encierro en la vitrina.

El vapor que desprende el caldo humedece la nariz de Felipe, que siente cómo se le empañan los ojos al olor de esa comida que tanto le reconfortó en el pasado. Madame Bombón siempre pedía el favor a los dueños de las pensiones en las que se hospedaban de usar la cocina al menos una vez a la semana y poder tener siempre caldo preparado para los días de frío. Normalmente no había objeción, siempre y cuando hiciera caldo para todos los huéspedes de la pensión. Lo elaboraba con apenas ingredientes: un hueso rancio que le regalaba el carnicero, una carcasa de gallina y un trocito de puerro, pero eso era suficiente para reconfortar el alma en los días en los que el frío se agarraba a los huesos. Según avanzaba el mes, los fideos o el arroz eran sustituidos por trozos de pan duro, aunque aquello nunca le restó valor al amor con el que cocinaba ese caldo, dentro de un pote de color granate que había pertenecido a su madre y que llevaba de pensión en pensión, como el reloj con los angelotes.

Madame Bombón mira a Felipe, ve cómo le brillan los ojos y puede adivinar lo que siente. Ha hecho la sopa con esa intención. Con la intención de recordarle una vez más que no apostó por el caballo ganador y que esta sopa, ese pan y mucho más es lo que se perdió cuando la abandonó.

Lucita ve cómo Felipe trocea el pan y deja caer cada pedazo dentro del plato de sopa, observa cómo lo mezcla con los fideos finos. Lo hace también con las magdalenas en el desayuno. Pellizca un trozo, primero el copete, lo deja caer en la taza de café con leche y lo recoge con la cucharilla cuando la miga ya está empapada completamente.

—Sigues haciendo barquitos de pan en la sopa.

—Las manías de pobre, que nunca se van, Leo.

—Pero tienes fideos. Eso es asqueroso —dice Lucita en tono enfadado.

El sonido de la radio, a un volumen casi imperceptible pero suficiente para suavizar los silencios incómodos, se mezcla de pronto con la música que una noche más proviene de la buhardilla de la Francesita. Felipe, Madame Bombón y Lucita miran hacia el techo. Lucita resopla, Felipe sonríe y Madame Bombón arquea las cejas como muestra de resignación. El techo les impide ver la expresión satisfecha de la Francesita al tumbarse en la cama. Los vecinos amantes ya han apagado la lámpara del salón.

—Al menos ahora se oye menos la música —dice Madame Bombón con media sonrisa.

Capítulo II

Las patas de las sillas que Lucita baja de las mesas con cuidado rechinan al posarse sobre el suelo, ese suelo damero que ha perdido la cuenta de todos los pasos que lo han recorrido. La mayoría de las mañanas, las suelas de los zapatos de don Marcial son las primeras en pisar ese pavimento. Lucita le sirve su café solo en una taza minúscula, se lo lleva su mesa habitual, donde el hombre está intentando hacer una sopa de letras, pero hoy su cabeza no está lo suficientemente despierta para resolver pasatiempos. Busca a Madame Bombón en la sala, no la ve.

—Buenos días, don Marcial. Tiene mala cara hoy, ¿no ha descansado? Seguro que es por la prótesis esa nueva de la boca, que no se acostumbra usted.

—Lo cierto es que no he dormido muy bien, Lucita, pero son cosas de viejos. A la prótesis parece que poco a poco mi boca se acostumbra —Madame Bombón atraviesa la puerta del almacén, detrás de ella aparece Felipe sonriente—, y bueno, vueltas que le da uno a la cabeza. ¿No le pasa a usted eso, señora? —pregunta mientras eleva el tono de voz y dirige su mirada a Madame Bombón.

Madame Bombón afila los ojos y le hace ver a don Marcial que ha entendido el tono hostil de sus palabras. Don Marcial se envalentona al saberse el único cliente en ese momento.

—Verán, hay algo que me impide dormir desde hace unos días. Yo, que tenía por sabida su vida y su desgracia, amiga mía, pues nos ha hecho partícipes en numerosas ocasiones a todos los parroquianos de su viudedad y de su capacidad de superación, lo que no pongo en duda, vaya eso por delante, me encuentro con la aparición en su local de este respetado señor —

Lucita resopla—, y cuál será mi sorpresa cuando me entero de que su nombre es el mismo que el de su difunto marido… —Madame Bombón se santigua inconscientemente y por costumbre—… Y también, para mi estupefacción, veo que comparte las mismas facciones que su amado esposo quien, como ha repetido usted en más de una ocasión, descansa al lado del Señor. ¿Verdad, señora?

—Así es, Dios lo tenga en su gloria —susurra Madame Bombón, consciente de cómo ha convertido su mentira en verdad. Abre los ojos verdes cuando ve el rostro rojo de furia de don Marcial.

—¡Basta ya! —Al levantarse, don Marcial hace tambalear la tacita de café, que se derrama sobre la sopa de letras tiñéndola de marrón.

—Ahora le preparo otro, don Marcial —dice Madame Bombón en un tono asustado.

—Me da igual el café, me da igual que su Felipe esté vivo. Lo que no puedo tolerar, con la amistad que nos une de tantísimos años, es que se haya reído de mí. Bueno de mí, qué digo de mí, ¡de todos los amigos de esta confitería! Que haya hecho de su viudedad su bandera. ¡No, señora! Que me tomen por tonto, no, por ahí no paso.

—Buenos días.

—Buenos días —responden todos mecánicamente al nuevo cliente que acaba de entrar a la confitería.

Madame Bombón prepara una copita de anís y la lleva a la mesa de don Marcial con cautela, como si fuera un animal al que debe domar y suavizar en su carácter.

Don Marcial ve la mano temblorosa de su amiga, la copa de anís apretada contra su pecho parece diminuta y observa esa bandera blanca, esa pipa de la paz que su amiga, a sus ojos traidora, le ofrece.

—Tómese esto, don Marcial, y cuando no haya más clientes le explico —susurra Madame Bombón al dejar la copa sobre la mesa.

Don Marcial se sienta despacio y sin apartar la vista de Madame Bombón da un trago corto a su copa de anís. Observa el café derramado

sobre la sopa de letras y mira de nuevo a su amiga, que, entendiendo el mensaje, acude veloz para limpiar con la bayeta los restos del líquido oscuro.

—Yo le compro uno nuevo —le dice llevándose el cuaderno ya inservible, y se aleja a gran velocidad de la furia de don Marcial.

—Buenos días, ¿que se le ofrece, señor? —pregunta Lucita al nuevo cliente que espera en la barra.

—Un café solo con una rodajita de limón. En vaso, por favor.

El hombre, que está sentado en un taburete frente a la barra, lleva varios minutos pasando las páginas del periódico sin pausa. Bajo su sombrero de fieltro gris asoma una nariz fina, tan larga que casi se une desde la punta con sus labios también finos y rosados. Don Marcial, desde su pequeña mesa, escucha el crujido de las páginas del periódico una y otra vez. Ha contado tres vueltas. También escucha los suaves y constantes golpes producidos por la pierna derecha del hombre, que sube y baja una y otra vez haciendo chocar la rodilla con la barra de madera. El vaso de café ya vacío mantiene la rodaja de limón, ahora teñida del mismo color marrón que las hojas de la sopa de letras de don Marcial.

Los clientes entran en la confitería para tomar su dosis de cafeína y azúcar y continuar el día con energía. Devoran bollos suizos, bombones, tartaletas de crema, de manzana, de fresa, bizcocho de chocolate con naranja, de limón con glaseado, pastas de mantequilla, tejas de almendra y otros muchos pecados de los que apenas quedan las miguitas. Las mañanas transcurren en un ir y venir de parroquianos que toman su café y su dulce y se marchan, salvo el señor del sombrero de fieltro gris y la nariz afilada, que permanece en la barra con el vaso vacío. Madame Bombón no se atreve a retirarlo de la barra.

Don Marcial, que sigue esperando la explicación de su amiga, se entretiene observando al hombre del sombrero, a los clientes, intercambia algunas palabras con la Francesita, que se encuentra en la mesa de al lado y, después de más de dos horas sin recibir una señal de su amiga para saldar la conversación pendiente, se marcha. Ha visto a Madame Bombón moverse

como una anguila escurridiza entre las mesas para atender a los clientes y ha disfrutado de los dulces que ella le ha regalado a lo largo de la mañana para suavizar la situación, pero también la ha visto más ajetreada que nunca; pareciera así que tenía más trabajo del que realmente había, todo para evitar sostener la temida conversación.

Don Marcial resopla al levantarse, lo hace de forma brusca. Tanto que se oye sobre el alboroto de las conversaciones y del sonido de las cucharillas que chocan en la loza de las tazas. Madame Bombón lo mira. Los pequeños pies de don Marcial se dirigen hacia la salida. Madame Bombón suspira aliviada, aunque sabe que la conversación tendrá lugar antes o después.

—¡Chucho! —reprende don Marcial a Pepito, que duerme plácidamente bajo los dos escalones de la entrada.

Lucita y Madame Bombón intercambian una mirada fugaz. Después miran a Felipe, que ha evitado acercarse a la mesa de don Marcial para no despertar su furia de nuevo. Felipe también observa al señor del sombrero de fieltro y también se mantiene fuera de su campo de visión. El pálpito que siente desde que entró no le augura nada bueno. Me han encontrado, se dice a sí mismo.

—Una copita de champán y un par de *croissants* de esos *petits*, por favor, *madame*.

—Ahora mismo, señorita —dice Madame Bombón en un tono más apagado del habitual.

La confitería siempre parece quedarse desolada cuando don Marcial se marcha —es parte del mobiliario, dice a menudo Madame Bombón a modo de broma—, pero hoy la desazón es mayor. Y desde la barra, Lucita se muestra triste por él, ni siquiera la anima el perfume para las ocasiones especiales con el que se ha rociado esta mañana. Ni las pinceladas en las mejillas de colorete color melocotón que realzan sus pómulos, sus ojos azul turquesa y el color castaño claro de su pelo.

Aun así, Lucita, cuando ve el reflejo de su imagen en un espejo o sobre la encimera brillante de la barra de caoba, aparta rápidamente la mirada.

Apenas le da tiempo a ver la mueca que hace con su amplia boca antes de cerrar los ojos para evitar mirar su imagen. Le gusta su nariz, eso sí, nada destacable sobre otras. No asoma como lo hace la del hombre del sombrero de fieltro gris ni se esconde entre las mejillas como sí lo hace la de Elvira cuando mastica sus merenguitos de limón. Es una nariz que pasa totalmente desapercibida, y eso es precisamente lo que hace que Lucita la escoja como la parte favorita de su rostro. Su cuerpo es delgado y se ensancha en la cadera, donde nacen dos piernas finas y ágiles. El pequeño pecho que hoy ha aumentado con el relleno de dos calcetines dentro del sujetador guarda tres lunares cerca del pezón izquierdo. Lunares que siempre había rechazado hasta que sintió el magnetismo de pequeñas manchas similares a las suyas sobre la piel de las estrellas de cine a las que admira.

Lucita se compara con cada una de las chicas que aparecen en la confitería y nunca se gusta más que ellas. Sobre todo hay una de la que Lucita siente verdadera envidia, envidia de la mala, se dice, envidia de la que te hace desear lo peor a la otra persona: se trata de Claudia, la novia de Pablo. Lucita desearía que su larga melena rubia y ondulada desapareciera, que de pronto no hubiera ni un solo cabello sobre un cráneo irregular. Que sus voluptuosos pechos fueran tan insignificantes como los suyos. Que su gruesa boca roja apenas consistiera en dos líneas sobre una cara olvidable. La odia con todas sus fuerzas, especialmente cuando ve cómo le ríe las gracias a Pablo y le acaricia el brazo mientras muestra unos dientes perlados y rectos, cada uno en su sitio.

Recuerda la tarde en la que Claudia rio con tanta fuerza, una risa totalmente forzada con la que movió todo el cuerpo hasta hacer que uno de sus pechos se le saliera del escote. De pronto todas las miradas —masculinas y femeninas— se posaron en ella. Lucita nunca había visto el pecho de otra mujer. Se quedó tan eclipsada que, desde ese momento, en algunos sueños su subconsciente le muestra de nuevo la imagen de ese pecho suave tambaleándose de un lado a otro, como si de un tocinillo de cielo se tratase, mostrando un pezón rosado y puntiagudo. Lucita se despierta a veces

sobresaltada y agitada por la imagen de aquella tarde que apenas duró un par de segundos y que Claudia vivió con total naturalidad, agarrando la tela de la blusa de forma despreocupada para guardar su pecho como si no hubiera ocurrido nada. Lucita no soporta no tener nada en su cuerpo que se parezca a ella. No soporta que bese a Pablo y no soporta verla en sus sueños.

El sonido del carrillón la saca de sus divagaciones. Pablo está bajando los dos escalones con agilidad y su sonrisa derrite a Lucita, a quien, a pesar de haber estado esperando su presencia toda la mañana, su aparición siempre la pilla por sorpresa. Deja la caja llena de paquetes de café de un golpe sobre la barra.

—Lucita, ¿cómo estás? ¡Qué! El café nuevo, rico, ¿eh? —Ella asiente, aunque ni siquiera lo ha probado—. Yo ya solo tomo ese café, mi jefe me regaló un paquete y me sabe a gloria cada mañana. Anda, ponme uno de las muestras que te dejé, que lo tomo así de un sorbo, que voy con prisa.

Lucita se dirige a la cafetera y le sirve el café de siempre, aunque no se lo dice. El platillo en la barra frente a Pablo, el azucarillo, la cucharilla y la taza de café solo, ardiendo. Pablo sonríe al primer sorbo.

—Está increíble. —Lucita sonríe. No es capaz de articular palabra.

Pablo termina su café, da un golpe con la palma de la mano en la encimera brillante y le pide la cuenta a Lucita, pero ella niega con la cabeza.

—Invita la casa —acierta a decir.

—Estás guapa hoy, ¿eh, Lucita?

Y Pablo se marcha veloz por la puerta, dejando la estela transparente de su presencia, y es ese momento fugaz el que alimenta a Lucita durante unos días. Hoy la ha llamado guapa.

Se acerca la hora de comer, el sonido de la confitería se atenúa, toma un respiro para alzarse escandaloso en la tarde. Apenas hay cuatro o cinco clientes tomando un vino dulce a modo de aperitivo. El expositor está prácticamente vacío, a la espera de reponerse para la hora del café. Madame

Bombón suspira y resopla de forma aleatoria cuando mira hacia la sala. La Francesita le sonríe con su boca de fresa, à *tout* à *l'heure, madame*, hasta luego, señorita, y desaparece por la puerta del almacén para acceder a su buhardilla desde la escalera interior. Madame Bombón se planta frente al hombre del sombrero de fieltro gris que observa cómo se marcha la muchacha y le anima a volver en otro momento para probar algunos de los dulces.

—Que lo he visto indeciso hoy —dice con sorna mientras recoge el vaso vacío con la rodaja de limón teñida de marrón y los posos del café resecos en las paredes del vidrio.

El hombre del sombrero gris asiente sin emitir sonido y dirige de nuevo la mirada hacia la puerta del almacén.

Capítulo 12

Querido amor,

Hace tres meses que vivo en este nido, en mi habitación propia, como diría Virginia Woolf, pero ¿sabes qué? Que yo no quería una habitación propia. Yo quería una casa entera para ti y para mí. Invitar a nuestros amigos y encender la chimenea en invierno y cenar en el jardín para disfrutar en las noches de verano. Para reír y bailar sin importarnos la mirada de los demás. Libres. Conoceríamos a gente interesante que hablaría de cosas que no comprendo pero que despertarían mi interés.

Por eso elegimos París. Porque la libertad que teníamos allí, aquí no es posible. Ya conoces a mi familia y su obsesión por mantener las apariencias. Que no se hable nunca mal de nosotros, somos una familia intachable, me decía mi madre una y otra vez.

Echo de menos estar entre tus brazos y que me mires con esos ojos llenos de luz, tan especiales, tan únicos. Tú eras mi llave a la libertad y ahora, no sé cómo vivirla sin ti.

Con amor, tu muñeca.

***

La mañana ha amanecido fría y el olor al humo de las calderas impregna las calles. En el sofá de la salita de estar duerme Felipe, tiene una pierna —la buena— en el suelo y la manta a su lado hecha un ovillo. Se le ha quedado el

cuerpo frío. Respira fuerte. Madame Bombón lo observa desde el marco de la puerta. Compara al Felipe que duerme y al Felipe del retrato de la pared, que sigue ahí colgado. Suspira y cierra la puerta del piso con cuidado.

***

—Buenos días, *madame* —saluda la Francesita mientras esconde un mechón de su pelo negro detrás de una oreja.

—Buenos días, señorita. ¿Quiere un café y su copita de champán?

La chica bebe cada día su copa sin reproches, la saborea y en el primer sorbo siempre sonríe pensativa. Cuenta alguna anécdota de sus escasos días en París y, después, llega la pena por el amor perdido con el que mantiene una relación epistolar *post mortem*.

—Sí, por favor, café y la copita de champán. Anoche escribí una carta a mi amor y tengo una pena muy grande, *madame*. ¿Por qué pasan estas cosas? Debería estar prohibido morirse joven, por ley, como lo del azúcar.

—Ay, el azúcar… El azúcar sigue libre, afortunadamente para mí. Tome, señorita, que las penas con burbujas son menos penas —dice Madame Bombón con una sonrisa tierna.

—No se ponga usted triste, señorita —interviene don Marcial desde su sitio—. A veces los muertos vuelven del más allá.

Don Marcial entorna los ojos mientras mira a Madame Bombón y ella, tras un suspiro que vacía sus pulmones, le hace una seña para que la acompañe al obrador.

Él se levanta despacio de esa silla que tras el paso de los años parece tener la forma de su cuerpo y su nombre. Atraviesa con lentitud la sala hasta llegar al obrador, al que va a pasar por primera vez. Podría describir la sala de la confitería con lujo de detalles porque la conoce al dedillo. Baldosa a baldosa, cada pata de cada silla y de los taburetes carcomidos, la barra de

madera de caoba, la vitrina y el reloj con los angelotes dorados, los olores, las voces, el carrillón… Pero el lugar donde Madame Bombón hace la magia para elaborar los dulces es terreno desconocido para todos sus parroquianos.

El obrador es una sala pequeña, donde cuelgan de una pared las ollas y sartenes, todas diferentes pero ordenadas por tamaños de menor a mayor, y que producen en don Marcial un sentimiento placentero. Hay muebles de madera clara, una encimera y una pequeña isla en medio donde Madame Bombón golpea con fuerza las masas. Las ollas tienen la base oscura por el uso. Hay un pote granate, un puchero que en algún momento fue rojo, sartenes enormes de hierro, negras o moteadas para los dulces fritos. Los tarros de sésamo, de semillas de amapola, de anís estrellado y de azúcar perlada reposan en la encimera, cada uno de un tamaño y una forma distintos. El saco de harina en el suelo, apoyado a los pies de la isla frente al gran horno que preside el pequeño obrador. A don Marcial le llama la atención que ese lugar, con sus cortinas de cuadros rojos y blancos recogidas con un lazo, sea más parecido a la cocina de una casa que al obrador de un negocio como aquel.

Madame Bombón observa a don Marcial, sorprendida por ver en su rostro resquicios de un niño que mira sorprendido un escaparate lleno de caramelos.

—Cierre la puerta, don Marcial, por favor. —Espera a que cierre antes de proseguir—. No vuelva a decirle algo así a la muchacha. Pero ¿cómo se lo ocurre decirle que a veces los muertos vuelven?, ¿no ve que ella no está bien? ¿No le asusta que pueda cometer alguna locura?

—No la veo yo muy apenada, solo veo una pequeña adicción a la sidra esa que toma todos los días y que la cabeza no le funciona. Cartas del más allá, ¡habrase visto!

Madame Bombón siente el impulso de rebatir que no se trata de sidra, sino de champán, pero el horno no está para defender una mentira más ante don Marcial.

—Bueno, cada una lleva el dolor como puede, si yo le contara lo que hacía los primeros meses tras la muerte de mi Felipe… —Se santigua mirando al techo y don Marcial resopla—. Y, además, usted toma su copa de anís y tan contentos todos.

—No es lo mismo, señora.

Madame Bombón suspira.

—En fin…, vamos a lo nuestro —propone Madame Bombón con los brazos en jarras.

—Usted dirá, porque yo sigo sin dar crédito a su traición, a su abuso de confianza para con nosotros, su clientela más fiel. ¿Cómo ha podido hacer ese papel de viuda doliente a la perfección durante tantos años? Ahora mismo lo ha vuelto a representar con total naturalidad —don Marcial eleva poco a poco el tono de voz, a la vez que la tez de su cara se torna de color rojo.

—Pues porque no supe hacerlo mejor, don Marcial. Porque el dolor seguía atormentándome cuando abrí esta confitería. Porque lloraba por su abandono cada noche. Porque no me sentía capaz de llevar un negocio yo sola.

—¿Cómo qué no? Se ve a la legua que usted es capaz de eso y mucho más.

—No, don Marcial, yo no era como soy ahora. Yo era una mujer a la sombra de su marido, como muchas otras. Un marido que trabajaba menos que yo pero que se llevaba todos los elogios. Bueno, ya ha podido comprobar que se mueve como pez en el agua entre los clientes.

—Sí, ya he visto que es bastante sociable.

—Yo era una mujer abandonada, sustituida por otra, humillada por él. Además, don Marcial, seamos sinceros: ¿en quién van a confiar más para abrir un negocio?, ¿en una mujer engañada y abandonada que lucha por salir adelante o en una viuda que tiene que hacer lo indecible por sobrevivir?

Don Marcial, con la mirada entristecida, mira a Madame Bombón y ve cómo sus ojos verdes intentan contener dos lágrimas que finalmente se

resbalan por sus mejillas sonrosadas.

—Quizás, pero entienda mi postura.

—Por supuesto, me pongo en su lugar, don Marcial, y yo seguramente habría reaccionado peor que usted. Pero entiéndame a mí. Nadie hace nada por comprender a las mujeres.

Don Marcial agacha la cabeza y frunce los labios. Recuerda su propio dolor.

—Lleva razón. —Hace una pausa que rompe con un suspiro—. Es que la veo siempre tan risueña, tan dicharachera y da esa impresión de mujer fuerte que puede con todo que cuando caí en la cuenta de que ese señor que se pasea por aquí con esa confianza resultó ser su no tan difunto Felipe, me pareció una broma de mal gusto. Sentí que se había estado riendo de todos nosotros.

—Lo sé, pero no siempre somos lo que aparentamos ser, don Marcial. Aunque he de reconocer que yo no habría vuelto a poner un pie aquí si hubiera sido usted. Pues menudo carácter tengo yo, qué le voy a contar que no sepa… Le pido disculpas.

—Bueno, pelillos a la mar, pero quiero que entienda que yo también tuve mis razones para enfadarme como lo hice. Que uno tiene un pasado y tiene un corazoncito. —Madame Bombón asiente.

—Por cierto, don Marcial, ¿cómo cayó en la cuenta de que él era mi Felipe?

Don Marcial desvía la mirada hacia la izquierda, donde se encuentran los botes de especias y semillas, y aprieta los labios cuando empieza a recordar.

—¿Se acuerda de cuando me cedió una noche el sofá de su salita porque había una avería en mi casa?

—Uy, sí, la que tenía usted montada con el agua.

—Cierto. Pues por la foto, la foto del salón, señora.

Madame Bombón ríe como hacía días que no era capaz de hacerlo. Sus mejillas botan como un flan y las mollas de su cuerpo chocan unas con

otras en cada carcajada.

—Ay, don Marcial, si yo le contara cómo llegó esa foto a mi salita, no daría crédito —dice poniéndole una mano en la espalda mientras salen del obrador.

La foto de Felipe no ha estado en casa de Madame Bombón para recordarlo ni para lo bueno ni para lo malo durante todos estos años. Ni siquiera está ahí por un fervor nostálgico que suaviza los momentos terribles e ilumina los buenos. La imagen de Felipe, de un Felipe joven y con la mirada risueña y pícara, preside el salón desde años porque Lucita lo pidió una y otra vez cuando era niña.

—Madre, ¿quién es mi padre? —le preguntó un día Lucita mientras estaban sentadas al borde de la cama de Madame Bombón.

—No lo sé, chiquilla, llegaste aquí sola. —Lucita tenía entre ocho o diez años, tal vez menos, y había aparecido hacía apenas unos meses en la confitería cuando preguntó por su padre. Aún estaban acostumbrándose una a la otra.

—Ya, pero si usted es mi madre, debo de tener un padre. —Madame Bombón sonrió al ver que la niña la había empezado a tratar como si fuera su madre biológica—. Todos los niños de mi colegio tienen padre y madre aunque estén muertos, y yo les digo que también tengo uno y me dicen que no.

—Porque, Lucita, hija, no sabemos quién es. Tampoco sabemos quién es la mujer que te parió.

—Pero ¿sabe usted qué me dicen? Que mi madre es una fulana y yo no sé lo que es eso, pero sí sé que me lo dicen con rabia. —Lucita tenía el tentetieso de madera entre las manos, que estaban apoyadas en su regazo.

—¿Eso dicen de mí?

—De usted o de la otra, de la que me parió, como dice.

—Pues yo soy una mujer decente y tú también. Ven aquí. —Lucita se sentó en las piernas de su madre, que con sus manos acolchadas que olían a pan apretaba su carita de niña mientras sus ojos azules brillaban atentos—.

Nunca dejes que hablen mal de ti, de nosotras, ¿vale? Tú has llegado aquí para hacerme feliz y yo quiero que tú también lo seas. Lo que digan esos niños, ni caso. —Y le plantó un beso sonoro con sus gruesos labios.

—Pero yo quiero tener un padre.

—Lo tendrás —dijo Madame Bombón resignada.

Al día siguiente, cuando Lucita llegó del colegio, vio en una pared de la salita la foto de un señor.

—¿Quién es ese hombre, madre?

—Tu padre.

—¿Y por qué es gris?

—Porque está muerto.

—Ah. —Y Lucita se abrazó a las piernas de su madre con una sonrisa.

Desde entonces la foto de Felipe está ahí, frente al sofá. Y Madame Bombón, que no sabe estar callada, se acostumbró a hablar con esa foto como si hablase con un marido muerto de verdad. Para ella, Felipe lo estaba desde el día que la abandonó y así se comportó desde entonces, como una auténtica viuda, a pesar de saber que él respiraba en algún lado con otra mujer. Con unos hijos, tal vez.

***

El día vuelve a transcurrir con normalidad. Madame Bombón, liberada de culpa y remordimientos tras hablar con don Marcial, pasea por las mesas de la confitería sirviendo a los clientes medias lunas de chocolate, *suxos* de crema, fritos glaseados, bombones de pistacho, de naranja, de frambuesa y toda clase de pastelitos. Para don Marcial, algún bollo suizo de regalo a modo de compensación. Y, en la barra, el señor del sombrero de fieltro gris, con su vaso de café solo y la rodaja de limón, repite una mañana más.

Felipe desordena más que ordena el almacén. Se le caen varias cajas que generan un gran estruendo a pesar de querer pasar desapercibido, pero la torpeza de sus manos es incontrolable. Arregla desperfectos aquí y allá con la mínima molestia para los clientes, ha dejado de compartir chistes y chascarrillos con ellos. Especialmente evita ser visto por el hombre del sombrero gris, sobre todo desde que Madame Bombón le informó sobre las dotes detectivescas de don Marcial al haber descubierto su pastel: que el difunto Felipe, que en paz descanse, es él.

Lucita y Madame Bombón observan al hombre del sombrero y se miran entre ellas en busca de respuestas. Hoy no hace crujir las páginas del periódico de forma compulsiva pero su pierna está aún más inquieta, se mueve rápido de abajo a arriba y choca con la madera de la barra. Se gira para observar a los clientes, con la cabeza agachada para que el ala del sombrero le cubra el rostro lo máximo posible, pero su nariz queda bien visible.

—Chist, chist —la Francesita chista a don Marcial desde su pequeña mesa.

—¿Me llama a mí? —susurra don Marcial.

—*Oui, monsieur*, ¿puede venir a mi mesa, por favor? —dice en voz baja.

Don Marcial, con cara de extrañeza, se levanta y se sienta al lado de la Francesita.

—Usted dirá, señorita. —La Francesita abre sus ojos negros almendrados y sonríe con su boca roja, tan roja como los pastelitos de frambuesa del mostrador.

—Que estaba yo pensando, don Marcial, que siempre venimos solos usted y yo. ¿Por qué no nos sentamos juntos y nos hacemos compañía? —Don Marcial tose nervioso ante la propuesta de la Francesita.

—Verá, señorita, agradezco mucho su invitación, pero es que… —dice al ver entrar a nuevos clientes que localizan una sola mesa vacía en el local, la suya.

—Sí, sus sopas de letras, sus cuadros de magia, etcétera.

—Cuadrados mágicos, de números… —interrumpe don Marcial.

—Eso, cuadrados mágicos. Pero es bonito estar acompañados, aunque sea a ratitos. —La Francesita dirige la mirada hacia la barra.

—Claro que lo es, aunque nosotros nos hacemos compañía a nuestra manera, ¿no cree? —Don Marcial se gira para averiguar qué es aquello que la muchacha mira insistentemente.

—Por cierto, don Marcial, usted, que conoce a todo el barrio, ¿sabe quién es ese hombre que vive en el edificio de enfrente? Su balcón da al ventanal de la buhardilla. —Don Marcial niega con la cabeza.

—Si le parece, me vuelvo a mi mesa antes de que me la quiten. Otro día me siento con usted.

—Ojalá, *monsieur.* —La Francesita le muestra una sonrisa triste.

El hombre del sombrero gris de fieltro cierra el periódico y se levanta del taburete. Se dirige hacia la Francesita y deja caer un papel sobre su mesa. El papel se moja con los restos del falso champán que hay en la mesita de mármol. Ella coge la nota con sus finos dedos, ahora temblorosos, lee la frase escrita con esmero y sube con rapidez a la buhardilla.

Cuando llega a la puerta de su pequeño refugio, alguien espera en el descansillo. Lo reconoce, esos ojos verdes son inolvidables.

—Hola.

—Hola.

Capítulo 13

Felipe toca la cafetera. Primero el lateral derecho, después el izquierdo, mira por el hueco que hay entre la encimera y la máquina, que está sucio de restos de café molido. Toquetea todos los botones, palancas y ruletas del aparato, sin forzar, sin romper nada, pero aparentando que trabaja. También lo hace con la caja, hasta que los ojos inquisidores de Madame Bombón, e incluso de Lucita, lo frenan. En los ratos muertos, incluso ha intentado poner el reloj dorado de la vitrina en marcha, pero Madame Bombón le ha sugerido que, por su bien, lo deje como está. Ese objeto es la insignia de su fortaleza.

Los ojos azules de Lucita no pierden detalle de cada uno de sus movimientos. Inquisidores, juzgadores de cada error o cada muestra de relajación. Lo ha aprendido de su madre. La vagancia no cabe en esa casa ni en esa confitería y, aunque el día no cunda, que al menos parezca que uno siempre es productivo. Felipe también lo sabe, ya lo aprendió en los años de amorosa relación con Madame Bombón. Mano sobre mano, jamás, dormir lo justo y necesario, porque dormir de más es una pérdida de tiempo. Ella lo aprendió de su padre y se lo recalcó a Felipe y después a su hija, que ni unos minutos de descanso se pueden permitir si ella está al acecho, vigilante, para que todo el mundo tenga tareas asignadas.

Ahora son dos mujeres, dos pares de ojos, unos azules y otros verdes, que como leonas ante una gacela vigilan cada uno de sus movimientos. Las partidas de mus se han terminado para él; o trabaja o se marcha de allí, el ocio solo está permitido para los ricos y para los vagos, y ellas holgazanes no quieren, y ricos, que sepan, a ninguno conocen.

—¿Qué buscas en la cafetera? ¿Un tesoro escondido?

—Tu amabilidad, Lu-pi-ta —contesta Felipe.

Lucita le aparta de un codazo y prepara un café solo para don Marcial. Hoy le ha dejado en un platillo dos pastas de mantequilla para endulzarle la mañana. Don Marcial es mimado por Lucita y él se deja consentir tras la falsa promesa de no aceptarle un dulce al día siguiente. Lucita se sienta un momento con él, aún no hay muchos clientes y es el pequeño momento de ocio que su madre no le recrimina. Tú, los domingos con Pruden; yo, ratitos con don Marcial, le dijo una vez Lucita a Madame Bombón, y esta no se lo pudo negar. Son los placeres de los pobres, le contestó su madre, vaya unas desgraciadas, sentenció.

—¿Por qué ha tenido que venir aquí este señor, don Marcial? Si estaba muerto.

Don Marcial suspira y con los ojos entrecerrados piensa en la pregunta de Lucita. No es una pregunta simple, por lo que no merece una respuesta sencilla. Lucita se expresa como sabe, como una niña pequeña que ya no lo es ni en edad ni en físico. Pero no conoce mucho más allá fuera de la confitería. La confitería es su lugar seguro y su madre —a pesar de los rifirrafes— y don Marcial son sus referentes. No necesita a nadie más en su vida excepto a Pablo, eso es: Pablo, su madre y don Marcial, no precisamente en este orden.

—Verás, Lucita, a veces en la vida de las personas aparecen otras para enseñarnos ciertas cosas —Lucita abre mucho los ojos, incrédula—, y tal vez Felipe haya llegado para mostrarte otras formas de pensar que no conocías. Incluso quizás consiga hacerte consciente de lo que no quieres en tu vida.

—No lo quiero a él, directamente, eso lo tengo clarísimo. ¿Sabe? A veces me gustaría volver a ser una niña. Pero no digo volver a mi infancia, sino ser una de esas de los carteles que están así tan felices con sus padres, sus juguetes. ¿Usted tuvo juguetes, don Marcial? Yo solo uno, precioso. Aún lo tengo. —Don Marcial le sonríe.

—Algunos tuve, sí. Te entiendo, Lucita. Los cambios cuestan mucho, sobre todo cuando son impuestos. ¿Cómo ves a tu madre?

—Bien, pero no es ella. Se comporta diferente. Es como si tuviera que demostrar a todas horas que está bien y eso me repercute a mí. Saca la vajilla buena, el mantel majo, sonríe todo el tiempo y hace como si fuera normal tener en casa al resucitado de su Felipe, que Dios lo tenga en su gloria —dice con sorna mirando al techo—. No sé por qué no lo echa ya de casa.

—Porque tu madre siempre está dispuesta a ayudar, a pesar de todo lo que haya sufrido. ¿Has hablado de esto con ella?

Lucita niega con la cabeza.

—Algún día le enseñaré el juguete que le digo.

Se levanta de la silla para seguir con la faena. Ellas no hablan de las cosas importantes. Don Marcial mira la mesa de al lado. Está vacía. Su vecina de mesa y de conversación, la Francesita, no ha bajado aún.

Madame Bombón, que ha estado pendiente de Lucita y don Marcial, envía a Felipe a hacer unos recados que le tendrán ocupado fuera de la confitería toda la mañana y parte de la tarde. Es su manera de descargar a su hija de la presencia de Felipe, aunque sea por unas horas.

Siente y comprende el distanciamiento de Lucita con ella. Hace lo mismo que hacía su padre cuando Felipe empezó a entrar en la casa familiar. Se marchaba en cuanto lo oía entrar. Si advertía el portazo y un silbido, el padre de Leocadia se iba hasta el corral para atender a los animales. A Felipe le asustaban los pavos y las gallinas, su suegro lo sabía y aprovechaba ese miedo a su favor para desaparecer. Ahora es Lucita la que termina pronto de cenar para huir a su habitación. No hay pavos ni gallinas, pero sí los miedos de la infancia que, aunque por la noche crecen, está tan acostumbrada a ellos que prefiere su presencia a la de Felipe.

Lucita ha visto cómo su madre le ha dado una lista de recados a Felipe. Sabe por qué lo ha hecho. Unas veces no necesitan hablar para entenderse, y otras no hablan aunque lo necesiten. No se atreven, no quieren ser juzgadas ni que les hagan ver que pueden estar equivocadas. Nadie les ha enseñado a hacerlo y así sobreviven a esa relación madre e hija en la que los silencios a veces duelen más que las propias palabras.

En cuanto Felipe se marcha, Madame Bombón entra al obrador. Coloca los botes de semillas y de especias, también los papeles dorados que guarda en el fondo de un cajón. Coge una de las láminas metalizadas. Cada mes, desde que llegó la Francesita a su vida, dedica una noche a recortar cuadrados que parecen de oro y que son lo suficientemente grandes como para envolver cada botella de sidra. La primera vez que lo hizo, incluso escribió en unos pequeños trozos de papel «Champán de la Francia» y los pegó con celo a modo de etiqueta. Pero el efecto que producía en la botella no era el deseado. Parecía más la manualidad de un niño que el trabajo de una empresa de bebidas espirituosas.

Desechó la idea y recordó cómo en la quesería los quesos más caros estaban envueltos en papel brillante, sin etiquetas ni nombres pomposos. Queso del bueno, decían las clientas, y ese es *champán* del bueno, sin más florituras. La Francesita se lo bebe, una botella cada dos días aproximadamente. El primer día la sidra tiene más fuerza, más burbujas, el segundo día el líquido ha perdido algo de gas, como la misma muchacha, que un día baja deprimida y al día siguiente, aún más. Aparece tan alicaída como el árbol del desmayo, sin fuerza, acorde con el falso champán que se bebe sin rechistar.

Madame Bombón envuelve con delicadeza otra botella. Sus manos se han hecho expertas y la práctica ha conseguido que el resultado sea cada vez más profesional. Un papel dorado sin apenas pliegues para disfrazar una botella de algo que no es.

Y envuelve botellas, sirve pasteles y cafés y el día transcurre con normalidad. En la hora de la merienda madre e hija se mueven con soltura y rapidez. Felipe aún no ha llegado de los mandados y Lucita se queja por su ausencia. No hay quien te entienda, hija, le dice su madre mientras las dos van de la barra a las mesas repasando cada comanda en voz baja, para no olvidarse de nada, para no tener que trabajar dos veces. Aunque eso no depende solamente de ellas. Jamás olvidan un pedido y por supuesto conocen de memoria los gustos de los clientes habituales. No hace falta

pedirles nada porque ellas lo preparan antes de que verbalicen sus deseos. Pero los clientes a veces son caprichosos, y desde una mesa donde uno ha pedido una torta de aceite para mojar en el chocolate, la envidia y la gula se extienden. Y a saltos, a trompicones, cada uno de los comensales del grupo se anima a pedir más y más delicias. Que si ahora una ensaimada, después una empanadilla de cabello de ángel, un bizcocho de limón, etcétera. Y Lucita y Madame Bombón lo preparan lo más rápido que pueden, sin resoplos, sin quejas, para que vuelvan, para que recomienden el lugar a sus familiares y amigos, incluso a sus conocidos.

Y entre todo ese jaleo de la hora de la merienda, don Marcial intenta resolver un cuadrado mágico. Nadie sabe ayudarle. Mira la mesita de al lado y no está la Francesita. La mesa vacía no tarda en ser ocupada por la afluencia de gente. Don Marcial contempla con rabia a las dos mujeres que acaban de sentarse. Esa mesa tiene nombre, aunque no esté escrito, y siente el impulso de comunicarlo a las chicas que ríen en esas sillas que no son suyas. Las cosas tienen que ser como tienen que ser sentencia don Marcial en numerosas ocasiones, y ese lugar, esa mesa redonda de mármol igual a la suya, es la de la Francesita. Cuando baje a la confitería encontrará su sitio ocupado y no podrá disfrutar de sus copas de champán. O, lo que es peor, puede que se siente en la mesa de don Marcial y rompa así las costumbres. Porque las cosas tienen que ser como tienen que ser.

Y así como son las cosas, la noche llega poco a poco, el local se queda vacío y el peso del día cae de golpe sobre las espaldas de Madame Bombón y de Lucita, que suben las sillas con lentitud para intentar sacar lustre a un suelo tan gastado como sus huesos.

***

Don Marcial se abriga con su bata de felpa de cuadros azules. Es prácticamente del mismo tono azul que el de sus zapatillas de paño. Unas zapatillas que muestran un pie tan diminuto como el de un niño. En su mano derecha humea una taza de infusión de manzanilla y en la mano izquierda sostiene una caja de galletas. Galletas de mantequilla, anuncian las letras entre los dibujos de abetos, trineos y montañas. Esa lata roja de galletas la compró en un mercado navideño hace muchísimos años, su última Navidad feliz. Ni siquiera llevaba bigote ni la espalda le crujía al levantarse de la cama. En aquel momento era atlético, bromista y, además, estaba enamorado. Recuerda que las galletas sabían a mantequilla y a azúcar y que a pesar de ello eran algo insípidas para un paladar goloso como el suyo.

Don Marcial deja la lata y la taza en la mesita auxiliar, suelta un suspiro al sentarse despacio en su sillón, el único que hay en el salón. Un sillón orejero con la tapicería de cuadros verdes y rojos justo al lado de un sofá marrón con los cojines mullidos, con el asiento y el respaldo impolutos y esponjosos por la falta de uso. Don Marcial agarra la taza de manzanilla por el asa con su mano temblorosa llena de manchas. La infusión ya está tibia; sorbe y apoya su espalda en el sillón, vuelve a suspirar.

Tras unos segundos se inclina para agarrar la caja de galletas y la sostiene entre sus manos. Acaricia la tapa antes de abrirla y con cuidado saca un puñado de fotografías. Todas en blanco y negro o en tonos sepia. Su vida se resume en ese puñado de imágenes: retratos de sus padres, fotografías de alguna verbena popular con amigos, el patio de su abuela donde él aparece sentado en un sillón de mimbre junto a su primo mayor; tan alto, tan rubio y tan espigado como él nunca llegó a ser.

Y la última foto; la más dolorosa. Una pareja apoyada en la barandilla blanca que rodea un estanque. Los árboles del parque y las barquitas sirven de decorado a los dos jóvenes, que sonríen mientras se miran. Ella tiene el pelo largo y moreno, recogido en la parte baja de la cabeza, su cintura apenas ocupa dos palmos dentro de un vestido de flores ceñido con un cinturón

estrecho. Él viste un traje claro, ligero y, como ella, también tiene el pelo oscuro cepillado con mimo, las ondas bien marcadas para controlar así la rebeldía de sus rizos. Se miran como lo hacen los enamorados y se sonríen con la timidez de los primeros encuentros.

Don Marcial observa la imagen mientras sorbe de nuevo la infusión de manzanilla, suspira de nuevo y con mimo ordena las fotos en orden cronológico: primero el recuerdo de boda de sus padres, los dos vestidos de negro; después las de su infancia y juventud y, por último, al fondo de la caja, la foto del estanque con su gran amor, su Luz. En la caja también hay un trozo de papel grueso y amarillento en el que aparece escrito un menú de boda. Un menú sencillo en letra cursiva, con ribetes en los márgenes que dotan de elegancia al evento. En la lata de galletas también hay dos anillos dorados con la inscripción de dos nombres en su interior: Marcial y Luz. Son dos alianzas de boda, dos alianzas que no tienen ni un solo rasguño, brillan como el primer día. Don Marcial las mira, suspira y cierra despacio la lata roja de galletas.

Ya solo quedo yo, dice.

***

Una noche más, el mantel de hilo luce sobre la mesa. El mantel que Madame Bombón se afana en mantener blanco impoluto. Sus manos acolchadas que huelen a pan frotan cada mancha con fuerza, transforman ese olor a pan en el olor a lejía y a sosa caustica del jabón. Lucita ve cómo cada noche su madre se deja los nudillos de las manos para sacar lustre a ese trozo de tela que tantos años ha estado encerrado en un cajón. Y Lucita se contiene cada vez que ve cómo a Felipe se le derrama sobre el mantel el caldo del guiso o de la sopa o la salsa que acompaña al plato de ternera.

Entonces ella resopla y mira a su madre. Madame Bombón calla, se resigna, sabe que esa noche le tocará frotar.

—Madre mía, Leo, sigues cocinando como los ángeles. No he olvidado nunca el sabor de tu estofado de ternera. En Alemania no se cocina así.

Silencio. El silencio siempre impera cuando aparece cualquier detalle que tenga relación con ese país tan lejano. Nadie habla de aquellos años, nadie comenta, nadie quiere enturbiar un momento como el de la cena. Ni nadie quiere saber. Al fin y al cabo, ese momento casi familiar no deja de ser una ilusión, aquello que pudo haber sido y no fue.

—Bueno, y ¿qué tal el día? —se interesa Madame Bombón mientras se coloca la servilleta de tela sobre las piernas.

—¿Qué pregunta es esa, madre? Pues servir cafés, limpiar mesas, este señor pululando por ahí, usted con sus dulces... ¿De verdad vamos a contarnos lo que ya sabemos?

—Cómo te pones, hija —replica Madame Bombón con los ojos tristes —. Pues, venga, saca tú algún tema. Cuéntanos.

—Yo no tengo nada de lo que hablar con este señor aquí delante.

—Usted perdone mi presencia en la casa de su madre, señorita — recalca Felipe la palabra *madre* con la boca llena de ternera estofada.

—Bueno, pues yo tengo algo importante que contar. Don Marcial y yo hemos hablado y hemos hecho las paces. Me tenía a mí esto con el corazón encogido. —Felipe y Lucita emiten dos sonidos guturales a modo de respuesta—. Aunque ha dicho algo del pasado y de su corazoncito. Algo guarda este hombre.

Lucita y Felipe asienten con la cabeza mientras siguen concentrados en cada cucharada que se llevan a la boca. Madame Bombón suspira y comienza a cenar. Una cena que se le ha quedado fría. Observa a Felipe, con la cabeza agachada delante de su plato en el que apenas queda salsa y algún trozo de zanahoria. Madame Bombón mira fijamente cómo la piel de la cabeza de Felipe brilla bajo el reflejo de la lámpara. Sonríe al ver que siguen

en su sitio los tres mechones de pelo que se peina por la mañana con esmero en un intento frustrado por disimular su calvicie. Lucita, con el plato ya vacío en la mano, se levanta y se marcha a dormir. Buenas noches, madre, que descanse. Buenas noches, Felipe. Aunque le cueste entablar amistad con ese hombre que ahora vive en casa, a Lucita la han criado para ser educada, aunque no quiera. Para dar dos besos sin ganas y sonreír, aunque no le apetezca. Sé amable, hija, o te quedarás sola, le decía Madame Bombón cuando era una niña. Lucita no veía el problema en quedarse sola, visto lo visto, a su madre no le había ido tan mal.

—Buenas noches, hija, que descanses tú también.

—Buenas noches, Lupi… Lucita —rectifica Felipe para mantener la paz de la cena.

Madame Bombón termina su plato y coge una naranja del frutero. Una naranja brillante que apenas le cabe en las manos. Observa cómo Felipe hace lo mismo.

—¡Ja! Mira, Leo, la he pelado entera sin romper la piel. —Madame Bombón sonríe mientras él sostiene en la misma mano el cuchillo y la piel de naranja convertida en un tirabuzón perfecto. La mano sin falange, la mano incompleta.

—De verdad, Felipe, a veces tengo la impresión de que eres más inmaduro que la niña. ¿Por qué le haces de rabiar?

—La *niña* ya es grande, por si no te habías dado cuenta, Leo, y además es divertido.

—Divertido para ti —dice Madame Bombón mientras apoya un gajo de naranja en un trozo de pan—, a ella no le hace ni pizca de gracia.

—Bueno, ya se rendirá a mis encantos. Y tú también, Leo. Tenéis que relajaros y disfrutar más de la vida.

—Qué sabrás tú de cómo disfrutamos nosotras de la vida. ¿Quién te crees que eres?, ¿nuestro salvador?

Felipe suelta la piel de la naranja y reclina la silla hacia atrás, se tambalea y a punto está de caer de espaldas. Madame Bombón se levanta y

recoge los platos vacíos. Al levantar el plato de Felipe ve el reguero de caldo y ternera en el mantel de hilo de algodón.

—Se han acabado las finuras en esta casa —susurra.

—¿Un cafelito, Leo?

—¿Solo? —pregunta Madame Bombón mientras se dirige a la cocina.

—Claro, café de hombres, Leo.

El silencio en la salita solo es interrumpido por el silbido de Felipe. Felipe siempre silba. Silba mientras se ducha, silba mientras se afeita, silba mientras arregla algún trasto y silba cuando observa con esos ojos risueños que siempre parecen tramar algo. La silla mantiene el equilibrio sobre las dos patas traseras, una silla de madera blanca con el asiento de enea que aguanta con dificultad el peso de Felipe. Mirar los adornos del mueble de la salita le entretiene mientras espera su café.

—¡Ya está subiendo el café, Leo!

Madame Bombón, que huele el café en la cocina, que oye la presión en la cafetera, que vigila el fuego para que no suba demasiado deprisa, no contesta a la evidencia que emite Felipe desde la salita, fuera de la visión de la cafetera italiana.

Mientras el aroma del café inunda la cocina, Madame Bombón prepara la bandeja plateada. Coge dos cucharitas, dos tazas blancas de la vajilla del ajuar de bodas prácticamente sin estrenar y el azucarero; ella se echará un terrón de azúcar y sabe que Felipe cogerá dos con las pequeñas pinzas de metal. Café de hombres con extra de azúcar, piensa. Vierte una pequeña cantidad en cada una de las tazas, un café tan negro como la noche.

—Ya está el café —anuncia mientras lo deja en la mesa camilla de la salita.

Felipe se inclina hacia adelante por fin, con las cuatro patas de la silla de enea sobre el suelo, coge una de las tazas blancas y una cucharita. Espera a que Madame Bombón haga lo mismo y se eche su terrón de azúcar. Sabe que los otros dos son para él.

—Qué tranquilidad, Leo. Silencio, la *niña* en la cama… Tú y yo… y este café.

De pronto Madame Bombón mira hacia el techo con los ojos entornados.

—Felipe, ¿anoche escuchaste la música de la muchacha de arriba?

—¿De la Francesita? —dice mientras echa el primer azucarillo en la taza de café. Escucha el sonido del azúcar al deshacerse en el líquido caliente y espera a que esté disuelta por completo para echar el segundo azucarillo—. Que vamos, no sé por qué la llamáis así si no tiene ni un pelo de francesa, la muchacha. Además, tendrá un nombre, ¿no?

—Shhh, calla. —Los dos permanecen en silencio mirando al techo—. Pues, sí, de alguna manera se llamará, pero aquí pasa algo, Felipe. Y no nos hemos dado cuenta. Ni ayer ni esta noche ha sonado la música.

—A lo mejor se ha cansado del mismo disco, y no me extraña. ¡Ya me lo sabía de memoria hasta yo!

—Que no, que no, que aquí pasa algo. Y además hoy no ha bajado a la confitería y te digo yo que eso para ella es sagrado.

—Vamos a ver, que la chiquilla es joven, habrá salido por ahí con algún amigo.

—Me lo habría dicho, Felipe.

—Bueno, digo yo que tendrá derecho a salir y entrar como quiera sin tener que dar explicaciones. ¿Quién eres tú para que ella te tenga que dar parte de entradas y salidas?

—Ya… Eso pensaste tú cuando me abandonaste, ¿verdad, Felipe? Voy a subir.

Madame Bombón desata la cinta del delantal blanco que rodea su cintura y de un único trago, para infundirse valor, se bebe el café de su taza.

Felipe la sigue hasta el rellano y con dificultad sube las escaleras que llevan a la buhardilla. La desigualdad de los escalones no se lo pone nada fácil. Se agarra a esa baranda verde algo desconchada. No es capaz de seguir el ritmo de Madame Bombón, que sube cada escalón como si tuviera que

apagar un fuego. Mientras Felipe observa la vista que le ofrece la prisa de Madame Bombón, un trasero redondo que se tambalea a cada paso y que estira la tela de la falda gris oscuro hasta el punto de ver luchar a la costura por no abrirse, la mente de Madame Bombón piensa a pasos aún más acelerados que los suyos. El pensamiento va rápido, mucho más que la realidad y siempre se pone en lo peor. La cabeza deja pasar imágenes de todo aquello que lee en las páginas de sucesos del periódico: un asesinato, una violación, un infarto…, un suicidio. La imaginación no le regala momentos bonitos como una cena romántica, un viaje inesperado o una risa de esas que ablandan cada músculo del cuerpo.

Madame Bombón llega a la puerta del ático de la Francesita. Busca en su bolsillo la llave mientras Felipe sube los últimos escalones. Los dos respiran agitados y agotados tras dos breves tramos de escaleras.

—Qué buenas vistas he tenido desde abajo, Leo.

Madame Bombón no responde y se afana en buscar la llave de esa puerta en el bolsillo de su falda. Una llave pequeña y redonda que siempre lleva con ella y que tiene manchas de óxido en las hendiduras.

—Aquí está —anuncia mientras mete la llave en la cerradura. El corazón desbocado a causa de los malos pensamientos hace que su mano tiemble. No tiene que dar vueltas a la llave, no está echada. Gira el pomo redondo y abre con facilidad. La imagen de la Francesita tumbada en la cama y sin respirar asalta su pensamiento. Observa la estancia. Transcurren unos segundos de silencio—. Y… *voil*à. Pues no hay muerta. —Sonríe aliviada.

En la habitación no hay nadie. La colcha de la cama está estirada, en la mesita hay una novela romántica y en el escritorio frente al ventanal apenas unos cuantos folios vacíos.

—Leo, vámonos. Estamos invadiendo la intimidad de la muchacha.

—No, Felipe, aquí pasa algo raro. Te digo yo que la Francesita no se hubiera ido así, no habría hecho la cama, que eso me lo ha contado a mí, que ella la casa… —Niega con la mano y la boca torcida.

—A lo mejor ha descubierto que prefiere dormir en una cama con las sábanas estiradas —dice Felipe con sorna.

—Que no. Mira, ahí hay algo. —En la esquina del ventanal ve una nota con una flecha que señala un sobre rosa que está sobre el escritorio:

Para mi querida Madame Bombón.

A Madame Bombón le tiemblan las manos. Abre el sobre y ve el contenido: un fajo de billetes. Cuenta uno a uno y calcula que es la cantidad exacta para cubrir tres meses de alquiler. Madame Bombón encuentra detrás del último billete otra pequeña nota escrita con el mismo trazo que la de la ventana:

Por lo que pueda pasar.

Capítulo 14

La luz entra por las ventanas blancas del salón y Felipe, que aún sigue tumbado en el sofá, se despierta con el trasiego de Madame Bombón en la cocina. Le ha despertado el sonido que hace al revolver en el cajón de los cubiertos, también el del tarro hermético del café al abrirlo y sobre todo… los susurros. Esos susurros que Madame Bombón recita en letanía para aclarar las ideas. Felipe no llega a identificar ninguna palabra entre rezo y rezo, solo eses arrastradas y suspiros, pero sabe perfectamente la razón: la Francesita.

Felipe se incorpora en el sofá, estira los brazos lo más alto que puede. Los dedos le crujen, excepto el dedo sin falange que parece querer estirarse un poco más para igualarse al resto. Permanece sentado el tiempo suficiente para poner en movimiento la pierna enferma con el menor dolor posible. Se observa en la foto de la pared. Ay, Felipe, lo que fuiste y en lo que has quedado. Él también ha terminado hablando con su propia foto. La foto del desahogo, de las preguntas en busca de respuesta. Por fin se levanta y se dirige hacia su bolsa de viaje, saca ropa interior limpia y guarda la de ayer, que necesita un lavado con urgencia. Apenas dos mudas de quita y pon. Palpa las escasas pertenencias que hay dentro de la bolsa y comprueba que todo sigue en orden, que está todo en su lugar.

Arrastra los pies por toda la salita hasta llegar a la puerta pintada de color vainilla, los cristales rugosos le devuelven una imagen extraña de su propio cuerpo. La abre con cuidado para no despertar a Lucita y para que Madame Bombón no lo vea en todo su esplendor, con un calzoncillo largo hasta la mitad del muslo y una camiseta interior que ha perdido su blancura. Ya no es el Felipe de la foto, Madame Bombón se dio cuenta la noche en

que llegó, pero una cosa es que conozca las taras nuevas y la barriga que anuncia su presencia antes de llegar a un lugar y otra muy distinta que ella, su Leo, lo vea de esa guisa. Ahora hay silencio en la cocina. Felipe se dirige al baño lo más rápido posible.

La puerta está cerrada y él comienza a desandar sus pasos, porque Madame Bombón está dentro. Cuando Felipe está a punto de volver al salón, oye el pestillo de la puerta del baño y ve cómo sale una mujer imponente, con un camisón de raso de color marfil y una bata azul de guatiné que dota de informalidad el estilismo. Madame Bombón también viste calcetines con zapatillas de andar por casa. Mira a Felipe y ve que tiene la mirada fija en sus pechos, en unos pechos que hace demasiado tiempo que no han sido admirados ni acariciados por nadie que no sea ella misma.

Madame Bombón mira hacia la puerta de la habitación de Lucita, que está cerrada a cal y canto, y abre de nuevo la puerta del baño para indicar a Felipe con un gesto de la cabeza que entre con ella. Él está petrificado en el pasillo; ella, con la respiración agitada. Acaba de reencontrarse con la mujer que fue. La mujer deseada y querida durante los años compartidos. Él entra en el baño, un baño minúsculo y luminoso, completamente blanco. Hay una pequeña ventana en la pared donde se encuentra una diminuta bañera con un desconchón cerca del desagüe. En un rincón crecen un par de plantas exuberantes gracias a la humedad y la luz.

Por una milésima de segundo, Madame Bombón siente el impulso de huir, de hacer caso a la razón, pero esta vez las palpitaciones de su corazón y cada poro de su piel dirigen su cuerpo. Y se deja llevar dentro de ese baño blanco y luminoso, invadido por las hojas de una Costilla de Adán y una planta del dinero. Leo se deja amar a la manera en la que una falsa viuda se deja amar; con desesperación, con culpa, pero también con gozo.

***

La mañana de domingo ha llenado la confitería con un halo de luz extraña. El sol de invierno se cuela por los ventanales y la puerta acristalada. Lucita, detrás de la barra, observa las motas de polvo que revolotean por el rayo de sol que atraviesa la sala hasta llegar al suelo gastado. Cierra los ojos y sonríe con la cara bañada de luz. Oye lejano el murmullo de voces, suenan embotadas, como si no habitaran en el mismo espacio que ella. Sabe perfectamente que son refunfuños que se dirigen a ella, pero hoy…, hoy no va a dejar que le afecten, hoy se va a dejar llevar por esa luz templada que la llena de energía. Hoy las voces de su madre no la van a arrastrar a sus sombras.

—¿Cómo es posible que esa niña haga siempre lo que le da la gana? —se queja Madame Bombón mirando hacia Lucita—. ¡Mírela! Lleva ya un buen rato así, tostándose la cara como si estuviera en la playa. Ay, quién pudiera estar en el mar.

—Ay, señora, bien sabe usted lo que me gustaría a mí ver el inmenso y misterioso mar.

—Nunca es tarde si la dicha es buena. Por cierto, don Marcial, ¿cómo va con la prótesis nueva? ¿Se acostumbra?

—Bueno, voy haciéndome a ella poco a poco. Me cuesta más deshacerme del miedo irracional a perder las palabras que al aparatito en sí.

—Pasito a pasito, los miedos son malos compañeros y creo que nadie se libra de ellos.

—Así es, señora. Si me lo permite decir —Madame Bombón asiente —, está usted radiante esta mañana. Le favorece este sol de invierno.

Madame Bombón se sonroja y se dirige al obrador. Chista a Felipe desde la puerta y él, que de nuevo está enredando en la cafetera, deja las herramientas sobre la barra para acudir a su llamada.

—Bueno, bueno, Leo... ¿También aquí en el trabajo? No te imaginaba yo tan desatada —le dice agarrándola de las caderas.

—Haz el favor de no llamarme así aquí y de quitarme las manos de encima.

—¿Que no te quite las manos de encima, dices? —bromea Felipe intentando besar su cuello—. No me decías eso esta mañana.

—¿Crees que nos habrá oído la niña?

—No sé, ¿y qué si nos ha oído? Ya es grande y seguro que sabe de qué va esto.

—¡Felipe! No digas esas cosas de Lucita. —Intenta quitárselo de encima sin éxito—. Para ya, que nos pueden ver. Te he llamado porque no quiero que nadie se entere de qué ha pasado esta mañana en el baño y porque esta tarde quiero decirles a los demás que la muchacha ha desaparecido.

—¿Quiénes son los demás?

—Pues los demás, los de siempre, Felipe.

—Ya… Yo es que soy nuevo por aquí, ya sabes…

El sol de invierno dura poco, las tardes son cortas y las noches, eternas. Tan eternas que la hora del café se ensombrece al paso de cada minuto. Los clientes entran frotándose las manos y con los cuellos de los abrigos alzados. Se les empañan las gafas al entrar y el último halo de vaho se cuela en la confitería. Ni siquiera son las seis y el sol ya se oculta tras los edificios.

Parece un domingo cualquiera. Pablo y Claudia están acurrucados en el sillón de enfrente de la barra, a la vista de Lucita, que ve cómo ríen junto a sus amigos. Don Marcial resuelve crucigramas. Elvira y Clemente, frente al mostrador de pastelitos, devoran merenguitos de limón y trufas. La lengüecita de Tiramisú asoma por el pecho de Elvira para cazar alguna migaja, y al fondo, Pruden y Madame Bombón regodeándose en sus desgracias una tarde más.

Madame Bombón intenta, durante el resto de la tarde, retener a la clientela más cercana, a los que considera sus amigos. Les regala dulces, sirve café a unos, chocolate a otros… Invita la casa, dice una y otra vez. Lucita mira extrañada a su madre, que no se caracteriza precisamente por regalar el pan que le da de comer, pero ha conseguido que al final del día queden en la

confitería don Marcial, Pruden, Elvira, Clemente, Lucita y Felipe. Su misión requiere de la ayuda de todos.

—¿Qué ocurre, que nos tienes hoy atiborrados de azúcar? —pregunta Elvira—. Que yo te lo agradezco y que se repita muchas veces, desde luego.

—Shhhh, espera un segundo que cobre al último cliente y os cuento.

Todos han ido hasta la mesa de don Marcial. Se quedan de pie a su alrededor. Él resopla al verse invadido en la tranquilidad de sus crucigramas.

El último cliente sube los dos escalones para marcharse y sonríe al ver a Pepito, que duerme plácidamente en su cama.

—Echa la verja de fuera, hija, que no entre nadie más. —Madame Bombón se limpia las manos en el delantal blanco que lleva atado a la cintura—. Bueno, como veis, estamos casi todos.

Se miran unos a otros, algunos parecen pasar lista mentalmente de los allí presentes. Tiramisú observa con sus grandes ojos a cada uno de ellos. Don Marcial vuelve a resoplar.

—¿Es que nadie se va a sentar? —se queja don Marcial.

—Uy, sí, perdone, que le dejamos sin aire todos aquí a su alrededor —dice Elvira soltando una carcajada.

—Adorando al niño. —Ríe Felipe mientras don Marcial le devuelve la mirada con desdén.

—Bueno, os he reunido aquí a todos, repito, a casi todos, porque necesito vuestra ayuda.

—¿Algo grave, señora? —pregunta don Marcial.

—Puede ser, ¿nadie se ha percatado de la ausencia de la Francesita? No ha bajado desde hace un par de días —dice Madame Bombón sorprendida.

—Bueno, señora, evidentemente sí nos hemos percatado, como usted dice.

—Yo no —indica Elvira.

—No, para nada —responde tímidamente Clemente.

Pruden lo mira y abre mucho los ojos, se ahueca el cuello del vestido y sopla dentro en un intento de calmar el ardor que siente en el pecho.

—Pues ya ve usted que no, don Marcial, que no nos hemos percatado todos —dice en tono de reproche Madame Bombón—. ¿Ese es el aprecio que le tienen a la muchacha?

—Bueno, no sé si aprecio. Simpatía, sí, alguien con quien coincides de vez en cuando.

—Esto es inaudito, Elvira. ¿Es que no era una más en esta confitería? Hay que ver, solo simpatía, dice.

—Bueno, perdona, querida, no creía yo que fuera para tanto el asunto —justifica Elvira cogiendo otro merenguito de limón de la bandeja de pasteles que ha dejado Lucita sobre la mesa a petición de su madre—. ¿Le ha pasado algo a la chica?

—Puede que sí, y puede que sea algo muy grave.

Todos la escuchan sorprendidos excepto Pruden, que mira a Clemente con la esperanza de volver a oír su voz. No sabe si ha escuchado bien o si su mente y oído han interpretado lo que ella quiere. No es la primera vez que le pasa. Fantasea y fantasea hasta que su pensamiento se convierte en verdad. Su verdad. Es capaz de sentir los abrazos, los besos, los olores y el amor que imagina como si fueran reales. Ella, en su mente, es la mujer fuerte que se enfrenta al mundo, que lo devora a mordiscos, que ríe a carcajada limpia de forma estruendosa, descarada, sin importarle lo que opinan los demás sobre si su risa es molesta o si va demasiado arreglada, si se deja hacer arrumacos por el chico que espera el autobús o por el tendero de la floristería. Pruden no es Pruden en su imaginación, o tal vez la que no es de verdad sea la Pruden real, la que conocen todos. La Pruden contenida, tierna, solícita, sumisa, la que de buena es tonta. La Pruden que hace lo que debe ser para dejar de ser. La Pruden que ha aprendido a olvidar sus deseos.

Y observa a Clemente, pero Clemente no habla, como de costumbre. Clemente asiente, abre los ojos, bosteza, pero no pronuncia palabra y Pruden solo quiere saber una cosa. Si esa voz grave, aterciopelada, radiofónica…, si

ese «No, para nada» ha sonado igual que el de «La cuenta, por favor» de aquel domingo en el que sintió su propio cuerpo de nuevo. Pruden no escucha a su amiga, que se dirige a todos angustiada.

Madame Bombón lanza hipótesis sobre la Francesita, y lo que parecía una exageración de ella a los ojos de los demás empieza a ser posible para todos. De tratarse de una escapada de juventud, una espontaneidad de libertad, la Francesita ha pasado a ser secuestrada, asesinada e incluso abducida por extraterrestres. Habla del sobre con dinero y de la nota que estaba en la ventana.

—Puede que se encuentre en otra dimensión y que cuando vuelva ella siga siendo joven y nosotros, unos vejestorios. Incluso que algunos estéis criando malvas. Física cuántica se llama, lo leí en una revista —aporta Lucita, y finaliza con un chasquido de lengua para dar más veracidad a su conocimiento.

Don Marcial se remueve incómodo en su silla, consciente de que es la persona que más papeletas tiene de criar malvas antes que ninguno, de ser devorado por los gusanos y dormir para la eternidad.

Don Marcial observa a Felipe, que está con las piernas abiertas en su silla. Incluso la pierna mala muestra una gran flexibilidad que hace que Clemente y Lucita, que se encuentran sentados a su lado, él a la izquierda de Felipe y ella a la derecha, cierren las suyas, porque ha invadido todo el espacio. A don Marcial le resulta curiosa la imagen de Lucita al lado de Felipe, quien podría haber sido su padre del mismo modo en que lo es su madre.

Felipe mira a Pruden, intenta hacer contacto visual, pero ella se ha convertido en una anguila escurridiza para él, sorda y muda ante sus llamadas de atención. Pruden solo dirige la mirada a Clemente, que no se ha percatado de ello. Sin embargo Elvira, como gran observadora que es, sí ve la mirada fija de Pruden en su marido.

—Otra dimensión, dice. Lucita, muchacha, qué cabeza tan fantasiosa tienes —dice Elvira mientras mastica el cuarto merenguito de limón.

—Ni otra dimensión ni extraterrestres, pero alguien se la ha debido de llevar, estoy segura.

Don Marcial, que no ha intervenido aún en la conversación, se moja los labios pensativo, recuerda una de las últimas preguntas que le hizo la Francesita.

—Verán, a lo mejor no tiene importancia, pero hace poco me preguntó si conocía al vecino del edificio de enfrente. No sé si puede ser de interés.

Lo dice sin más preámbulo. Todos se giran hacia la puerta de entrada, desde la que pueden ver la fachada del edificio.

—Pero ¿por qué el vecino? ¡Ja! ¿El muchacho ese moreno? Pues tan ricamente si se ha ido con él. Ya quisiera yo —bromea Elvira dándole un codazo cómplice a su marido.

Clemente no ríe las gracias de su esposa. Clemente es dos piernas que caminan y dos brazos que sostienen en una mano un café con leche y en la otra una trufa. No es más que un saco de huesos y carne que, a criterio de Elvira, ni piensa ni siente. Así domingo tras domingo, humillación tras humillación. Día a día siendo lo que Elvira quiera que sea.

Clemente cruza la mirada con Pruden por primera vez. Se fija en sus ojos, después en sus mejillas, que ahora están sonrosadas, y luego en sus labios. El carmín rosa se mantiene a duras penas. Ella se atreve a sonreírle tímidamente. Clemente le devuelve la sonrisa y, tras hacer un gesto con el que parece infundirse de valor, habla:

—Está claro que la muchacha no ha desaparecido por placer. Se ha ido sin aviso, según dice Madame Bombón. Deja el alquiler de tres meses pagado y una nota por la que se deduce que o bien alguien se la ha llevado, o bien alguien o alguna circunstancia que desconocemos la ha obligado a marcharse. «Por lo que pueda pasar», dice la nota. Es evidente que está en peligro —propone Clemente de forma categórica ante la mirada sorprendida de los presentes; sobre todo de su mujer Elvira, que está boquiabierta.

Es él, Clemente es la voz de aquel domingo, confirma Pruden.

Todos guardan silencio a la espera de más reflexiones de Clemente. Se han quedado anestesiados, suavizados por el tono de su voz. Incluso Felipe ha dejado de dar vueltas con la lengua al palillo que tiene entre los dientes. Parecen amodorrados por su voz hasta que de pronto suena la verja. Unos golpes secos y fuertes los sobresaltan.

—¡Ay, que vienen a por nosotros! —susurra Madame Bombón persignándose tres veces—. Como quieran un rescate, yo no tengo ni una perra gorda. ¡Ay, que van a matar a la muchacha!

Todos miran hacia la puerta, algunos en posición de huida, por si fuera necesario. Felipe debajo de una mesa. Tiramisú escondido en el escote de Elvira, Lucita con el trasero en vilo y don Marcial con la espalda encorvada. Clemente y Pruden se mantienen en la misma postura, mirándose fijamente. Y Pepito, bajo los escalones, se lame una pata, indiferente al alboroto. Llegan voces desde la puerta, no alcanzan a entenderlas.

Silencio, dice Madame Bombón, escuchad.

—Madre, madre. —Se oye al otro lado de la verja—. ¡Madre! Soy Guillermo.

—¡Ay, lechugas!, si es mi hijo —dice Pruden sobresaltada.

Lucita, al gesto de la cabeza de su madre, se levanta para abrir la verja. Guillermo y ella se miran, no se dicen nada.

—Madre, ya está padre en casa, dese prisa —le anuncia en un susurro tras acercarse a ella.

Pruden asiente y, despacio, agarra su bolsito marrón de los domingos con las dos manos y camina hacia la puerta. Los taconcitos de sus zapatos resuenan al contacto con el suelo. Pruden sale de la confitería para volver a su realidad.

—Me alegro de verte —dice Guillermo. Lucita asiente con la cabeza.

Capítulo 15

Madame Bombón abre la puerta de su casa con desgana. Tras ella, entran Felipe y Lucita.

—Madre, no voy a cenar, he picado demasiado abajo.

—Yo tampoco tengo mucha hambre —dice Madame Bombón mientras se descalza.

Bajo el aparador de la entrada aguardan durante todo el día dos pares de zapatillas: un par de paño azul marino y el otro gris. La tela de borreguito del interior de las zapatillas azules, acolchada como las manos de su dueña, acoge sus pies cansados tras un largo día. Madame Bombón repite cada noche los mismos pasos para calzarse: apoya una mano sobre el aparador blanco y levanta una pierna. Con destreza y un suspiro se quita los zapatos negros de suela de goma. Primero uno, luego el otro, y los deja colocados, juntitos sobre el parqué de madera oscura con dibujo de espiga.

Felipe la imita y deja al descubierto dos pares de calcetines con agujeros en el dedo pulgar y en el anular. Encoge los pies para evitar que Madame Bombón los vea, aunque sabe perfectamente que se dio cuenta el día que llegó. El primer impulso de ella al fijarse fue el ofrecimiento de zurcirlos o incluso de comprarle unos pares nuevos. Se contuvo, primero por no ofenderle y segundo, para su sorpresa, porque fue consciente de que esa no era su función. Ya no.

La Leocadia de hace veinte años lo habría hecho sin pensar porque fue educada para servir, agradar y contentar. La Leo de ahora se protege y es consciente de las limitaciones y las cualidades de las personas que la rodean. Ve perfectamente que Felipe, a pesar de la ausencia de una falange en una de sus manos y de la pierna maltrecha, es una persona adulta y funcional capaz

de comprarse un par o dos de calcetines nuevos; lo de remendarlos ya es otra historia, pero no cosa suya.

Así, noche tras noche, Felipe intenta disimular los dedos asomados por los agujeros de los calcetines, y Madame Bombón hace que no los ve para no echarse encima una función que no le corresponde. Pero, eso sí, le coloca los zapatos marrones uno al lado del otro bajo el aparador, porque no soporta que haya desorden en la entrada.

—Si tú no cenas, me voy a hacer un bocadillo de queso —resuelve Felipe poniéndose sus zapatillas grises de andar por casa.

—Hazme uno a mí, pequeñito, que parece que se me ha abierto el apetito. Dios santo, vaya noche —dice Madame Bombón mientras cuelga su abrigo en el perchero de madera con forma de árbol.

Por primera vez en su vida, Madame Bombón se sienta en el sofá para que le sirvan la cena. Una cena austera pero que le sabe a gloria por el mero hecho de que se la dan hecha.

—Gracias, Felipe —dice mientras coge la bandeja con los dos bocadillos de queso y dos vasos de agua.

—Muchas veces —responde al sentarse en el sofá al lado de Madame Bombón.

Ella tuerce la nariz. Es el momento de poner las cosas claras y terminar con lo que sea que haya entre los dos. Da un mordisco al bocadillo y se arma de valor.

—Felipe, creo que ya que en la buhardilla no está la Francesita, puedes irte allí a vivir. Al menos hasta que encuentres algo o ella aparezca.

—Pero, Leo, ¿a qué viene eso? Estamos bien aquí los dos.

—Somos tres, y no estamos bien los tres, lo sabes. Ya llevas demasiado tiempo aquí.

—Bueno, sí, Lucita ya se acostumbrará.

—No, Felipe, esta es su casa y está incómoda contigo. Yo también. —Madame Bombón da otro bocado al bocadillo y toma un pequeño sorbo de agua para pasar mejor el trago.

—¿Estás incómoda conmigo o estás incómoda porque la niña lo está?

—Pues las dos cosas, Felipe.

—No decías eso esta mañana en el baño, Leo. Ni con tus palabras ni con tu cuerpo.

Madame Bombón cierra los ojos y recuerda cómo se han besado por la mañana, cómo no han dejado ni un poro de la piel sin tocar ni besar.

—Lo sé.

—Además, no me parece apropiado meterme en una habitación con todas las cosas de la chica. Estaría invadiendo su intimidad.

—Hay que ver lo digno que te muestras para algunas cosas y lo descarado que eres para otras. ¿O qué te crees, que no te he visto husmear en los cajones de mi cómoda?

Felipe agacha la cabeza y no pronuncia palabra. Madame Bombón recuerda que hace unos días, al salir de la ducha, vio a Felipe revisar los cajones de su cómoda uno a uno. Ella no dijo nada. Primero abrió el cajón de los pañuelos, después el de los camisones y por último el de las medias y la ropa interior. Madame Bombón sabe perfectamente lo que estaba buscando: dinero.

Porque en los años que convivieron como matrimonio ella era la encargada de la economía familiar y guardaba el efectivo entre su ropa interior. Los primeros años Felipe le entregaba todo su sueldo, que ella mantenía a buen recaudo junto al suyo, con el que pagaban el alquiler de la habitación, la escasa ropa que compraban y los huesos para hacer el caldo reconfortante en cada pensión. El resto lo ahorraban para comprar un piso y para el negocio de sus sueños. Pero con el tiempo, los ahorros mermaban y el dinero que Felipe le entregaba era cada vez más escaso.

Madame Bombón nunca dijo nada, calló para que la relación entre ellos no cambiara. Si no decía nada, nada malo sucedía. En aquellos tiempos en los que las comodidades eran menos y las penurias más, el dinero escaseaba y Leo callaba. A las pocas semanas, Felipe desapareció y el sobre del dinero de los ahorros también. Ella se quedó con una mano delante y

otra detrás. Madame Bombón sacudió la cabeza para salir de su amargo recuerdo y se reafirmó en su decisión de echar a Felipe de su casa lo antes posible.

—Ah, no, por eso sí que no paso, Leo. De ladrón no me tacha nadie, ni siquiera tú, ¿me oyes? Ahora mismo cojo mi bolsa y me subo. ¿Dónde tienes las llaves?

—Anda, mira el digno. Encima te haces el ofendido. Cómete el bocadillo y duerme. Mañana por la mañana te doy las llaves de la buhardilla. Buenas noches, Felipe.

***

La cocina está destartalada. Por primera vez en su vida Pruden no prioriza las tareas del hogar. Ha llegado más tarde de lo previsto. Rodrigo se encuentra en el sillón viendo la televisión. El recibimiento, como de costumbre, ha sido frío por su parte. Pruden exagera un falso entusiasmo por llegar a casa, oculta así la culpa de su fantasía con Clemente y, sobre todo, la culpa por no haber estado disponible para su marido cuando llegara del trabajo, como siempre. Enseguida hago la cena, me cambio y me pongo con ello, dice. Obtiene un gruñido de afirmación desde el sillón del salón como respuesta. Ni una mirada, ni un qué tal el día.

Guillermo pone la mesa mientras su madre se cambia de ropa. Guillermo, que no cena con ellos desde hace meses, tal vez años, hoy hace una excepción. Los días que come algo por la noche lo hace en su habitación. No me hagas cena, madre, le dice la mayoría de las noches, pero Pruden deja un plato en la puerta con un bocadillo, una tortilla francesa o un yogur. Y casi siempre el plato amanece en el mismo lugar en el que ella lo dejó.

Esta noche de domingo Guillermo se sienta a la mesa con sus padres con la intención de ser un muro de contención. Es la primera vez en más de veinte años que su padre llega a casa antes que su madre.

Nunca ha oído un grito entre ellos, ni un golpe mal dado en la mesa, ni un reproche. No recuerda oírlos hablar, tener una conversación. Tan solo ha visto indiferencia. Ella les sirve y ellos se dejan. La utilidad de la madre y la esposa, la pasividad del marido y del hijo.

—Bueno, pues hoy unos pimientos asados que hice esta mañana y unos huevos fritos. Por ser domingo.

Los dos hombres se sientan. Rodrigo se sirve un chato de vino y deja la frasca encima de la mesa. Guillermo sirve agua para su madre y para él. Los pimientos asados desaparecen engullidos en cuestión de segundos. El silencio solo se rompe con el ruido al masticar y tragar.

La fuente de huevos fritos decora el centro de la mesa camilla, como un manojo de margaritas abiertas. Los granos de sal fina se vislumbran sobre las yemas anaranjadas y la clara. Ninguno de los tres se mira mientras desmenuza su par de huevos fritos. Rodrigo les echa más sal. Pruden ya no se molesta en pedirle que no abuse, que se cuide. Que sea lo que tenga que ser, piensa.

—Ha desaparecido la Francesita —Pruden rompe el silencio.

—¿Pero por voluntad propia, madre?

—Creemos que no. Dejó un sobre con dinero para el alquiler de la buhardilla y una nota que decía: «Por lo que pueda pasar», o algo así.

Rodrigo devora sus huevos fritos sin levantar la vista del plato, sin intervenir en la conversación.

—¿Os vais a comer ese? —Guillermo y Pruden niegan con la cabeza y Rodrigo se sirve el último huevo en su plato haciendo equilibrios para no romper la yema. Tres huevos fritos.

Madre e hijo desarrollan pequeñas hipótesis sobre la desaparición de la Francesita. La que más les entusiasma es la de la fuga por amor. La Francesita, según ellos, habría huido porque tiene un amante. El novio

muerto que decía que le escribía las cartas desde el más allá en realidad es su verdadero amor, y está vivo, pero es un muerto de hambre y la familia de ella no lo quiere, por eso huyeron a París. Hablan y hablan con entusiasmo como si comentaran una película.

—Y entonces un día abrió la puerta y ahí apareció él. El novio muerto que resulta que está vivo y que en realidad es su amante, y se fugan a París a vivir su historia de amor —remata Guillermo con los ojos brillantes de entusiasmo.

A Pruden también le brillan. Dos gotas amenazan con deslizarse por sus mejillas. Se levanta y recoge los platos para disimular, las lágrimas caen sobre las migas de pan y los restos de yema reseca que quedan en el plato. Guillermo recoge los vasos y madre e hijo siguen con la fantasía de la historia de amor de la Francesita. Cada uno adapta su cuento de hadas a sus propios deseos. Y él tiene una voz preciosa, dice una, el pelo moreno con ondas y está casado, por eso se ven a escondidas, dice otro. Y Rodrigo se levanta de la silla, los mira dirigiéndose hacia su sillón.

—Dejad ya la tontería. Si la chica se ha ido así, será porque no quiere ver la cara a gente como vosotros.

Guillermo y Pruden se miran. El brillo de los ojos desaparece en madre e hijo y ella susurra.

—Ay que ver, con lo bien que nos lo estábamos pasando tú y yo, hijo. —Guillermo le da un beso en la mejilla—. Este hombre, que es así. No se lo tengas en cuenta.

—Voy a estudiar otro ratito, madre. Gracias.

Gracias… Hacía tanto tiempo que no le agradecían nada, que Pruden ya ni lo recuerda.

***

Esa misma noche de domingo, don Marcial está inquieto. Demasiados cambios en tan poco tiempo. Primero la llegada de Felipe, otro muerto que en realidad no lo está, como el amor de la Francesita según Pruden y Guillermo, que escribe cartas desde el más allá.

Don Marcial adora la quietud de los días, que todo esté como debe estar. Lucita tras la barra cuando llega a primera hora de la mañana a la confitería, Madame Bombón canturreando en el obrador o por la sala, su café solo y su copita de anís, sus pasatiempos, sus maquetas de barcos y su férula dental para no quedarse sin habla. Hasta a Pepito, al que detesta, quiere encontrarlo bajo los dos escalones día tras día. La seguridad le sosiega.

La presencia de Felipe le angustia y la ausencia de la Francesita le inquieta. Nada está como debería estar. Incluso Clemente, que nunca habla, y que lo haya hecho para compartir su hipótesis sobre la desaparición de Francesita le pone nervioso. Tras la cena de queso tierno y fiambre de pavo, ha cogido una libreta y un lápiz del primer cajón del mueble del salón y ha anotado todo aquello que le suscita la desaparición de la muchacha.

- *No conocemos su nombre.*
- *No tiene familia conocida (ni amistades).*
- *Apareció de la nada.*
- *Tiene buenos modales. Exquisitos.*
- *¿Por qué vive en un cuartucho encima de la casa de Madame Bombón?*
- *¿Quién es su amor muerto?*

- *¿Por qué pregunta por el vecino?*

Don Marcial se quita las gafas y restriega sus ojos cansados. Deja la libreta y el papel sobre la mesita y marcha a descansar arrastrando sus zapatillas de paño con cuadros azules.

Capítulo 16

Madame Bombón pone el mantel de hilo por última vez, esta noche volverá al hule con el dibujo de flores. Hoy es el último desayuno con Felipe en casa. La noche ha sido larga, ha visto todas las horas del reloj y ha oído al *huésped* moverse una y otra vez en el sofá. Ambos han tenido la tentación de tocar la puerta del otro, de acompañarse en esta última noche en el mismo piso, pero se han mantenido entre sus sábanas sin sacar fuera de ellas ni un dedo del pie.

Cuando Felipe vuelve del baño ve en la mesa bollos suizos, magdalenas, tostadas, tomate, embutido, mermeladas de diferentes sabores, café, leche, zumo y galletas de mantequilla. Madame Bombón sonríe al ver el desayuno *bufet* que ella misma ha preparado. Es mejor así, se dice. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—Buenos días —saluda Felipe mientras se rasca la cabeza—. Vaya fiesta de despedida me has preparado.

—Sí, a partir de ahora tendrás que prepararte tú el desayuno.

—Ya, ¿y la niña?

—Se ha bajado a abrir la confitería. Así podemos despedirnos tranquilamente y no como la última vez.

Felipe se sienta en el que hasta ahora ha sido su sitio en la mesa camilla, se sirve zumo y coge una magdalena. Con parsimonia le quita el envoltorio y la sumerge en el vaso de zumo trocito a trocito. Madame Bombón unta con fuerza la mantequilla en una rebanada de pan tostado casi dorado. No hablan. Mastican, sorben, untan, trocean, no se dicen nada.

Madame Bombón da el último sorbo a su café. Se levanta la sesión, dice mientras abandona la salita. Regresa con las llaves de la buhardilla y

Felipe, al verla, se levanta de su silla resignado.

—Con lo bien que estamos así, Leo. —Madame Bombón frunce el ceño—. Además, que no me parece ético meterme entre las cosas de la chica, ya te lo he dicho.

—La vara de medir la ética la tienes un poco averiada, te repito, Felipe. —Madame Bombón le agarra la mano y pone las llaves sobre su palma—. Créeme, es mejor así. Además, puede que allí encontremos pistas del paradero de la muchacha.

—Ya… Así que me echas por interés.

—No, no vayas por ahí, Felipe. Venga, recoge tus cosas que nos vamos.

Madame Bombón sube con dificultad las escaleras que llevan al ático, los escalones desgobernados y gastados obligan a sus dedos a agarrarse con fuerza a la baranda. De vez en cuando sortea alguna astilla. Felipe también sube con dificultad esa escalera de peldaños revueltos, su pierna maltrecha no le facilita el ascenso. Hoy Felipe no se deleita con las vistas del trasero de Madame Bombón. Mira con pesar cada escalón para evitar tropezarse.

—Esta escalera del demonio —se queja Madame Bombón—. Bien, señor, ya hemos llegado a su morada —le dice de forma reverencial—. Ya verá usted como se va a encontrar muy a gusto. No es un palacio, pero tiene lo necesario para vivir. Seguramente encuentre algunas prendas femeninas de la anterior inquilina, le sugiero me lo comunique antes de hacer algo inapropiado con ellas. Y le informo —lo mira de abajo a arriba— de que no usan la misma talla.

—Por favor, Leo, déjate de bromas.

Felipe deposita su bolsa de viaje en el suelo del rellano y mete la mano en el bolsillo del pantalón para coger la llave de la puerta del ático. Intenta disimular, pero esa mano, con la que ha troceado una magdalena hace apenas unos minutos, tiembla. Teme lo que se pueda encontrar dentro. La última

vez hallaron la nota escrita por la Francesita y el dinero de los tres meses de alquiler. Teme que alguien haya entrado y encontrar algo peor.

Madame Bombón respira agitada. Disimula su temor. Felipe por fin gira la llave y abre la puerta de madera aglomerada. Todo sigue igual. La novela romántica en la mesita y la cama perfectamente hecha.

—Bien, todo en orden, tampoco hay muerta esta vez. —Felipe suspira.

—Eso parece. Bueno, te dejo que te instales y, si ves algo interesante, dímelo. Cuidado con los ruidos, ya sabes que abajo se oye todo.

—¿Sabes qué, Leo? Creo que tienes intereses ocultos en que yo esté en la buhardilla, además de saber de la muchacha —dice Felipe mientras rodea la cintura de Madame Bombón. Ella sonríe—. Tú lo que quieres es que este sea nuestro nido de lujuria.

—Que disfrutes la estancia —concluye Madame Bombón escabulléndose y cerrando la puerta tras ella.

Felipe coloca su bolsa de viaje sobre el asiento de enea de la vieja silla que se encuentra en un rincón de la habitación. Retira sus escasas pertenencias de la bolsa y abre el doble fondo. Hay varias hojas de papel en él. Coge una de ellas:

Da igual dónde vayas. Te encontraremos.

***

Las cucharillas suenan al remover los cafés. Chocan con la loza blanca de una vajilla que lleva demasiado tiempo en la confitería. El color del café se ha grabado en algunas de ellas, restos de carmín rojo que ya no desaparece por mucho que Lucita o Madame Bombón se dejen los nudillos en ello. La mayoría asumen que la vajilla y la cubertería está limpia pero marcada y gastada por el uso y el paso del tiempo. Cuando entran, madre e hija —más la madre que la hija— se desviven por agradar, por captar nuevos

parroquianos que normalmente sí se quejan del color de las tazas, de las cucharas gastadas o de las mesas que se tambalean, pero siempre vuelven, siempre repiten para devorar los bollos suizos, los hojaldres de manzana o los bombones de chocolate con naranja.

Madame Bombón limpia sobre limpio, viejo pero limpio, pobre pero curiosa, repite una y otra vez mientras se afana en pulir la encimera hasta que brille o en limpiar las patas de los taburetes carcomidos. La confitería es su criatura, su creación, hasta que llegó Lucita y tuvo que multiplicar los mimos y las atenciones. Afortunadamente, siempre ha tenido mucho amor para dar y mucha ternura que compartir.

—¿Puede sentarse un momento conmigo, señora?

Madame Bombón asiente extrañada, se quita el delantal y se sienta con don Marcial, que ya tiene su taza de café solo vacía y apenas le ha dado un sorbo a su copita de anís.

—Yo no sé hacer crucigramas, le aviso, don Marcial.

—No, mujer, no le he hecho sentar para eso. —Don Marcial agacha reflexivo la cabeza—. Verá, anoche la desaparición de la muchacha no me dejó dormir. ¿Usted sabe su nombre real?

—Pues ahora que lo dice, don Marcial, no, no lo sé. No recuerdo si lo dijo al principio de venir por aquí, pero ya sabe que enseguida le pusimos el apodo de la Francesita y así se quedó. Y ella tan contenta, hay que decirlo.

—Desde luego. Pero a usted ¿no le parece extraño por ejemplo la historia esa de las cartas del más allá? ¿O que se bebiera la sidra sin rechistar? Con esos modales tan refinados que tiene la muchacha, le digo yo que sabe perfectamente distinguir un buen champán de la sidra que le sirve usted…, sin quitarle méritos a esta última, por supuesto.

—Sí, claro, pero lo del champán creo que se lo calla y me sigue la corriente, como hago yo con las cartas. Que, por cierto, ya sabe lo difícil que es el amor a esa edad. Créame, se lo digo por experiencia. Mire cómo anda mi Lucita con Pablo, boba perdida. Son edades muy complicadas para el amor. sí.

—Como cualquier edad, me temo. —Madame Bombón asiente—. No sé, me escaman muchas cosas. A lo mejor la muchacha esconde algo escabroso. Acuérdese de aquel día de la mujer alta y el bebé.

—Uy, sí, cómo llovía ese día.

Aquella tarde caían cortinas de agua. Una lluvia clara, abundante, una lluvia de las que agradece la tierra, la atmósfera y cualquier persona que la vea caer tras una ventana resguardándose del chapuzón. Tan fuerte caía la lluvia que la confitería empezó a llenarse de personas que querían protegerse de ella. Se agolpaban entre las mesas y la barra: jóvenes estudiantes, abuelos con sus nietos, padres y madres con sus retoños y, justo entre la mesita de la Francesita y la de don Marcial, de pie, una mujer alta que mecía un carrito de bebé de color azul marino.

La mujer tenía una melena rubia ondulada. Debajo de la gabardina, también azul marino como el carrito del bebé, asomaba un jersey a rayas y un pantalón azul ajustado, con unos botones dorados en el tobillo. El estilismo era muy parecido al que llevaba la Francesita en ese momento. Ambas con los labios rojos y un pañuelo anudado al cuello.

Si no fuera porque la estatura y el color de pelo eran completamente distintos, habrían podido pasar por hermanas gemelas. La Francesita desde su silla miraba a la mujer de arriba abajo, y cuanto más la observaba, más alta y semejante a ella le parecía.

El carrito del bebé, con las ruedas blancas y la puntilla de la capota también de color blanco, no se movía. Parecía que estuviera vacío. Ni un gruñido, ni un llanto, ni un leve movimiento que le hiciera tambalearse sobre el suelo gastado. La mujer alta, que seguía de pie a falta de sillas libres, levantó la mano y como pudo pidió un café con leche. Lucita asintió con la cabeza en la distancia y cuando lo preparó dejó la taza en la mesita de la Francesita, para comodidad de la mujer.

Cuando la mujer alta se agachó sobre la taza para echar un azucarillo en su café, la Francesita observó que tenía los ojos maquillados exactamente

igual que ella, delineados con lápiz negro, haciendo que su mirada de iris verdes pareciese la de una gata.

De pronto, una manita asomó por el capazo del carrito. Una mano rosita con unos dedos diminutos. La mujer alta se inclinó y cogió al bebé. Apenas tenía unos meses. Una niña. Los adornos en las orejas, dos bolitas pequeñas y doradas, no dejaban un atisbo de duda. El color de la ropa y el lazo en la cabeza mostraban a todos cómo debía ser tratada esa recién llegada al mundo.

La niña encogió la carita en un gesto que indicaba dolor. La mujer alta la mecía e intentaba calmarla tarareando una canción de cuna, la misma canción que a la Francesita le cantaban en su niñez y que ella misma había canturreado hacía apenas unos meses. *La nanita nana, nanita ea…* El malestar de la niña iba en aumento. Comenzó a llorar de forma estruendosa. El llanto destacaba sobre el murmullo de las conversaciones de los clientes, del sonido de las cucharillas y de la máquina de café. Apenas había hueco en la confitería esa tarde de lluvia y todos hablaban al mismo tiempo. La niña lloraba cada vez más fuerte. La Francesita movía su pierna de arriba abajo con nerviosismo. Hasta que de improviso se bebió su copa de falso champán de un trago y gritó. Gritó con todas sus fuerzas a la mujer alta que intentaba calmar a la niña. El silencio que se hizo después en la confitería solo fue interrumpido por el llanto del bebé que, tras unos segundos de pausa, se volvió más fuerte. La mujer alta que cantaba la misma nana que la Francesita y vestía como ella la miró con desprecio, volvió a poner a la niña en el carrito y se marchó. Cuando el llanto de la niña desapareció tras la puerta, el ruido de las conversaciones y de las cucharillas contra la loza volvió a la confitería. Como si nada hubiera pasado.

Don Marcial da un sorbo a la copa de anís tras recordar el episodio de aquella tarde.

—Claro que lo recuerdo. ¡Madre mía, cómo se puso la muchacha! —dice Madame Bombón—. ¡Fuera, fuera!, le decía a la mujer. Qué barbaridad.

—Fue una actitud extraña en ella, sin duda —reflexiona don Marcial tras dar un sorbo a su copita de anís.

—Pero no se preocupe, Felipe se ha mudado a la buhardilla y seguro que encuentra algún hilo del que tirar. Rebuscará hasta debajo de las baldosas, es su carácter. Por cierto, cambiando de tema, don Marcial, ¿por qué aquel día en el obrador me dijo que todos tenemos un pasado?

Don Marcial sonríe sin decir palabra y deja algunas monedas en la mesa, una de más para Lucita. Se levanta.

—Demasiadas emociones por hoy, ¿no cree? —le dice y se marcha.

Madame Bombón vuelve a la barra. Se cruza con Felipe, que sale deprisa de la confitería. Ha visto a Pruden en la calle tras el cristal y no quiere que siga evitándolo ni un día más como si fueran extraños, como si no hubieran hablado nunca, como si nunca…

Madame Bombón ve cómo su amiga niega con la cabeza, cómo intenta escapar de Felipe, que la tiene agarrada de un brazo. Ella se aferra a su carro de la compra y lanza unas palabras que Leo no consigue escuchar.

Capítulo 17

Querida muñeca:

La libertad no existe para todas las personas. Lo que en un lugar del mundo no tiene la mayor importancia, en otros es repudiado. Recuerda lo que ocurrió en Montmartre, todos los insultos a nuestros amigos en plena plaza. Y lo que me hicieron a mí… ¿Qué más muestras necesitas para entender que París tampoco es un símbolo de libertad? La libertad solo podíamos vivirla en la intimidad, y en aquellas cenas tan divertidas en nuestro salón con molduras y la chimenea de mármol verde.

Quédate con esos recuerdos en los que todo era posible y con la sensación del tacto en nuestra piel.

Siempre para ti,
Tu amor

Felipe lee con atención cada palabra de cada carta. Espera encontrar pistas sobre la vida de la Francesita entre esas líneas. Tuvo reparos en remover entre las cosas de la chica, pero el aburrimiento fue la excusa perfecta para curiosear. Con tan solo un libro en su equipaje y tantas incógnitas por despejar en esa pequeña habitación, solo era cuestión de días, incluso de horas, que husmeara en cada rincón.

Primero se agacha y mira bajo la cama. Tan solo hay pelusas. Tarda varios minutos en poder levantarse de ese suelo gris de cemento barnizado. La pierna enferma se queda más encajada que de costumbre. Respira, se relaja y al tercer intento logra alzarse. En la yema de los dedos, excepto en el

dedo sin falange, se le han quedado pegados restos de polvo. Abre el armario de tres puertas. Un armario oscuro de madera de castaño. La puerta central está cubierta por un espejo que tiene los bordes gastados y marrones, parece un papel quemado. Felipe recuerda ver el reflejo que le devolvía ese espejo en casa de sus suegros, y le da un escalofrío. Es un armario robusto que no sabe cómo Leo ha podido transportar desde el pueblo a la ciudad.

Abre cada una de las puertas. Apenas encuentra algún jersey, la mayoría son de rayas de color blanco y azul o de colores lisos, un par de faldas y un pantalón estrecho. También hay varios pañuelos de seda en uno de los cajones, junto a prendas de lencería que Felipe ni siquiera se atreve a mirar. De dos perchas cuelgan dos vestidos. Un vestido de gala de color azul noche, de manga larga y escote en la espalda. El vestido se abre en uno de los laterales de la falda. Está cubierto de lentejuelas y, al reflejo de los rayos del sol que entran por el ventanal, la buhardilla se ilumina con chispas de luz. Felipe entrecierra los ojos y vuelve a guardarlo en el armario.

El otro vestido, por el contrario, es una prenda de cóctel confeccionado en mikado rojo con la falda de vuelo y un broche dorado en el pecho. Huele a un perfume ácido que se ha quedado impregnado en la nariz de Felipe. A juzgar por el talle de los dos, la cintura de la Francesita no debe medir mucho más de dos palmos, a imagen y semejanza de las actrices de cine clásico.

Felipe guarda las prendas dentro del armario y cierra la puerta despacio. Su propio reflejo en el espejo gastado le sobresalta. Se sienta en el borde de la cama e intenta encajar cada pieza para avanzar en la desaparición de la Francesita.

***

Los días pasan y la semana transcurre sin mayor novedad. El domingo ha llegado de nuevo como un suspiro. La mujer de los cupones de la lotería rasca sin parar en busca de premio, cada semana el número de cartones es mayor y el trozo de milhojas de nata es más pequeño. La cara cada día más desmejorada asombra a Lucita, que la observa rascar y rascar cada cupón con desesperación. El abuelo y el nieto disfrutan del chocolate con churros, dejando en la confitería parte de su niñez en cada cucharada. El abuelo habla al nieto y él lo escucha con los ojos chispeantes de emoción. A veces se ríen a carcajadas y todos dirigen su mirada hacia ellos, miradas de ternura por el amor y la complicidad que destilan niño y anciano. Lucita los mira con nostalgia.

Madame Bombón y Pruden hablan desde su mesa. Pruden con la silla estratégicamente colocada para poder observar a Clemente. Se siente guapa, coquetea incluso con la mirada, sin disimulo. Él, entre sorbo y sorbo a su taza de café solo y entre bocado y bocado de trufa de chocolate, le dedica una sonrisa. Antes de ello restriega la lengua para quitar los restos de chocolate y deja ver unos dientes asombrosamente blancos. A su lado Elvira ríe de forma exagerada, tiene a Tiramisú entre su pecho dispuesto a cazar cualquier migaja de merenguito de limón.

—Querida, ¿qué novedades hay sobre la Francesita? Que nos tienes en ascuas. —Elvira se acerca a preguntar a la mesa donde están Madame Bombón y Pruden.

—Poca cosa, Elvira, cuando tengamos algo más os informo. De momento no hay hilo del que tirar.

Pruden asiente, atenta a lo que su amiga cuenta. Observa cómo Elvira cruza la mirada con ella, y Pruden baja la cabeza para evitar que descubra las fantasías que tiene con su marido. Madame Bombón examina con atención a su amiga cuando Elvira vuelve al lado de Clemente.

—Te veo diferente, ¿qué te pasa? Te veo, así como…

—¿Cómo qué? —corta Pruden y da un sorbo a su segunda copa de anís.

—Pues… coquetona. Te arreglas más, sonríes y hasta te maquillas. Quién te ha visto y quién te ve. Me estoy imaginando qué diría Rodrigo si te viera de esta guisa aquí, sin él.

Pruden se remueve incómoda en la silla y termina su copa de anís. La rellena de nuevo y, sorprendiéndose a sí misma, habla elevando la voz.

—Ea, ¿qué pasa? ¿Qué yo no puedo gustar? ¿Te parece gracioso, amiga?

Madame Bombón chista para que baje el tono.

—No —sigue Pruden—, estoy harta de callarme, de ser invisible, de echarme a un lado, Leo.

—Tranquila, amiga. No quería ofenderte.

—No, tú nunca quieres ofender. Tú lo sueltas todo y te quedas tan ancha —añade Pruden mientras se levanta bebiéndose la copa de anís de un solo trago—. Pues aquí, esta pánfila, esta sosa, ha tenido más admiradores además de su marido. En el pasado y también ahora. Que lo sepas.

—¿Ah, sí? —dice Madame Bombón riéndose—. Me lo habrías contado, amiga.

—No te rías tanto, comadre.

—Vale, no quería molestarte. Cómo te pones.

—Ea, me pongo como me tengo que poner, Leo.

—Admiradores, dice, qué risa.

—Pues sí, admiradores —Pruden hace un breve silencio—, que sepas que a uno de esos admiradores lo conoces muy bien.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es, Pruden? Venga, dilo, amiga.

Desde la barra, Lucita y Felipe las miran discutir, también algunos clientes han dirigido la vista hacia ellas. Clemente y Elvira las observan. Y el jolgorio en el sofá donde Pablo y su novia Claudia se han besado durante parte de la tarde, ajenos a las risas de sus amigos, ha terminado. Ven a Pruden de pie y cómo Madame Bombón, desde su silla, está retando con la mirada a su amiga para que hable.

—Tu Felipe, tu Felipe, comadre —susurra con rabia y deja de golpe la copa en la mesa—. Hala, ya lo he dicho. Por eso no quiero verlo. Porque es un desgraciado que hace mucho tiempo nos rompió la vida. A ti y a mí. Y lo va a hacer otra vez.

Madame Bombón no dice nada. Mira a Felipe furibunda; él no es capaz de sostenerle la mirada.

Pruden se marcha de la confitería tambaleándose y en uno de esos tambaleos toca por unos segundos los dedos de la mano de Clemente. Él la mira y la ve subir abatida los dos escalones de la entrada de la confitería. Pepito, adormilado, se relame cuando se cierra la puerta tras los pasos de la mujer.

***

Pa, pa, pa… Suena una y otra vez.

¿Por qué ha dicho eso Pruden, Felipe? pregunta Madame Bombón al retrato en blanco y negro que cuelga de la pared del salón. Por eso os vi hablar así en la calle, alterados.

Pa, pa, pa…, resuena a lo lejos.

Madame Bombón se seca las manos con el paño de la cocina y acude al dormitorio de Lucita. La encuentra, como otras veces, en el suelo, con las piernas cruzadas y la mirada fija en el tentetieso de madera que se balancea adelante y atrás picando el suelo con su nariz de Pinocho. Lucita no se inmuta cuando entra la luz del pasillo a su habitación. Observa el vaivén del tentetieso. Pa, pa, pa…

—Hija —susurra Madame Bombón desde el marco de la puerta—. ¿Puedo ayudarte?

Lucita no contesta, ni siquiera levanta la cabeza para mirar a su madre. Madame Bombón cierra y la luz del pasillo se empequeñece para entrar por

la rendija de la puerta de la habitación, iluminando las rodillas de Lucita y el tentetieso de madera.

Pa, pa, pa.

Capítulo 18

Esta noche, los escalones que dan a la buhardilla de la Francesita no parecen tan desgobernados como en otras ocasiones. Madame Bombón los sube ligera, deprisa. Las suelas de sus zapatos resuenan sobre cada uno de ellos, anticipando así la tormenta que se avecina.

Cuando llama a la puerta del ático lo hace con fuerza, da dos golpes secos que perfectamente podrían derribar esa puerta endeble. Nadie contesta desde dentro. Vuelve a intentarlo. No recibe respuesta.

Madame Bombón mete la mano en el pequeño bolsillo delantero de su falda azul marino y coge la copia de la llave de la buhardilla, una llave minúscula que introduce en la cerradura con suavidad. La gira y al oír que se abre, empuja la puerta y entra. Mira en el baño, debajo de la cama, pero Felipe no está.

Observa atenta la cama de la Francesita. Hay cartas sobre la colcha de hilo, todas revueltas, mezcladas. También están los vestidos que encontró Felipe: el vestido de lentejuelas azul noche y el vestido de mikado rojo. Se acerca a los pies de la cama y acaricia maravillada los tejidos de las prendas. Observa las cartas sobre la colcha.

No puedo esperar a estar entre tus brazos. París será nuestro. Será la llave de nuestra libertad. No aguanto más aquí, necesito estar contigo cada segundo. Pronto, mi muñequita.

Madame Bombón lee de forma voraz cada carta, llora, ríe, se acalora con ellas, vive ese gran amor. Pierde la noción del tiempo y cuando Felipe llega a la buhardilla la encuentra sentada en el borde de la cama, con una carta en la mano izquierda y un pañuelo de tela en la derecha. Las lágrimas se deslizan por sus mejillas. El sol del amanecer empieza a inundar la estancia.

—Leo, puedo explicártelo. Pruden y yo nunca quisimos haceros daño. Ni a Rodrigo ni a ti.

Madame Bombón levanta la cabeza y ve a Felipe frente a ella. La rabia vuelve a instalarse en su mirada. Él no ofrece buen aspecto. No se ha afeitado y tiene los ojos cansados. Madame Bombón sigue ensimismada con las cartas. Con un gesto de la mano en la que sostiene el pañuelo pide a Felipe que espere. Sus ojos se mueven por cada línea de tinta negra hasta llegar al final. *Siempre tuya, querido amor*.

—¿Qué es todo esto, Felipe? —pregunta Madame Bombón mientras señala las cartas y la ropa que hay sobre la cama.

—Las cosas de la Francesita. Estaban guardadas en el armario.

—¿Por qué no me lo has contado?

—Creo que ahora nosotros tenemos algo más importante de lo que hablar que sobre estos trapos y estos papeles, ¿no crees, Leo?

Madame Bombón no contesta, omite el comentario. Aún le cuesta asimilar la traición de su amiga Pruden y de su marido en el pasado. Hoy usa la técnica del avestruz como siempre vio hacer en su familia. Que el tiempo pase y ponga cada cosa en su sitio. Ella acaricia los vestidos, coge las cartas, las huele y sorbe por la nariz las lágrimas que se le han escapado.

—¿Te has dado cuenta de que las caligrafías no coinciden?

—Leo, por favor, hablemos. No podemos seguir así.

—Mira, aquí es más estilizada. En las que escribe el amor de la Francesita. Así la hacía mi abuelo. Qué bonita hacía la letra mi abuelo. Y aquí es más redonda.

Felipe agacha la cabeza y se da media vuelta dispuesto a marcharse.

—Además, el tipo de papel aquí es diferente. El de las cartas de la Francesita es más suave y el de las cartas de su amante parece más grueso, más tieso. Pero verás… —Madame Bombón revolotea alrededor de la cama y pone a trasluz del ventanal algunas de las cartas—, en las últimas cartas el papel es el mismo, todas las cartas, las de los dos, y la escritura, casi idéntica, aunque aquí parece imitar las letras alargadas. Te has dado cuenta, ¿verdad?

Sí, para estas cosas eres muy listo, seguro que sí. Es como si hubieran querido copiar la letra y hasta las expresiones.

Felipe da un paso más hacia la puerta mientras niega con la cabeza.

—Yo no podía más, Leo. Tú no eras tú.

—Y los vestidos, ¿eh, Felipe? ¡Qué calidad! Y qué cinturita. ¿Te acuerdas de cómo era la mía? —dice poniéndose las manos arriba de las caderas, ignorando las palabras de Felipe—. Madre mía, y mírame ahora.

Madame Bombón ríe de forma estruendosa mientras pone el vestido azul noche sobre su cuerpo. Sus caderas sobresalen y el azul oscuro de su falda combina perfectamente con las lentejuelas del vestido, creando una silueta curiosa.

Los rayos de sol del amanecer inciden sobre las cartas extendidas en la colcha de flores rosas y rojas. Las motas de polvo revolotean con fiereza cuando Madame Bombón deja el vestido de color azul noche sobre la cama y coge otra carta. Ahora mira a Felipe, que sigue de espaldas en el marco de la puerta, preparado para marcharse de nuevo. Madame Bombón lee un fragmento de una carta:

> *No puedo imaginarme una vida sin ti porque sé que tú eres mi razón de vivir y pongo la mano en el fuego por este amor incondicional que nace de lo más puro y hermoso. Sé que siempre nos respetaremos y nos querremos como hoy lo hacemos.*
>
> *Tú serás mi piel y yo seré tu luz.*
>
> *Por siempre, tu muñequita.*

—Qué bonito, ¿verdad? —susurra Madame Bombón—. Si tuviera aquí delante a la Francesita dejaría que siguiera con esa ilusión, que una cuando es joven es cuando tiene que ser feliz. Luego ya solo llega la responsabilidad, las decepciones, la enfermedad… Las muertes a tu alrededor acechan, temes ser la siguiente y, lo que es peor, cuando crees que ya lo sabes todo, que nada te puede sorprender, llega…, ¿sabes qué llega, Felipe? La traición. Una más.

—Leo, lo siento.

—La traición más rastrera que existe. Y créeme que no lo digo por ti, de ti hace mucho que dejé de esperar algo bueno. Pero mi amiga, ¿de verdad, Felipe? —dice Madame Bombón apretando los dientes—. ¿Con mi amiga del alma? ¿La que me sostuvo y me acogió cuando yo no era más que un despojo? Ella, que me abrazó tantas noches después de que te fueras con esa cabaretera. ¡Con una mano delante y otra detrás me dejaste, Felipe! Y ella, ni una palabra, ni una me ha dicho en todos estos años, ¿cómo es posible?

—Leo, lo siento tanto. Siento verte así, de verdad —se disculpa mientras extiende su mano hacia Madame Bombón, que se limpia las lágrimas—. Pero reconoce que no eras tú. No estabas para mí, no estabas para tu amiga. Solo estabas para ese bebé que no llegaba.

—Otra vez, Felipe. Otra vez me echas la culpa. Me culpas de tus traiciones, de lanzarte a los brazos de otras. A los brazos de Pruden, me cuesta hasta decirlo, de la berlinesa y de tantas que yo no sabré. Dime, ¿sobre qué brazos te eché yo con mi depresión, con mi tristeza? Dime. Durante ese tiempo, por una vez en mi vida, estuve pendiente de mí. De intentar conseguir lo que los dos, o eso creía yo, queríamos. Eso no justifica vuestra traición. Pobre Rodrigo, pobre de mí también. Qué lástima.

—Solo te pido que nos entiendas, Leo.

—Que os entienda, dice. ¿Te acuerdas, Felipe?, cuánto nos reíamos los cuatro. Rodrigo tan cariñoso siempre con Pruden y ahora tan seco, tan ausente con ella. Y yo poniéndole a parir cada tarde de domingo con ella. Sepa Dios cuánto dolor tiene ese hombre dentro. ¿Él lo sabe?

Felipe se encoge de hombros y no cruza su mirada con los ojos verdes de Leo, que ya no chispean ni de juventud ni de picardía. De pronto ve cómo sus párpados se caen hacia los lados sin fuerza para sostener una mirada alegre, vital.

—¿Qué voy a hacer ahora, Felipe? Dime. Ahora los domingos serán como un día cualquiera en la confitería: amasar, hornear, servir cafés, atender

a los clientes… —se lamenta Madame Bombón—, sin el ratito de risa y charla con mi amiga del alma.

—No se ha muerto, Leo. Habla con ella, de verdad.

—¿Qué sentido tiene ahora? Se ha roto todo por dentro, hay un abismo dentro de mí, Felipe.

Mientras se miran, con la tristeza en los ojos y las lágrimas en las mejillas de Madame Bombón, se escuchan unos pasos que suben lentos por los escalones que llevan al ático.

—Si es Pruden, dile que no estoy —pide Madame Bombón mientras se esconde dentro del pequeño aseo.

Felipe se gira hacia la puerta y ve a una chica joven, rubia, con el pelo largo.

—Buenos días.

—Buenas —saluda Felipe mientras Madame Bombón abre una rendija en la puerta del aseo—. ¿Necesitas algo?

Felipe mira a la chica de abajo arriba, sin disimulo. Parece haber olvidado la conversación con Madame Bombón porque su voz se vuelve enérgica y una sonrisa boba se instala en su boca.

—Verá, no sé si me conoce.

—Creo que no, pero si puedo ayudarte … —susurra Felipe con picardía.

—A veces voy a la confitería de abajo. —Felipe asiente—. Sé que la chica que vivía aquí ha desaparecido.

Madame Bombón abre un poco más la puerta del aseo. La chica gira la cabeza hacia allí al escuchar el chirrido de las bisagras.

—Sí, pero ya no vive aquí —responde Felipe.

—¿Y sabe dónde está? —La chica observa las cartas revueltas y los vestidos que hay sobre la colcha de hilo.

—No. Se marchó y no supimos más de ella.

—¿Es verdad que la chica desapareció sin avisar a nadie? —Felipe asiente con la cabeza—. Como él.

—¿Cómo quién? —pregunta Felipe extrañado.

—Verá, en el edificio de enfrente —la chica señala el ventanal— vive un chico que es amigo mío…

La chica mira hacia la puerta y avanza dos pasos, despacio. Mira a Felipe, que le hace un gesto con la cabeza para que continúe hablando.

—Puedes salir, Leo.

Madame Bombón chista al escuchar su nombre, agarra el pomo redondo de la puerta blanca y la abre despacio. Sale cabizbaja, como una niña pequeña que es regañada tras hacer una travesura. El moño de su cabeza se tambalea despeinado. Disimula colocándose la falda y al ver a la joven rubia la reconoce.

—Anda, me da en la nariz que aquí hay más de una traición, Felipe. ¿No te parece? —dice Madame Bombón mientras mira a la chica fijamente.

—No es lo que piensa, señora.

—Como puedes comprobar, guapa, no hemos nacido ayer.

—Eso no nos incumbe, Leo.

—Que no me llames así, Felipe —le dice apretando los dientes—. Entonces, buscas al chico de enfrente porque es tu amigo y te preocupa donde está, ¿verdad? ¿Y qué tiene que ver eso con la muchacha que vivía aquí?

—Es que ella y mi amigo… —Madame Bombón carraspea— en cierta manera se conocían.

—¡Eso es mentira! Nosotros lo sabríamos.

—Cálmate, Leo, deja que la chica se explique.

La muchacha se dirige al ventanal y acaricia las hojas de papel blanco que hay sobre el escritorio. Mira hacia el piso de enfrente y comprueba una vez más, pero desde otra perspectiva, que está vacío, que no queda ni un solo mueble. Les cuenta a Felipe y a Madame Bombón que a veces veían a la Francesita desde la terraza. La observaban escribir sobre la puerta que hacía de mesa, y que más de una vez habían cruzado la mirada.

—Él se había obsesionado con ella. No se conformaba con verla desde la distancia.

—Muy temperamental ese amigo tuyo —ironiza Madame Bombón.

Felipe le hace un gesto a la chica para que continúe con su relato.

—Llegó un momento en que él pasaba la mayoría del tiempo en la terraza. Las últimas veces que fui a visitarlo tenía el piso revuelto, sucio, todo lleno de papeles con anotaciones.

—¿Y qué decían esas notas? —se interesa Felipe.

—No lo sé, pero estaban por todas partes. En el sofá, en el suelo, en la mesa del salón…

—¿Y por qué no leíste esos papeles?

—Sé que algunas hojas tenían bocetos de ella. Eran bocetos muy sencillos, con el rostro difuminado porque desde la distancia no podíamos ver bien sus rasgos, pero sí se podía reconocer perfectamente a la chica que vivía aquí. Con el pelo corto en una melenita morena y los labios rojos.

—Tenemos que ir a ese piso, Felipe.

—No encontrarán nada —responde la chica bajando el tono de voz—. Vengo de allí, el piso está vacío. Y miren. —Les hace una señal para que observen desde el ventanal el edificio de en frente—. Por eso me he atrevido a venir e intentar averiguar algo más.

—¿Y desde cuándo no ves a tu amigo?

La chica se sienta sobre uno de los lados de la cama. Puede ver el ventanal y la terraza del piso de enfrente. Las plantas han comenzado a secarse. Las hojas caen por falta de agua. Madame Bombón observa tras el cristal en un intento de averiguar algo más, pero su vista ya cansada no consigue enfocar con claridad.

—Coincide con el día en que desapareció la chica —dice agarrándose las manos con nerviosismo.

—¿Y cómo sabes que fue ese día? —pregunta Felipe mientras se sienta al lado de la chica.

—Pablo, él me contó la historia.

Madame Bombón chasquea la lengua. Se mueve por la sala como un sabueso, como una detective que por fin ha encontrado una pista interesante.

—¡Ay, Felipe, que el vecino la ha secuestrado o le ha hecho algo peor!

—¿Tienes las llaves del piso?

—Sí, vengo de allí, pero como les dije no van a encontrar nada —advierte Claudia, y muestra un pequeño llavero con forma de corazón del que cuelgan dos llaves.

Los tres salen deprisa de la buhardilla y bajan los escalones lo más rápido posible.

***

Felipe y Madame Bombón regresan a la confitería con la ilusión de aparentar normalidad, pero el manojo de nervios que se les ha formado en el pecho los vuelve torpes. Hoy Madame Bombón se mueve más como un pollo sin cabeza que como un pez en el agua.

El día en la confitería está llegando a su fin. El sonido metálico de las cucharas, de la cafetera y de las voces de los clientes alzándose para hacerse oír ya es imperceptible. Entre los pocos clientes que quedan está la mujer de la lotería. Hoy ha puesto gran empeño en conseguir premio. Lucita la ha visto cerrar los ojos y murmurar con una moneda en la mano, para después rascar con ímpetu cada cartón. Así en distintas ocasiones y en cada una de ellas sin premio. Mañana habrá más suerte, le dice Madame Bombón al retirarle la taza de café y el platito con los restos de hojaldre y azúcar glasé del milhojas. Madame Bombón se dirige a la barra, arrastra los pies, hoy la losa en la espalda ha caído antes de tiempo. Felipe recoge la taza y el plato que ella ha dejado sobre la encimera brillante, ambos se miran con los ojos tristes.

El piso del vecino del edificio de enfrente estaba completamente abandonado. Los muebles vacíos, ni una nota, ni un solo boceto con las facciones de la Francesita. Tan solo, en mitad del salón, un botón dorado con el dibujo de un ancla. Seguro que es de ella, sugirió Madame Bombón; pero podría ser de cualquier amante, completó Claudia.

La mujer de la lotería recoge sus cartones y los guarda en el bolsillo de la gabardina. Se agacha para acariciar a Pepito tras las orejas y, sin decir adiós, se marcha.

Hay otra mesa ocupada frente a la barra. El chico no ha pedido nada para tomar y ya es la hora de cierre. Cruza la mirada con Lucita, que permanece atenta desde la torre de vigía que es la barra. Él retuerce la servilleta de papel una y otra vez, nervioso. Cuando ya no quedan más clientes saca de su bolsillo un boli con la funda plateada y escribe algo en la servilleta que ha dejado arrugada.

A lo lejos se oyen los cacharros que Madame Bombón friega en el obrador. También los silbidos de Felipe, que alterna con algún improperio al ordenar cajas en el almacén. El chico del boli plateado se levanta y se dirige a Lucita para entregarle la servilleta. Ella la coge. En una esquinita del cuadrado de papel puede leer una palabra: *¿Paces?* Lucita sonríe y asiente con los ojos azules brillantes. Guillermo también.

Capítulo 19

La losa que cae sobre las espaldas de Lucita y de Madame Bombón cada noche al cerrar la confitería parece disolverse con la luz del día. Ambas sonríen tras el primer café. Bajan las sillas de las mesas con agilidad y preparan los platitos sobre la encimera de la barra para servir los cafés: cortados, solos, solos con hielo, con leche, manchados, en taza, en vaso… Madame Bombón coloca en el mostrador los bollos suizos, magdalenas, *croissants*, milhojas, fritos de crema, bombones y pastas de té.

Ese hueco que queda ahí es para mi pulpo, madre, le dice Lucita con una sonrisa burlona. Nunca dejarás de intentarlo, hija. Así cada día. Es la táctica que siempre le ha funcionado a Lucita y que bien ha aprendido de su madre.

Una noche, tras leerle un cuento, Lucita le preguntó por qué el príncipe había besado a la princesa si ella no se lo había pedido. Y su madre, que siempre había dado por hecho que el cuento era así, que no era más que una historia popular, aprovechó la ocasión. Aconsejó a Lucita que, si quiere algo, debe hacerlo saber, debe pedirlo; y que si algo le molesta, también tiene que decirlo. Y cuando desees algo, insiste, que aunque sea por pesada, seguro que te lo conceden, nunca dejes de intentarlo. Eso sí, siempre respetando al resto. Y con unos toquecitos en el muslo de Lucita niña dio por concluida la enseñanza del día y se marchó de la habitación para dejar dormir a la pequeña.

Desde entonces, Madame Bombón y Lucita insisten en lo que quieren hasta que lo consiguen. Y con el deseo del pulpo, la confitería se llena de clientes y el mostrador de dulces se vacía poco a poco.

La tirantez entre Felipe y Madame Bombón es evidente. El carrillón de viento de la entrada suena constantemente y madre e hija se mueven por la sala como dos bailarinas expertas.

Felipe arregla allí y allá algún zócalo suelto, pone tacos nuevos en las patas de las sillas, trata los taburetes para eliminar la carcoma y se revuelve cada vez que ve el reloj dorado, el que él mismo compró y que no da la hora desde hace dos décadas. Ahí está, en la vitrina de detrás de la barra, recordándole el momento en el que abandonó a Madame Bombón para irse a Alemania. Ha insistido en arreglarlo más de una vez, pero la negativa de Leo siempre ha sido rotunda.

Ese reloj le recuerda a Felipe cuánto enloqueció de pasión por una mujer que le sonreía en cada ensayo de baile en aquel local donde trabajaba arreglando enchufes, luces, rodapiés que se desprendían de la pared, cajones de los tocadores de las chicas. Él arreglaba aquí y allá por el día, hasta que poco a poco empezó a ir algunas noches a la semana, cada vez más. Pero no acudía para el mantenimiento del local, sino para ver los espectáculos, pero sobre todo a ella, que desprendía un olor a perfume ácido y dulzón. Recuerda a esa mujer por la que huyó a otro país y por la que se volvió adicto, no solo a ella sino también al alcohol, a las apuestas y a la mala vida. Recuerda cómo ayudó a criar a dos hijos de los cuales siempre sospechó que no eran suyos. Ni un rasgo físico, ni un rasgo de su personalidad. Apenas se parecían a su madre y no tenían absolutamente nada de él. Los quiso en cuanto los sostuvo entre sus brazos al nacer y los educó como propios porque nadie le dijo que no lo fueran. Oficialmente eran sus hijos y él, su padre. Los niños nunca dudaron de ello. Él, siempre.

Felipe era un pequeño calco de su padre, al igual que su hermano mayor y que su hermana pequeña. Los tres tenían el carácter y el ímpetu de su madre, sobre todo sus hermanos, pero el físico era como el de su progenitor. Sin gran estatura, con calvicie precoz y unos ojos que siempre parecían estar de broma. Hasta que un día, la vida te quita el brillo y lo cambia por la tristeza.

A su padre le desapareció la mirada burlona el día que falleció su esposa. Y a Felipe, el día que supo que su mujer no le había querido nunca, la mujer por la que había cambiado todo, una vida sencilla y feliz, por otra de pasión y destrucción, la mujer por la que había abandonado a Leo.

El día que supo que el cuerpo que tanto admiraba era manoseado y lamido por muchos más, el día que confirmó que los dos niños pequeños por los que habría dado la vida no eran sus hijos. Ese día a Felipe se le cubrió la mirada burlona con una débil membrana gris y, como a su padre, se le puso una tristeza en los ojos que ahora siempre está presente. La tristeza se instaló de forma progresiva, al mismo ritmo que las adicciones al alcohol y al juego manejaban su vida. Conforme las sospechas de infidelidad eran mayores, las adicciones también. Hasta el día que lo vio con sus propios ojos.

Me estoy cobrando tus deudas con el cuerpo de tu mujer, le dijo un hombre mientras seguía penetrándola sobre la mesa de la cocina. Ella reía a carcajadas a la vez que gemía.

Ese día guardó sus escasas pertenencias en la bolsa de viaje de cuero marrón y volvió al lugar donde había sido feliz hacía ya muchos años. No sabía si ella seguiría allí, en ese barrio en el que soñaron vivir cuando eran mucho más jóvenes de lo que son ahora. Fueron suficientes unas breves indagaciones con los vecinos para encontrarla. En cuanto traspasó el umbral de la confitería aquella noche, tuvo la certeza de que nunca debió marcharse.

En esos recuerdos estaba perdido Felipe, con la mirada fija en el reloj dorado, cuando Madame Bombón le propinó un codazo que le hizo salir de su pensamiento. Estaba en medio de la sala, ensimismado en el reloj parado y ella, que es incapaz de perdonarle una vez más, ahora se comunicaba con él a base de muecas, roces y miradas llenas de rabia.

Pruden no ha vuelto a la confitería desde la confesión que le hizo a su amiga Leo. Sin embargo, su hijo sí asoma el flequillo de nuevo por allí. Madame Bombón no puede evitar pensar en su comadre cuando ve allí a Guillermo.

—Lupita, tengo que hablar contigo —susurra Felipe a Lucita, que intenta colocar el máximo número de tazas posibles en la barra para agilizar los pedidos de cafés.

—Lu-*ci*-ta —responde ella muy despacio exagerando la sílaba central.

—Eso he dicho. Verás, ayer supimos que la novia de tu querido Pablo tiene un lío con otros chicos, al menos con uno. —Lucita abre con asombro sus ojos azules.

—No estoy para bromas. Además, mi madre ya me lo habría dicho.

Felipe se sienta frente a la barra en uno de los taburetes de terciopelo verde y cuenta a Lucita todo lo que ocurrió ayer en la buhardilla. Narra de la misma forma en la que se cuentan las películas de acción. Exagera el modo en que apareció Claudia, la visita al piso del edificio de enfrente y todas las hipótesis que manejan respecto al caso.

—Así que, si yo fuera tú, no dudaría en lanzarme en cuanto aparezca Pablito por aquí —dice Felipe dando dos golpes con la palma de la mano sobre la barra.

Lucita sonríe ilusionada mientras prepara un café solo y una copita de anís para don Marcial. Sonríe como ella supone que lo haría una niña pequeña frente al escaparate de una juguetería.

—Qué bonita caja tiene ahí, don Marcial. —Lucita deja sobre la mesa el café, la copa de anís y un hojaldre de manzana por cortesía de la casa. El corazón le late con ímpetu.

Don Marcial asiente mientras agarra con fuerza la lata roja de galletas. Sobre la mesa hay un lápiz para marcar las palabras de la sopa de letras: hastío, amor, lugar, magia, dolor… Cada cierto tiempo mira a Madame Bombón, ella le pregunta con los ojos. Cada cosa a su tiempo, le dice él. Y Madame Bombón, que no puede resistirse a un secreto ni a un buen escándalo, pasa la tarde de un lado a otro de la sala como un león enjaulado. Cuanto más se acerca a la mesita donde está don Marcial, más fuerte sujeta él su lata roja de tesoros.

—Hay que tener cuajo, don Marcial, para presentarse aquí con una caja de galletas —se queja Madame Bombón—. Porque no creo yo que usted la use de costurero.

—Pues tengo habilidad para la costura, no se crea. —Don Marcial señala un botón de su camisa.

—Ande, pase al obrador y me cuenta —le indica dándole con la mano en el brazo.

En la barra, Lucita y Guillermo hablan y hablan sin descanso. Hazlo, le propone él, plántale un beso así, de sopetón, que no se lo espere. Como el príncipe a la Bella Durmiente, dice Lucita mientras ríe con él como lo hacía antes de la ruptura de su amistad. Guillermo bromea. Solo ellos se ríen de algo que nadie más puede entender. Son sus bromas, sus chistes, sus ocurrencias. Solo de ellos, de nadie más. Estos dos están muy tontos, deja caer su madre al pasar por su lado de camino al obrador con don Marcial.

La harina está extendida en la isla del obrador, los bollos suizos fermentan en la encimera y el almíbar de las rosquillas impregna con su aroma toda la estancia. Don Marcial se sienta en el único taburete que hay en la sala. Un taburete redondo que ajusta a su altura haciendo girar el asiento. Vuelve a coger su lata de galletas con las dos manos y a una señal de Madame Bombón con la barbilla para animarle a hablar, empieza a relatar su historia.

Don Marcial fue un niño privilegiado, hijo de un militar y de una enfermera que no ejercía pero que estaba disponible las veinticuatro horas del día para su marido y para su hijo. Era una cuidadora. Nunca tuvo un hermano, algo que su padre reprochaba a madre e hijo con asiduidad. El nacimiento de don Marcial no fue fácil. Resultó largo, doloroso, agotador para la parturienta y el bebé. Ese día, su padre trabajaba sin descanso mientras su madre se retorcía de dolor a causa de las contracciones, en la cama en la que don Marcial había sido concebido nueve meses antes a base de sacudidas toscas.

Desde su propio despacho oía los alaridos de su mujer y esperaba cada hora el informe del parto. Una enfermera, que había sido compañera de estudios de la madre de don Marcial, atravesaba el pasillo a toda prisa para llegar al último cuarto, donde se encontraba el despacho del futuro padre, que entre bocanada y bocanada de humo de tabaco recibía la misma información: aún no ha nacido, pero su mujer es fuerte. Él asentía mientras miraba sus papeles y expulsaba despacio el humo del cigarro. La enfermera volvía a marcharse para asistir a la parturienta y, a la hora, de nuevo corría al despacho. Así durante casi las veinticuatro horas que duró el alumbramiento. El niño nació sano, con unos pulmones que se llenaron pronto de aire para producir el llanto más potente que jamás se había escuchado en esa casa. Nunca más se volvieron a oír esos llantos y sonidos blandos de recién nacido.

Las complicaciones del parto imposibilitaron un nuevo embarazo. Su padre, que siempre quiso tener la casa llena de criaturas a las que nunca podría atender más allá del sustento económico, reprendía a don Marcial niño a la mínima oportunidad. Bastaba un trenecito que estuviera fuera de sus raíles, una pequeña mancha en el pantalón, la raya del pelo despeinada o una carrera por el pasillo para llegar a la cocina a merendar picatostes con azúcar. Con eso era suficiente para que las voces de ese hombre vestido de verde hicieran temblar los muros de la casa. En esos momentos la madre se agachaba a la altura de Marcial niño y le secaba las lágrimas con ternura. La madre sonreía, y el niño también.

—Y así crecí, señora. Hice todo lo que se esperaba de mí para ser un hombre decente y admirado por su padre. Incluso me enamoré de quien debía, de una chica de la misma posición económica y con los mismos valores que a mí me habían inculcado desde niño. Unos valores con los que en ocasiones no estaba de acuerdo. Pero aprendí a ocultar y disimular todo pensamiento diferente al resto, sobre todo a mi familia y a los amigos de nuestra misma clase social —dice don Marcial con sorna.

Y se enamoró de alguien como él. Habían aprendido a ocultar sus inquietudes, sus pensamientos más transgresores que los de sus progenitores, y habían aprendido desde niños a cargar con la apariencia y el miedo al qué dirán.

Marcial y su enamorada vivían contenidos en su propio deseo de reír de forma espontánea, no dejaban que la libertad se apoderase de sus gestos, de sus cuerpos, de sus maneras de hablar.

Por eso ahora le incomoda tanto el descaro de Madame Bombón cuando la oye reír de modo escandaloso. Se enfada consigo mismo por sentirse molesto ante ese tipo de actos que otras personas hacen con total naturalidad por esa misma razón, por el hecho de ser cosas naturales e inherentes al ser humano. Le da rabia no ser capaz de hacerlo él, de dejarse llevar a pesar de los años. Porque las familias como la suya no hablan más alto de la cuenta ni hablan de más. Todo sonrisas y buena educación, pero solo de puertas para afuera. Su padre era un hombre serio pero amable, incluso cariñoso con las amistades y los familiares, excepto con él y con su madre.

Por eso Marcial y Luz, a solas, reían con la boca abierta hasta mostrar las muelas, bailaban con todo el cuerpo, aunque algo rígido por la costumbre de la contención, e imitaban la forma de hablar del personal de servicio solo por sentir el placer de ir contra las imposiciones sociales, contra sus familias, aunque fuera en la intimidad.

Don Marcial sonríe mientras relata su vida desde el taburete del obrador y Madame Bombón lo mira ensimismada.

—Luz… Qué nombre tan bonito.

Don Marcial abre la lata de galletas rojas y busca la foto de la pareja que está apoyada en la barandilla de un estanque. Se la entrega a Madame Bombón.

—Qué elegantes, qué guapos, don Marcial.

Él sonríe y le muestra los dos anillos impolutos, brillantes como los ojos verdes de Madame Bombón, empañados en lágrimas.

—Entonces…, ¿es viudo, don Marcial?

—Casi. Y de ahí mi enfado con usted al descubrir que su Felipe —Madame Bombón se vuelve a persignar por la costumbre al oír su nombre— no estaba muerto.

—¿Casi viudo?

—Sí, verá, fue la gran desgracia de mi vida. —Don Marcial suspira antes de comenzar el relato—. Ella montaba a caballo, su pasión desde niña. Pero una mañana la confianza de experta la traicionó. Cabalgó en un caballo recién llegado a la hípica. Un caballo imponente. Alto, con el pelaje castaño, brillante como el sol. Era una belleza. Y Luz, subida en él, irradiaba felicidad. —A don Marcial se le empañan los ojos—. Apenas quedaban unos días para la boda. Yo había ido a la hípica para ultimar detalles porque el banquete iba a ser allí. Y lo vi, vi todo lo que un hombre a punto de casarse y —hace una pausa— enamorado no debe ver.

—Dios mío.

—Cabalgaba a gran velocidad, como tantas veces lo había hecho a lo largo de su vida. Nunca nos había parecido peligroso. El caballo, que se llamaba Canela, por cierto, brincó un obstáculo y Luz cayó al suelo.

—¡Virgen santísima! —se lamenta Madame Bombón mientras mira la fotografía de la pareja.

—No había sangre, eso nos tranquilizó. Una caída sin más, pensamos. Pero verá, señora, ese día aprendí que a veces es mejor expulsar la sangre, al igual que el dolor o la rabia. Luz perdió el conocimiento y la sangre que esperábamos ver en alguna parte de su cuerpo resultó estar dentro de su cabeza. No sobrevivió. En cuestión de minutos mi Luz se apagó.

Madame Bombón se limpia las lágrimas que se derraman por su mejilla.

—Estaba tan hermosa. Parecía dormida. Con su pelo moreno, su piel blanca y sus labios rojos. Por eso, señora, quiero que entienda el motivo de mi inicial enfado y de mi decepción.

—Demasiado que quiso usted hacer las paces conmigo, don Marcial —dice Madame Bombón con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Pero no conocía mi historia. No puedo enemistarme con usted por algo que desconocía, que yo no le había contado. Actué mal con usted, señora.

—Cuánto ha debido de sufrir, don Marcial. Le agradezco la confianza y le aseguro que su historia no saldrá de aquí.

—Se lo agradezco. Me temo que la suya sí ha salido del obrador. —Madame Bombón chasquea la lengua.

—Ya, es que no cambiarle yo el nombre a mi Felipe…, qué ignorante. Tan espabilada para unas cosas y para otras, ya ve. Pero yo de la suya… —Madame Bombón cierra su boca con una cremallera invisible—. Aunque yo le digo una cosa, don Marcial, todos tenemos secretos.

—Secretos no lo sé, pero recuerdos sí, y a veces pesan más que los propios secretos.

—Claro, recuerdos… —susurra Madame Bombón.

Cuando salen del obrador, la sala de la confitería ya está vacía y tan solo la ilumina el resplandor de las farolas de la calle. Madame Bombón acompaña a don Marcial hasta la puerta. La noche es una noche sin luna y la losa ha vuelto a caer sobre su espalda.

Capítulo 20

Más maquillaje y más perfume que de costumbre. Así se ha preparado hoy Lucita. Su madre la observa y la juzga sin disimulo. Ella ignora sus comentarios y por primera vez agradece a Felipe —aunque no se lo dice— la forma en que la mira. Está ilusionado. Lucita dirige la vista hacia la puerta de la entrada una y otra vez. Nunca se sabe cuándo puede aparecer Pablo.

Del obrador sale el olor del aceite caliente, del anís y de la canela. Hoy es el día de las rosquillas y Madame Bombón las ha dejado apiladas en el mostrador. Ha colocado unas sobre otras con mimo para formar una pirámide perfecta. Las rosquillas no tardan en desaparecer. Cada cliente que atraviesa el umbral del local es encandilado por la gran sonrisa de Madame Bombón. El dulce le deja tan buen sabor de boca que tras la persuasiva frase de «Coja otra que una se queda en el diente», el cliente repite y compra media docena para llevar a la familia. Madame Bombón coloca en una bandeja cada rosquilla como lo hace al construir la pirámide, con suma delicadeza, y las envuelve con un papel verde donde aparece el nombre de la confitería, La confitería de Madame Bombón, y lo ata con una cuerda de color marfil que deslía y anuda con destreza tras tantos años de práctica. Y así un cliente tras otro, hasta que la pirámide de rosquillas desaparece.

El carrillón de viento de la entrada suena una y otra vez. Lucita gira ansiosa la cabeza con la ilusión de ver a Pablo aparecer. Desde la barra, Lucita ve a Pepito que sigue el aroma de las rosquillas con el hocico.

—Don Marcial —anuncia Madame Bombón al dejar sobre la mesa su café solo y la copa de anís—, esta noche no he pegado ojo con su historia.

—Créame que lo siento, señora.

—No, para nada. Me ha llevado a pensar, con eso que dijo de los recuerdos.

—Sí, todos los tenemos.

—Efectivamente, como diría usted. ¿No cree que la Francesita no tendrá algo por ahí? Algún recuerdo sobre su vida, su familia… Algo más que esas cartas que no nos sacan del punto muerto en el que estamos.

Don Marcial se encoge de hombros y antes de poder dar una respuesta ve cómo Madame Bombón desata su delantal y desaparece de la confitería por el acceso al almacén.

Los escalones desgobernados parecen facilitar la búsqueda de la Francesita. Cada vez que Madame Bombón sube por ellos es como si se volvieran dóciles, menos empinados, menos irregulares. O tal vez sea su cuerpo, que vibra por conseguir un fin, y en ese afán le responde como hacía años. Ella, que no tenía más preocupación que la de salir adelante con su negocio y que no le faltase nada a su hija, ahora convive con la presencia de su marido no muerto y la desaparición de una muchacha a la que ha tratado como a una hija. Es mi responsabilidad encontrarla, se dice a menudo.

Saca del bolsillo la pequeña llave que abrirá la puerta de la buhardilla. Hoy no hay nada sobre la cama. Las cartas están colocadas en el escritorio; la ropa, dentro del armario y la bolsa de Felipe, en un rincón de la habitación.

Abre la puerta central del armario, el espejo gastado le devuelve una imagen borrosa de sí misma. Por un momento cree estar viendo a su abuela. El mismo peinado, los mismos ojos risueños, las mejillas sonrosadas y la misma vida de trajín para seguir adelante. Ojalá esa imagen que le devuelve el espejo fuese de verdad su abuela, cogiéndole de la mano para llevarla a la cocina y enseñarle a hacer bizcocho de limón, mantecados y hojuelas. Hoy las rosquillas han volado, abuela.

Acaricia de nuevo la tela de los vestidos, las lentejuelas brillan con el reflejo del sol. Revuelve en el armario, solo hay ropa. Hojea una vez más las cartas, nada nuevo. Mira por el ventanal hacia el piso del edificio de

enfrente, que sigue vacío. No hay mucho más donde buscar. No hay más muebles, ni más rincones donde poder guardar secretos.

Se dirige hacia la puerta para marcharse como ha venido, sin nada, sin ninguna pista, y al cerrar la puerta ve el colchón torcido sobre el somier. Vuelve a entrar y lo levanta con todas sus fuerzas. Debajo del pesado colchón encuentra un sobre. Es un sobre grande, amarillento y con un escudo familiar en una de las esquinas. Emocionada, se sienta en la silla frente al escritorio. Respira profundamente y lo abre. Revisa una y otra vez cada documento, cada fotografía que encuentra. Sus ojos verdes brillan de emoción.

***

Rodrigo se ha sentado en el sillón tras la cena mientras Pruden recoge los platos vacíos. Guillermo hoy no ha cenado en casa. El silencio solo se rompe por el sonido de la televisión.

—Se me revuelven las tripas con las noticias —se queja Pruden mientras deja los platos en el fregadero.

Nadie responde al otro lado. Pruden ve desde la ventana de la cocina que da al salón cómo Rodrigo mira la pantalla. Sabe que la ha escuchado, pero hace demasiado tiempo que no se dicen nada. Ella se siente incómoda e intenta rellenar esos silencios, pero sigue sin recibir respuesta, apenas un triste monosílabo. Hoy Pruden se arma de valor.

—¿Sabes, Rodrigo? Al menos antes podía oír tu voz cuando te enfadabas. Ya ni me acuerdo de cómo es.

—Qué tonterías dices.

Pruden, que acaba de ponerse los guantes para fregar, suspira. No merece ese trato, no quiere aguantarlo más y sale de la cocina. Se acerca al sillón donde está su marido.

—No tengo por qué aguantar esto, Rodrigo. No me lo merezco.

Rodrigo mira el informativo de la noche y ni siquiera gira la cabeza para encontrarse con Pruden.

—Que me mires —le dice ella. Él resopla.

—No, Rodrigo, hasta aquí hemos llegado. He sido tu esclava durante años y jamás he recibido una muestra de agradecimiento. Jamás. No me merezco este trato.

Rodrigo por fin reacciona y gira todo su cuerpo en el sillón. Ve a Pruden, de pie a su lado, con los guantes amarillos de fregar y el delantal anudado a la cintura. La observa por primera vez en mucho tiempo. Ve el paso de los años en ella.

—¿Y yo, Pruden? —pregunta levantándose muy despacio del sillón—. ¿Yo sí me lo merecía?

—¿Qué dices, Rodrigo? ¿Acaso te falta algo? ¿Acaso no tienes comida todos los días, ropa limpia y la casa impoluta? —Pruden lo observa, reconoce a pesar de los evidentes cambios físicos al chico que fue—. ¿No es suficiente?

—¿Y a ti? ¿Te ha faltado algo durante todos estos años? ¿No te lo di todo? —Rodrigo levanta la voz—. Dime, ¿qué te faltaba a ti, Pruden? ¡Dímelo!

Pruden se quita lentamente los guantes amarillos de fregar y se sienta en una de las sillas que hay alrededor de la mesa redonda del salón. Ve el dolor en los ojos de Rodrigo. Las respiraciones agitadas impregnan la sala.

—Dios mío —susurra Pruden.

Agacha la cabeza y se tapa la cara con las manos. De golpe todo el pasado, todas las certezas caen sobre ella. Tantos años, y no ha sido capaz de verlo.

—Desde el día en el que nos entregaron las llaves de este piso, Pruden. —Ella niega con la cabeza una y otra vez, con los ojos incrédulos—. Os vi a los dos, aquí mismo. En este salón, vacío todavía, con el yeso por limpiar aún.

—No, no, no puede ser.

—Parecíais vosotros los recién casados. ¡No nosotros, Pruden!

—¿Y todos estos años sin decir nada? ¿Lo has tenido ahí guardado? —se lamenta Pruden señalándole desde la mesa el pecho con los dedos. Rodrigo asiente mientras intenta que las lágrimas no se desborden por sus mejillas.

El recuerdo atraviesa la mente de Rodrigo como si hubiera pasado ayer. Aquel día dobló turno en la fábrica y Pruden se encargó de recoger las llaves en la oficina de la constructora. Estaba ilusionada, por fin iban a formar un hogar en un barrio nuevo, con parejas jóvenes como ellos y donde podrían ver crecer a sus hijos. Una niña y un niño. La niña se llamaría Amelia y el niño, Guillermo. Hubo varios abortos espontáneos después del nacimiento de Guillermo, y la niña nunca llegó.

Ese día, después de recoger las llaves, Pruden se dirigió a la pensión en la que vivían en aquel momento y donde habían conocido a Felipe y a Madame Bombón, que, por entonces, aún era Leocadia, Leo para ellos. Las dos parejas, de edades similares y momentos vitales muy parecidos, eran inseparables. Habían vivido un tiempo en la misma pensión hasta que Rodrigo y Pruden, tras la muerte del padre de ella, recibieron una pequeña herencia. Con ello el colchón de ahorros creció y pudieron pagar la entrada de un piso.

Felipe y Leo también soñaban con eso, pero los sueldos en los diferentes trabajos de mantenedor, electricista, fontanero, costurera, limpiadora, cocinera, pastelera, etcétera, no eran suficientes para ahorrar y poder comprar su propia vivienda. Leo sentía envidia —de la buena, decía— por sus amigos, pero lo cierto es que no dejaba de fantasear con abandonar la vida de pensión en pensión y poder tener una casa junto a Felipe, igual que sus amigos Pruden y Rodrigo.

Ese día, en el que Pruden llegó feliz a la pensión con las llaves del piso, se encontró con Felipe cuando iba a tomar un café en el bar de la plaza. Pruden le contó que ya tenía en su poder las llaves de su nidito de amor con

Rodrigo. Y lo que empezó como una broma terminó siendo el gran cambio de su vida.

Pruden y Felipe tenían un sentido del humor parecido que a menudo irritaba a sus parejas: Rodrigo y Leo, a quienes no les gustaban esas bromas pero que aguantaban estoicamente cuando Pruden y Felipe se compinchaban.

Ese día, Felipe le propuso a Pruden hacerse pasar por pareja para ver la casa ya construida. Les pareció divertido bromear con el conserje que estaba a cargo del piso piloto. Al llegar, los dos se quedaron quietos a escasos metros del edificio, admiraron el bloque de siete plantas que se levantaba frente a ellos. En ese momento, Felipe cogió de la mano a Pruden y el conserje, que esbozó una sonrisa pícara, les invitó a entrar. La risa inundó a la falsa pareja.

Pruden enseñó a Felipe cada habitación de forma teatral, como una niña en la noche de Reyes Magos. Iba de una estancia a otra, mientras explicaba en voz alta a Felipe cómo quería amueblar y decorar la casa. Ambos reían y Felipe escuchaba con atención las ideas de Pruden.

—Aquí quiero poner una de esas mesas modernas de cristal tan bonitas que hay ahora. Para tomarme el café mientras veo una película, de las que me gustan a mí. A Rodrigo no le gustan las románticas. —Se habían vuelto a coger de la mano.

—Sería maravilloso tomar café todos los días contigo y ver esa película juntos, Pruden.

Ella sonrió tímidamente y apretó la mano de Felipe.

—Bueno, una película o una telenovela. Eso seguro que ya no te gustaría tanto.

—Me gustaría todo contigo, Pruden.

Ella lo miró y vio cómo Felipe se acercaba cada vez más. Su corazón latía con fuerza. Pruden no se apartó. Dejó que Felipe la besara en ese piso vacío y salpicado de yeso por limpiar.

De aquello hacía demasiados años, pero Pruden no puede evitar estremecerse al recordarlo mientras observa el rostro de Rodrigo.

—¿Por qué nunca me has contado que nos viste?

—¿Qué iba a cambiar eso? —La televisión sigue encendida, amortigua así el dolor de cada palabra—. ¿Acaso nos habríamos separado?

—No, porque yo te quería con locura, Rodrigo. Aquello no tuvo que pasar.

—Lo que más me sorprendió, Pruden, es la naturalidad con la que os comportasteis después. Si no os hubiera visto, jamás habría imaginado algo así de vosotros.

Pruden coge los guantes amarillos de fregar y los cambia de lado en la mesa redonda del salón.

—Jamás supe si habíais estado más veces juntos. Si le acariciabas a escondidas. Si hacíais el amor. Jamás lo supe y siempre he vivido con esa duda, torturándome. Jamás volví a confiar en lo que me contabas. Cuando me hablabas de otros temas insignificantes, no sabía si era cierto o si me lo contabas para no tener que hablar de ti. De ti y de mí, Pruden. También sé que Felipe ha vuelto al barrio. ¿Por qué no me lo has dicho?

El silencio vuelve a inundar la sala. Pruden se levanta con los guantes amarillos en la mano y los deja sobre la mesa de cristal de café, que ya no parece tan moderna. Observa a Rodrigo en su sillón; ha vuelto a girar la cabeza hacia el televisor.

—Rodrigo, dime una cosa. ¿Te ha merecido la pena esta vida de desconfianza y de rencor a mi lado? —Rodrigo calla, sigue con la mirada fija en las imágenes que le ofrece el informativo—. Porque a mí no me ha merecido la pena esta vida de servidumbre, de esclavitud, de silencios.

Pruden se acerca al sillón. Le llega el olor de Rodrigo, el olor del jabón tras haberse aseado al llegar de la fábrica y que se mezcla con los restos de sudor.

—¿Por qué no lo dijiste? ¿Por qué nunca me dijiste que nos habías visto?

Rodrigo suspira y gira la cabeza. Las lágrimas inundan sus mejillas. Es la primera vez que Pruden lo ve llorar de esa manera. Se levanta para estar más cerca de ella. Parece un gigante en medio del salón.

—¡Porque no soporto la idea de levantarme y no tenerte a mi lado, Pruden! Porque a pesar de todo, siempre te he querido. Desde el primer día hasta hoy, Pruden. Te quiero con toda mi alma.

—¡Pero me quieres mal! —se queja Pruden con rabia mientras se aparta para impedir que Rodrigo le acaricie la cara—. Me quieres sirvienta, me quieres esclava, me quieres atrapada.

Pruden ni siquiera recuerda el tacto de las manos de Rodrigo sobre su cuerpo. Un cuerpo que ya es irreconocible para ambos.

—No es cierto, Pruden.

—¿Ah, no? Y cómo puede ser que nunca hayas sido capaz de decirme que lo sabes, que te duele, que me odias por ello. —Rodrigo niega con la cabeza—. Por un error que me ha pesado siempre. Nos habrías liberado, a ti y a mí.

—No, Pruden. No habría cambiado nada, habríamos seguido aquí los dos. —Abre los brazos abarcando parte del salón—. Solo que tú sufrirías más, porque tú también sabrías de mi dolor. Cargarías con el tuyo y con el mío.

—Pero sabes que yo no era capaz de confesar algo así. No podía hacerte daño por algo que había sido un error.

—¿Un error? Estuviste en cama varios días después de que Felipe se largara con esa alemana.

—No es verdad.

—Llorabas todos los días y todas las noches. Me decías que te dolía la cabeza. Y yo intentaba cuidarte y no me dejabas. Estabas tirada en la cama parte del día, hundida, menos en los momentos que ibas a casa de tu amiga a consolarla. Parecía que te habían abandonado a ti. ¿Quién consolaba a quién, Pruden?

—Tenías que haberme dicho que lo sabías.

—Ya… Y tú a mí que lo querías a él. Pero no, Pruden, tú tienes que agradar a todo el mundo. Que nada esté mal. Lo que pasa es que a veces hay que confesar las verdades, por muy dolorosas que sean para todos.

Pruden agarra la mano de Rodrigo. Levanta la cabeza para buscar su mirada, pero él la evita. Tras un pequeño gesto de los dedos, él inclina un poco la cabeza y se miran.

—Llevas razón, no puedo agradar a todo el mundo. Y siento empezar a dejar de hacerlo ahora, contigo. —Rodrigo niega con la cabeza—. Se acabó. No nos merecemos esto. Ni tú ni yo. Tú no eres feliz conmigo.

—Pero no imagino una vida sin ti, Pruden. Me he acostumbrado a esto, a nuestra manera.

—A tu manera, querrás decir. La vida es mucho más bonita que estas cuatro paredes de amargura, Rodrigo. Es mejor asumirlo y comenzar de cero.

—Claro, podemos comenzar de nuevo, pequeña.

—Hace años que no me llamas así —dice Pruden mientras apoya todo su peso sobre las puntas de los pies para sostener la cara de Rodrigo con las dos manos—. No, no podemos comenzar de nuevo.

—¿Por qué? —Las lágrimas resbalan por las mejillas de Rodrigo.

—Porque yo no quiero, Rodrigo. Ni tú tampoco, aunque ahora no lo veas así. No queda nada.

—Sí queda, eres tú la que no lo ve.

Rodrigo baja la cabeza y besa a Pruden en los labios. La besa suave, de forma delicada. Ella se deja llevar como lo hizo con Felipe tantos años atrás. Hoy Pruden hace el amor con su marido. Lo hacen con cariño, con suavidad, con la desesperación de sostener algo que se ha hundido.

***

Madame Bombón ha reunido a casi todos en la confitería. Solo falta Pruden, aunque su ausencia es ocupada por Guillermo que, intrigado por el misterio de la Francesita, se ha unido a don Marcial, Felipe, Elvira, Clemente y a su recuperada amiga Lucita.

La curiosidad de todos crece según pasan los minutos. La impaciencia de Elvira es notable, come un merenguito de limón tras otro para calmarse. Clemente se mueve inquieto en la silla. Mira a Guillermo a cada momento, ve el parecido que tiene con su madre e intenta preguntarle por ella en más de una ocasión. Abre la boca, pero no emite sonido alguno.

—¿Y a este qué le pasa? —pregunta Guillermo al oído de Lucita, que se encoge de hombros.

Madame Bombón está de pie, frente a todos, se mueve de un lado a otro con un sobre marrón en la mano. Todos hablan a la vez.

—Ay, querida, empieza ya que nos tienes en ascuas. Siempre igual.

—¿Pues no dices que no te interesa nada este asunto, Elvira?

—Solo viene por los pasteles gratis —reprocha Felipe.

Elvira lo fulmina con la mirada mientras se incorpora para coger un merenguito más. Clemente aún no ha probado las trufas y don Marcial ha cambiado el café solo por una manzanilla. El estómago le está dando la lata desde hace unos días.

—Veréis, amigos, he vuelto a subir a la buhardilla en busca de pistas que nos puedan llevar al paradero de la Francesita y resulta que… —anuncia Madame Bombón de forma solemne— este sobre marrón que tengo aquí contiene…

—¡Ay, hija, qué intrigante te pones! ¿Venga, qué tiene?

Madame Bombón suspira mientras hace un hueco en la mesa apartando los dulces y la bebida. Limpia con la bayeta el mármol blanco para quitar los restos de hojaldre y los fideos de chocolate de las trufas. En un gesto ceremonioso, vacía el contenido del sobre.

Hay papeles, dinero, fotografías, unos billetes de tren a París y una invitación de boda con la fecha de hace cinco meses. En la invitación

aparecen dos nombres ilegibles, han sido raspados con un utensilio afilado: una navaja, una cuchilla o tal vez la punta de una pluma. Sobre todos los documentos ha quedado visible una fotografía en color sepia. Aparecen seis personas. Llama la atención que todas son mujeres, a excepción de un hombre que mira al frente.

El único hombre que aparece en la imagen viste un elegante traje oscuro. Encima de los labios destaca un bigote francés bien peinado que parece la sonrisa en un rostro serio. Está sentado y en la mano izquierda sostiene un bastón con el puño metalizado. Detrás de él, con una mano sobre su hombro, una mujer de edad similar. Le adorna la frente una cinta con una pluma, a juego con el vestido recto que le cubre las rodillas. Al lado de ella, tres chicas dispuestas de mayor a menor estatura, como si de una escalera se tratara. Todas llevan joyas que les cubren los lóbulos de las orejas y el cuello. Los vestidos, elegantes como el de la mujer, se adecúan a la edad de cada una, que debe rondar entre los quince y los veinte años. Dos de ellas tienen el pelo oscuro como el padre y la otra, claro como la madre; todos comparten rasgos similares y la tez pálida, según se intuye por la fotografía de color sepia.

Podría tratarse de una familia feliz, pero nadie sonríe, nadie parece dichoso en esa imagen. Lo que más llama la atención es lo que una de las jóvenes sostiene entre los brazos sin un ápice de emoción: un bebé. Apenas se ve con claridad, pero dentro de un gorrito blanco y un traje con un faldón acabado en puntillas, tan largo que llega a cubrir las rodillas de la joven que lo sostiene, asoman unas mejillas, una pequeña nariz y unos labios anaranjados sobre el tono sepia de la fotografía. El bebé parece dormir plácidamente, ajeno a la seriedad de sus acompañantes.

Todos los parroquianos están de pie con la espalda encorvada sobre la mesa donde Madame Bombón volcó el contenido del sobre hace unos instantes. Sus cabezas chocan entre sí, asomadas para encontrar información en esa imagen.

Las chicas son tan parecidas que podrían pasar perfectamente por la misma persona, a pesar de tener diferentes edades. No hay nada que aporte nueva información salvo los rasgos familiares de las jóvenes. Tan solo una pista en el reverso de la fotografía, un nombre: Nadia.

Todos guardan silencio, Madame Bombón parece desesperarse ante la evidencia de lo que ve en la imagen y que nadie más parece observar. Aún hay más documentación que estudiar entre todos y que se encuentra debajo de ese retrato familiar. Madame Bombón se dispone a informarles sobre eso cuando el carrillón de la entrada suena. Todos giran la cabeza hacia la puerta y ven a un chico con aspecto desaliñado. Tiene el pelo rubio revuelto, la camisa desabrochada y la cara sucia. Lucita se levanta de la silla y se acerca a él veloz. Está borracho.

—¡Pablo! —dice Lucita sujetándole del brazo—, ¿qué te ha pasado?

—Anda que…, a buenas horas traes tú el café hoy. Y menuda pinta, hijo mío —recrimina Madame Bombón.

Capítulo 21

Madame Bombón prepara un café bien cargado mientras Pablo relata su historia. Todos escuchan atentamente para descifrar las palabras que pronuncia mal debido al alcohol y a la herida que tiene en el labio. Las erres han desaparecido de su vocabulario y tan pronto habla alto como su voz se convierte en un susurro que se mezcla con llanto y rabia.

—Sí, Claudia se *acuesssta* con mi *hedmano* —explica mientras hace aspavientos con las manos—. No, no quiero más café. Quiero *moridme* aquí mismo, delante de todos *vosotosssss*.

—Ay, la juventud de hoy en día, qué exagerada es —dice Elvira.

—Mi *hedmano* y mi *nooovia* —repite una y otra vez—, mi *hedmano* y mi novia.

—Pero ¿quién es tu hermano, alma de cántaro?

—Vive ahí. —Pablo apunta con la mano hacia la puerta de la calle.

Felipe y Madame Bombón se miran con la certeza en los ojos: saben quién es ese chico del que habla Pablo.

—Madre mía, Felipe, que ese chico va a ser el que tiene secuestrada a la Francesita. —Felipe resopla.

—No nos precipitemos. No tiene por qué ser responsable de nada.

—O sí… —responde Pablo antes de cerrar los ojos y dar una cabezada.

Todos hablan a la vez. Guillermo los observa con atención como quien mira la televisión, con la tensión y el deseo de descubrir la historia.

Todos intentan asimilar que Pablo y el chico del edificio de en frente son hermanos, nunca los han visto juntos. Pero lo que más alboroto ha ocasionado entre los parroquianos ha sido el momento en el que Pablo ha

bajado el tono de voz y, arrastrando cada una de las palabras, ha confesado que su hermano padece una enfermedad mental. Lo ha dicho bajito, con vergüenza, como quien confiesa algo espantoso, deleznable.

En ese momento, Madame Bombón y Elvira ponen el grito en el cielo. ¡La ha matado a la pobre chica!, exclaman. Don Marcial intenta sin éxito establecer algo de calma. Y Pablo, en su estado de embriaguez, consigue explicar que su hermano no supone ningún peligro pero que a veces pasa algunas temporadas ingresado en un centro y otras vive de forma independiente, pero nunca ha sido un peligro para nadie, repite.

Normalmente es capaz de vivir solo y gestionar su vida. Todos parecen relajarse al escuchar esto. Pablo recupera poco a poco sus facultades mientras el alcohol desaparece de su sangre con lentitud. Llora cuando nombra a Claudia, confiesa que ella conoce la historia de su familia. Ella sabe de cada mudanza obligada por la presión de los vecinos.

—Era aún más difícil lidiar con ellos que con los brotes de mi hermano, relata Pablo. Llora como un niño pequeño al que le acaban de arrebatar un juguete.

Observa todos los papeles que hay desperdigados sobre la mesa. Los mira con extrañeza.

—Verás, Pablo —informa Madame Bombón de forma suave—, creemos que tu hermano ha tenido algo que ver con la desaparición de la Francesita.

Pablo abre los ojos y asiente, resignado.

—Sí —suspira Felipe—, Claudia nos ha dicho que tu hermano y la Francesita desaparecieron el mismo día. Y que, además, él estaba obsesionado con la chica.

Pablo se encoge sobre la silla y emite un llanto agudo que estremece a los parroquianos, excepto a Guillermo que le da un toque con el hombro a Lucita. Aprovecha, le susurra. Ella niega con la cabeza.

—¿Cómo encajamos todos estos papelujos con lo del hermano loco de este muchacho? —Clemente mira con reproche a Elvira.

—No lo sé, Elvira —responde Madame Bombón—. Pablo, ¿crees que ha podido hacerle daño a la Francesita? —Pablo se encoge de hombros.

—Mañana será otro día. Mejor que el muchacho descanse —dice Felipe.

Don Marcial se toma el último sorbo de la infusión de manzanilla y se levanta. Es el primero en marcharse. Arrastra los pies hacia la puerta, el dolor de estómago no ha remitido y le obliga a mantenerse encorvado. Sube los dos escalones con dificultad, mira a Pepito y hoy no le escupe la palabra «chucho». Sale a la noche fría, que se le clava como alfileres en unos pómulos que hace tiempo perdieron la firmeza de la juventud.

Poco a poco todos se marchan de la confitería. Clemente se ha acercado un par de veces a Guillermo, pero no se ha atrevido a pronunciar palabra.

Elvira vocifera improperios para que camine hacia la puerta mientras se deshace en elogios hacia su pequeño Tiramisú. Salen los tres a la calle y Elvira lanza una pregunta tras otra sobre lo ocurrido en la confitería. No se las hace a Clemente para que le responda, ni siquiera a Tiramisú. Ella lanza todas las incógnitas como quien profiere cuatro gritos al aire para calmar su desazón. Hasta ahora la búsqueda de la muchacha no era más que un entretenimiento para ella y una excusa para Clemente, que así podía estar cerca de Pruden, pero con el giro de los acontecimientos no pueden dejar sola a Madame Bombón con este asunto de la Francesita.

Felipe ha acompañado a Pablo hasta el camastro del almacén, donde ahora duerme profundamente.

Guillermo también se despide. Bosteza al desear una buena noche a Lucita, se abrazan y sonríen cómplices.

—Anda, Guillermo, querido —pide Madame Bombón en un tono más bajito de lo habitual—, dile a tu madre que baje pronto a hablar conmigo.

—Claro —susurra Guillermo y le planta un beso en la mejilla sonrosada que resuena en la sala vacía de la confitería.

Felipe y Madame Bombón atraviesan el almacén para ir cada uno a su lugar, ella a su piso y él a la buhardilla. Pablo ronca. Lucita termina de recoger la sala, sube una a una las sillas para poder barrer el suelo. El azúcar glas está esparcido sobre la mesa, hay cercos de café que crean dibujos sobre el mármol blanco. La puerta del almacén se ha quedado entreabierta y Lucita observa a Pablo dormir. Aún tiene el pelo revuelto.

Pablo siempre tiene algo en la mano con lo que hacer ruido: una servilleta, un bolígrafo, un clip de metal para enganchar los albaranes de los pedidos del café… También alguna herida de la que presumir: un dedo raspado, una uña a punto de desprenderse, un ojo morado por algún golpe con un mueble… Hoy su cara está arañada y el labio inferior partido, por las caídas que ha sufrido a causa del alcohol, heridas que mañana le recordarán el dolor físico, pero sobre todo el emocional.

***

—Pasa un momento, Felipe, necesito hablar de esto con alguien y Lucita se ha quedado abajo con Pablo. No me gusta eso —le dice Madame Bombón al llegar al rellano de su piso.

Felipe se queda frente al quicio de la puerta, quieto. Avanza el pie derecho y al segundo lo devuelve al lado del izquierdo, duda de las intenciones de Madame Bombón. Ella le indica con la mano que pase. Se quita los zapatos y los deja sobre el suelo de madera con dibujo de espiga, coge las zapatillas de estar por casa de color azul marino y se las pone con la misma dificultad de siempre. Primero un pie, luego el otro.

Felipe espera detrás de ella. La visión que le ofrece la escena es la de un trasero que intenta no perder el equilibrio al descalzarse. De nuevo, le gusta lo que ve y siente el impulso de darle una palmada, como hacía en los tiempos felices, y ella, su Leo, reía a carcajadas. Le decía mira que eres tonto,

pero él sabía que le encantaba. Pasar a ese piso de nuevo con ella le hace imaginar cómo sería su vida si él no lo hubiera estropeado todo. Otra vez. Le vuelve la culpa que le pesa cada día un poco más. Lo que pudo haber sido y no fue es un manto negro que le cubre la espalda.

—Anda, pasa y siéntate en el sofá —ofrece Madame Bombón cuando se incorpora tras calzarse.

Felipe observa de nuevo su retrato en blanco y negro en la pared del salón con la mirada fija con la que observa cada cosa que ocurre en esa casa. Ahora mismo el Felipe del retrato tiene una perspectiva distinta a la del Felipe real, el de carne y hueso, el que desea a esa mujer que le habla.

—¿Por qué no me quitas de ahí, Leo? —propone mientras señala su imagen en la pared.

—Porque así recuerdo lo que me hiciste, Felipe. Lo de Pruden y lo de la alemana y lo que no sé, pero me imagino. —Leo se encoge de hombros—. La verdad es que me he acostumbrado a verte ahí. Y la niña también.

Felipe no se atreve a decir nada más, ha decidido aguantar estoicamente cualquier reproche de Leo, de Pruden llegado el caso e incluso de Lucita, si se tercia. Se merece todo lo que digan y más.

—¿Te has dado cuenta de que seguimos sin sacar en claro nada de las cartas? Y ahora lo del muchacho ese, que resulta que es un loco.

—No le digas así, Leo. De lo que me he dado cuenta es de que no hay ningún nombre en las cartas. Ni el de la Francesita ni el del amante.

—Bueno, pero no me dirás que no es romántico. Mi muñequita, mi amor…, qué bonito, ¿verdad?

Felipe agacha la cabeza.

—Sí, pero eso no es de utilidad. Tampoco en la invitación de boda. Están los nombres tachados, raspados. No tenemos nada.

—¿Y la foto de familia, Felipe? Ahí sí que hay un nombre detrás de la fotografía: Nadia. ¿Se llamará así la Francesita? Y, además, ya sé que ninguno lo ha comentado, pero yo creo que todos se han dado cuenta del bebé que aparece en esa fotografía.

Felipe asiente y se levanta del sofá para marcharse a la buhardilla. Coge la mano de Madame Bombón. Ella lo mira desde el sofá.

—No hay nada más que hablar, Felipe. Dejémoslo estar. Todo está lo bien que puede estar entre nosotros.

Capítulo 22

La mañana es soleada y los cuerpos están inquietos. Felipe ya ha destrozado dos tazas y tres platillos que se le han escurrido de las manos nerviosas. Los trozos de loza han quedado esparcidos por la sala. También se le han caído cinco cucharillas, que han roto el silencio con su estruendo metálico sobre el suelo.

Madame Bombón ha amasado varias veces la mezcla de harina, levadura, azúcar, leche, huevos y mantequilla de los bollos suizos y, despistada, la ha mezclado con la masa de hojaldre. Por un instante piensa en tirarla a la basura, pero en el último momento recuerda los primeros años en la confitería. En aquellos inicios, Madame Bombón se atrevía a experimentar con diferentes ingredientes. Aquellas noches en las que el dolor era insoportable, la ilusión por hacer de su confitería una de las mejores de la ciudad lo cubría con un velo transparente. El corazón dolía menos gracias a batir enérgicamente las claras de huevo para hacer merengue, las yemas para la crema pastelera, las masas para tartas, el chocolate para las trufas… Y su dolor, entre batir y batir, se convertía en dulces deliciosos a través de sus manos. La gran satisfacción llegaba poco a poco, con cada cliente embelesado gracias a sus creaciones.

Y en honor a esos primeros años, vuelve a la isla de mármol. Estira la masa, la separa en pequeñas porciones a las que da forma de bola con sus hábiles manos. Quiere comprobar si la mezcla del hojaldre con la masa de los bollos suizos merece la pena. Como siempre, serán los parroquianos quienes dicten el veredicto.

Lucita ya ha bajado todas las sillas de las mesas, al hacerlo las ha golpeado contra el suelo. Los tacos de las patas ya no amortiguan el ruido y

con cada golpe, Lucita dirige la mirada hacia el almacén. Pablo duerme, ajeno al ajetreo de la actividad en la confitería.

—Buenos días —saluda Clemente al bajar los dos escalones de la entrada.

—Buenos días —responden todos al unísono al escuchar la voz grave y aterciopelada de Clemente. Él se acerca a la barra y le muestra un mapa a Felipe.

—Este es el salón de bodas que aparece en la invitación. No se encuentra demasiado lejos, a una hora de aquí. Un poco más, tal vez.

—Vamos —dice Felipe mientras se quita el delantal y lo deja tras la barra.

Los dos hombres se dirigen hacia la puerta, y Pepito, que duerme tranquilo, respira fuerte, ajeno a la inquietud que habita en la confitería. Su rostro se asemeja al de Pablo. Los dos con sueño apacible, despreocupados.

Antes de subir los dos escalones, Felipe y Clemente se topan con la presencia de Pruden. Los dos la miran, pero ella solo ve los ojos de Clemente. De nuevo se rozan las manos al cruzarse.

Madame Bombón empalidece al verla entrar, a pesar de que esperaba ya la visita de su comadre. Lo bueno y lo malo de conocerse es saber lo que la otra va a hacer, y Leo sabía que su amiga aceptaría el recado que le dio su hijo Guillermo.

Desde que supo que Felipe y Pruden habían tenido algo en el pasado, ha ensayado lo que diría a su amiga en cuanto apareciera en la confitería. Esta noche ha practicado el discurso vestida con una combinación de color visón, repitiendo frente a su espejo ovalado de cuerpo entero lo que le diría. Ha observado su cuerpo mientras decía cada palabra. En cada repetición incluía algunas variantes para añadir más reproche al reproche:

Sabía que ibas a venir. Vamos, en cuanto se lo he dicho a tu Guillermo. Tú tan obediente siempre, Pruden. Que te dicen que hay que ir a comprar, pues vas y compras aunque no te vaya bien. Que tu Rodrigo ve un anuncio de costillas y se relame, pues tú vas y le haces costillas al horno. Que alguien te saluda un día un

poco más seco de lo normal, crees que tiene que ver contigo. Porque tú siempre piensas de más, te adelantas a las necesidades de los otros. Te olvidas de ti. Porque tu cabeza va sola, Pruden. Siempre preocupada, siempre displicente o como se diga. Siempre agradando, siempre a chitón, no se vaya a enfadar este o el otro.

Por eso no te reconozco. Desde luego que vas para actriz, hija, porque vamos, te daba yo a ti el premio de honor a tu carrera. ¿Cuántos años has ocultado esto? Veinte o veintitrés, más o menos, porque llevo yo aquí perenne casi veinte años, y ya llevaba viuda dos antes de abrir la confitería… Ya me entiendes con lo de viuda. Yo también merezco un premio a mejor actriz, sí. Actriz revelación. A mis años, ¿te imaginas?

Ay, Pruden, la de días aquí las dos limpiando mano a mano para que quedara la confitería como yo quería, aunque ese olor a humedad ya ves que no hay quien lo quite. Igual que hicimos con tu piso. ¿Te acuerdas qué ilusión teníamos las dos? Y algo de envidia, debo reconocer. Por fin una de nosotras iba a dejar las pensiones mugrosas para irse a vivir a un nidito con su marido. Qué cosas.

Por eso me cuesta creerme lo que me dijiste. ¿Cómo te iba a mirar mi Felipe a ti? Mi Felipe, que solo tenía ojos para mí. Aunque, mira, luego se fue con la cabaretera esa, así que solo para mí no tenía ni los ojos ni el cuerpo, visto está. Pero yo qué sé, Pruden, una cosa era la de Berlín y otra, tú. ¿Qué tenías tú que no tuviera yo?

Y tu Rodrigo, ¿qué? Que digo yo que no lo sabrá, porque si se llega a enterar habría mandado a mi Felipe al otro barrio antes de tiempo, porque con ese cuerpo que parece un gigante y ese carácter que se gasta... Fíjate, con lo que se reía antes y míralo ahora, serio, serio.

Madre mía, quién me iba a decir a mí que me iba a sorprender así la vida a estas alturas. Y todo a la vez, que si aparece mi Felipe, que si desaparece la Francesita y luego vas tú y me sueltas la bomba. Mi Felipe, pretendiente tuyo. A veces me río solo de pensarlo, otras lloro, claro. Que no, que me cuesta creerlo, comadre, que para mí que te lo has inventado para llamar la atención. Porque es verdad que con todo esto de la muchacha desaparecida te he dejado algo desatendida. No sé, chica. Por momentos te echo de menos y por otros digo, pues

mira, mejor así. Si yo no necesito más nada que a mi Lucita y mi confitería. Que aquí me dejo la vida cada día.

Que mira, que voy a hacer como hacíamos en el pueblo. Mirar para otro lado y a seguir. Que si tú quieres venir por aquí, yo no te voy a echar. No he mandado a mi Felipe a freír espárragos después de todo lo que me ha hecho penar, y no voy a echarte a ti, a la que ha sido mi amiga del alma. Tú ven y vamos viendo qué pasa con nosotras. Yo te pongo tu copita de anís y ya veo si me siento contigo o no, si te perdono del todo o no, el tiempo dirá.

Y todas esas palabras que tiene agolpadas en la garganta se empujan unas a otras cuando ve aparecer a Pruden, quieren salir para dejarle el cuerpo a gusto, desahogado, hueco.

—Buenos días, Leo —dice Pruden al bajar los escalones mientras Madame Bombón abre los ojos—. Venga, solo está Lucita, puedo llamarte por tu nombre. Si quieres lo digo completo.

Madame Bombón señala el almacén donde está Pablo con los ojos cerrados y una sonrisa en la boca. Todavía duerme.

El corazón de Pruden late fuerte, el de su amiga también. Las palabras parecen impacientes por salir y Lucita, al ver juntas a las dos mujeres, se marcha al almacén junto a Pablo. Le acaricia la cara dormida.

—Tú dirás —continúa Pruden con un tono distante.

La mirada de Pruden se ha endurecido y el gesto de su cuerpo también. No parece la misma a los ojos de Leo. No la reconoce. Ha llegado el momento de soltar el discurso a bocajarro. Las palabras están listas para atravesar su garganta y ser pronunciadas una a una por sus labios. Se dispone a abrirlos para dejarlas salir. Ahí van.

—Que puedes venir cuando quieras, Pruden. Que yo no te voy a echar.

—Vale —responde Pruden tajante.

—Pues, ale, nos vemos.

Y Madame Bombón se va al obrador mientras oye los taconcitos de los zapatos de Pruden alejándose hacia la puerta. Madame Bombón se refugia, como siempre, en el desorden de harina y azúcar y en el olor a

chocolate de los bombones que se enfrían sobre la encimera. Todos estos días y toda la noche, repetir y repetir cada palabra con el dolor agarrado en el corazón para ahora no ser capaz de pronunciar ni una.

Saca del horno los bollos hechos con la masa de hojaldre y de bollo suizo, tienen buen aspecto, y recuerda cómo anoche se quedó dormida con la cara empapada en lágrimas, encogida sobre sí misma, intentando entender el porqué de ese dolor. Por qué sentía ese pellizco en el pecho si habían pasado más de veinte años, si ya no quiere a Felipe. Pero la amistad también duele. Y duele mucho.

El carrillón de viento suena cuando don Marcial abre la puerta. Hoy también viene encorvado. El estómago no le da tregua y de nuevo ha pasado la noche en vela. Madame Bombón sale del obrador a su encuentro, tiene el rostro tenso tras la breve conversación con Pruden. Agarra del brazo a don Marcial y le ayuda a llegar hasta la silla de su mesa favorita. Él se queja al sentarse.

—De verdad, don Marcial, usted tiene que ir al médico lo antes posible.

Don Marcial asiente y sonríe, mientras abre su cuaderno de pasatiempos.

—No se preocupe, señora, se me pasará.

Una vez en la barra Madame Bombón lo mira de forma inquisitiva mientras prepara la infusión de manzanilla.

—Más vale la prevención que lamentar, don Marcial.

—Nada, ya me ha pasado alguna vez, en unos días estaré bien. ¿Y la niña?

Madame Bombón señala con la cabeza hacia el almacén. Lucita está sentada en el suelo al lado del camastro donde duerme Pablo. Don Marcial sonríe, Madame Bombón se queja.

—Estese tranquila, son jóvenes.

—Por eso mismo, don Marcial. Que la juventud es mala consejera.

Don Marcial pone un gesto de dolor tras el primer sorbo a la infusión de manzanilla. Deja el lápiz apoyado en la mesa y ríe de forma suave.

—No sabe lo que me ha pasado esta noche. —Madame Bombón niega con la cabeza—. Verá, como estoy con este dolorcillo de estómago, pues me puse, sabe usted, con mi maqueta del barco. Como le decía, si estoy entretenido parece que no le hago caso al dolor. Estuve dos horas aproximadamente, hasta que los ojos empezaron a cansarse y me senté en el sillón del salón. ¿Pues sabe qué pasó?

Madame Bombón escucha atenta a don Marcial, que se agota al hablar y pronuncia las palabras despacio y muy bajito.

—Pues resulta, señora, que me quedé dormido sin mi férula dental —Madame Bombón abre mucho los ojos—, y no ha pasado nada. Puedo hablar, no se han escapado las palabras. No me he quedado mudo como mi tío Ramón. Solo era cuestión de probar. Y todos estos años con ese miedo. Ay. —Se agarra el estómago.

—¡Qué cosa más rara! Impresionante que no haya perdido usted las palabras mientras dormía sin su aparatito. —Madame Bombón finge entusiasmo—. Si hubiera sabido esto usted antes… Ale, tómese la manzanilla y váyase a casa a descansar. Si hoy no mejora, al médico sin demora.

Aquí a todos nos falta un tornillo, musita Madame Bombón mientras se marcha a la barra a preparar los platos para las tazas de café. La clientela está a punto de llenar la confitería.

Pablo se despierta y ve a Lucita arrodillada al lado del camastro. Tiene la sensación de una caricia en la mejilla. Los resquicios en su sangre del alcohol ingerido el día anterior le mantienen confuso, aun así se lleva la mano a la mejilla para atrapar esa caricia que ha sentido tan real. Aún lo ve todo borroso porque no es capaz de despegar completamente los párpados.

—¿Tú crees que está bien que el príncipe bese a la Bella Durmiente sin su consentimiento? —pregunta Lucita sin mayor preámbulo.

Pablo no responde. Siente la boca pastosa, lo nota al hacer el intento de hablar. Nota un sabor desagradable, y percibe el olor de su cuerpo, que huele a sangre, a polvo y, como siempre, a sudor de dormir, como a vinagre y vainilla.

Lucita le ofrece un vaso de agua con una pastilla que aliviará las consecuencias del alcohol. Pablo mira sus ojos azules. Hoy, la barra que los separa en la confitería no está. Esa barra de madera de caoba con la encimera brillante donde él deposita las cajas de café y el albarán del pedido hoy no impide que se encuentren más cerca que nunca. Ella huele a moras y flores silvestres y ese aroma le da un aire de inocencia aún mayor que el habitual.

—Gracias —dice él al coger el vaso y la pastilla.

La voz sale ronca por su garganta, está quebrada, y él siente que dentro de su cabeza un globo se hincha y está a punto de estallar.

—Has dormido como un bebé toda la noche. Un bebé grande.

—Pues mi madre dice que cuando era bebé me despertaba a cada momento.

—Pues hoy has dormido del tirón. Fíjate que a veces he tenido que poner el dedo debajo de tu nariz para comprobar si respirabas o no.

Pablo sonríe incómodo. Lo han visto dormir toda la noche y no ha sido consciente de ello. Se incorpora despacio y se pone las botas, que están sucias de barro y de la sangre de sus heridas. Poco a poco los recuerdos llegan a su mente. Claudia, la Francesita, su hermano, cervezas en un bar, whisky en otro, voces, caídas, papeles revueltos, Tiramisú que intenta cazar migas de pasteles y, después, todo se funde a negro. No sabe cómo llegó a la confitería ni qué ocurrió.

—Gracias, Lucita. Voy a mi casa a ducharme, que debo de tener una pinta espantosa.

Lucita niega con la cabeza mientras sonríe. Pablo siente vergüenza al verse así. Se levanta del camastro con dificultad y oye cada uno de los huesos de su esqueleto. Nota que se recolocan para poder caminar. Al salir del

almacén se encuentra a Madame Bombón. Ella levanta la cabeza para mirarlo a la cara. Lucita hace un gesto de desagrado a su madre y ve cómo esta agarra el brazo de Pablo aún cubierto de polvo y lo dirige hacia la puerta que da al interior del edificio.

—Sal por el portal, muchacho, ¿o quieres que los parroquianos te vean de esta guisa? —Le da unas palmaditas en la espalda—. Ale, dúchate y luego vienes aquí para contarme más de tu hermano, ni se te ocurra no aparecer.

Pablo cierra los ojos, intuye que anoche habló demasiado. Si su madre se entera, le va a caer una buena. De la enfermedad mental de su hermano no se habla y menos fuera de casa. Si nadie lo sabe, a ojos de los demás serán una familia normal. Normal…, ¿qué es ser una familia normal? Que las personas no tendrán miedo de compartir un banco de la plaza con ellos, ni los vecinos de llamar a la puerta para pedir un poquito de sal o incluso invitar a alguien a merendar. Pero si la enfermad mental de su hermano se conoce, nadie les saludará en el patio interior, cerrarán con llave las puertas de sus casas cuando vaya a visitar a sus padres, no dejarán salir a la calle a sus hijas y rezarán para que se marche pronto. Que, si su hermano va a hacer daño, que lo haga en otro barrio, lejos de allí. Que les dejen tranquilos con el chisporroteo del aceite caliente que se oye en el patio de luces al freír unas patatas para la cena, merendando en paz un bocadillo de fiambre barato, que los secretos se queden entre los ladrillos de las paredes y no haya más ausencias que lamentar.

—Ale, ya se va el muchacho. Estarás contenta, hija. Tú ahí toda la noche, como un perrito faldero a los pies de su cama.

Lucita mira a su madre con desdén.

—Esta madre mía siempre dejándome en ridículo, ¿verdad, don Marcial? No se da cuenta de que es ella la que queda mal, no yo. ¿Quiere otra manzanilla?

Don Marcial niega con la cabeza. Está pensativo, con la mirada al frente. Los cuadernos de pasatiempos siguen cerrados sobre la mesita.

—¿Sabes, Lucita? En estos días en los que me está dando la lata el estómago, me da por pensar en todo lo que me gustaría hacer y no he hecho. —Lucita chasquea la lengua a modo de desaprobación—. Ir al mar, por ejemplo. Para ver si la brisa marina es tan buena para todos los males como dicen.

—Pues depende, don Marcial. Porque esa humedad a veces se mete en los huesos y es peor. Mi madre dice que somos de secano, ya ve, ni brisa ni briso. Y qué sabrá ella si yo soy de secano o no.

—¿Por qué tiene ese dolor, don Marcial? —pregunta Madame Bombón—. Algo le preocupa, seguro. A mí se me pone a veces así en la boca del estómago un nudo que no me deja ni comer. Desde que desapareció la Francesita estoy así, y después de lo de anoche, no le quiero ni contar.

Don Marcial se levanta despacio con un gesto de dolor en el rostro. Mete la mano en su bolsillo y deja unas monedas sobre la mesa. Mira a Lucita para asegurarse de que la muchacha ve la moneda que deja de más para ella. Se sonríen uno al otro.

—Me parece, señora, que nos hacemos mayores —responde don Marcial a Madame Bombón.

El hombre se dirige con dificultad hacia los dos escalones de la entrada. Pepito está despierto dentro de su camita, tiene restos de migas en el hocico. Hoy don Marcial ve de cerca los ojos de Pepito debido a la figura encorvada que le hace tomar el dolor de estómago. Hoy por primera vez reconoce su propia vejez en los ojos del animal.

La tarde transcurre con los mismos nervios de la mañana. Madame Bombón ha conseguido salvar la vajilla que se ha escurrido de entre sus dedos varias veces. Atiende mesas, repone el mostrador, pasa al obrador, sale de él y, entre tanto, susurra cada pista que se le ocurre respecto a la Francesita o al hermano de Pablo. Y mira nerviosa la puerta a la espera del regreso de Felipe y Clemente con noticias de su excursión detectivesca.

Más allá de ello, es una tarde como otra cualquiera. La mujer de los rascas de la lotería saborea su milhojas de nata, el abuelo y el nieto toman su

chocolate con churros. Pablo, que parece ausente, y sus amigos arman jaleo en el sofá de la entrada. Lucita lo mira de forma descarada, las magulladuras de anoche le parecen hipnóticas. También hay parejas jóvenes, de mediana edad, mesas de amigas, Elvira y Tiramisú en su pecho, Guillermo sentado en un taburete pegado a la barra y, al fondo, Pruden tomándose una copita de anís, sola.

Madame Bombón pasa cerca cuando atiende las mesas de al lado, pero hoy no se ha sentado con ella. Pruden la observa con ojos de cordero degollado cuando se aproxima. La dureza que tenía esta mañana en la mirada se ha disipado. Guillermo observa a su madre desde la barra y hace amago de sentarse en su mesa para hacerle compañía, pero la mujer le indica con la mano que no lo haga, sabe que su amiga se sentará con ella tarde o temprano. Pruden aprovecha que Leo merodea cerca de ella para hablar.

—Rodrigo se ha marchado de casa.

Madame Bombón está de espaldas a ella, recogiendo las tazas de chocolate vacías y los platillos con restos de churros de una mesa sin clientes. Cierra los ojos y cuenta hasta cinco. Se gira hacia su amiga y se sienta a su lado.

—Rodrigo lo sabía desde siempre, Leo. Nos vio a Felipe y a mí una vez en el piso.

—No quiero detalles, Pruden —zanja Madame Bombón de forma tajante.

—Por eso me ha tratado así todos estos años. No digo que no me lo merezca, pero —hace una pausa para sonarse la nariz— hemos desperdiciado la vida, Leo, y eso ya no tiene vuelta atrás. Siempre pensando en algún día, algún día… Y hoy, ¿qué?

—Pues que hoy es hoy y mañana Dios dirá, Pruden.

Madame Bombón no tiene más respuesta que dar ni consuelo que ofrecer, algo se ha roto entre ellas y el dolor es más grande de lo que podía imaginar. Mira hacia la puerta y ve entrar a Clemente, Felipe le sigue, meciendo su cuerpo al ritmo de su pierna maltrecha. Sus rostros no auguran

buenas noticias. Se acercan a la mesa donde se encuentran Pruden y Madame Bombón. La confitería se empieza a vaciar de clientela. Pablo, en cuanto los ve pasar, se levanta del sillón y se dirige hacia la mesa. Se suman al grupo Elvira, Guillermo y Lucita.

—Está abandonado. Es un caserío de piedra en el que no queda nada —susurra Clemente con su voz aterciopelada—. Había sillas y mesas preparadas para una boda, adornadas con centros de flores ya marchitas y secas, claro.

Pruden observa atentamente cómo Clemente pronuncia cada palabra mientras la mira a ella sin disimulo. Elvira tose de forma nerviosa.

—Nada, no hay nada de nada. Ni un hilo del que tirar —añade Felipe —, ese sitio parece un cementerio.

—Si es que tenía que haber ido yo —se lamenta Madame Bombón—, seguro que habéis pasado algo por alto y no os habéis dado ni cuenta.

—Bueno, tenemos la foto de familia —recuerda Felipe.

—Y a mi hermano, que espero localizarlo pronto.

—Tú y todos, querido —expresa Elvira—, por el bien de la sociedad.

—Mi hermano no es un criminal, es una persona que tiene una enfermedad. —Elvira pone gesto de desagradado—. He llamado al centro donde ha ingresado alguna vez, pero no saben nada de él desde hace unos meses.

Todos, cabizbajos, se marchan poco a poco. Pruden, al levantarse de la silla, se dirige a Felipe por primera vez desde que él volvió a la ciudad. Él la mira intrigado.

—Si vuelves a hacer daño a Leo, te las verás conmigo. Y ten claro que a mí no vuelves a liarme. Ya has destrozado muchas vidas, Felipe.

Capítulo 23

La mañana está tranquila y a Madame Bombón le escama la ausencia de don Marcial. Lucita intenta calmarla porque, aunque la mayoría de las veces sea el primero en llegar cada mañana, hoy el día está revuelto y su estómago debe de seguir como el tiempo. Querrá descansar, le dice.

Pero Madame Bombón, que conoce perfectamente los hábitos de cada uno de los parroquianos, se muestra nerviosa. Don Marcial no ha faltado ni una sola mañana desde que inauguró la confitería.

—Mira, hija, voy a subir a casa a hacer un caldito y se lo llevas luego a don Marcial, si te parece.

Lucita asiente. No suele aceptar de buen grado los recados que le encarga su madre. No soporta esa forma en la que pregunta si puede hacer o llevar o comprar cualquier cosa. Lucita quiere que su madre se lo pida a las claras, porque esas propuestas en realidad son órdenes que si no ejecuta como un buen soldado, conllevarán represalias para ella. Primero la queja, después el enfado, más tarde el victimismo de la madre que todo lo hace sola porque no tiene ayuda de nadie…

Lucita lo recuerda así desde poco después de llegar a la confitería, y con los años ha decidido que es una batalla que no quiere librar. Si su madre le pregunta, le propone o le sugiere un mandado, ella lo hace sin rechistar. Ha aprendido a aprovechar los beneficios de esos recados.

Si le pregunta si puede ir a comprar frutas para las tartas, pues Lucita aprovecha y da un largo paseo, después dice que la tienda estaba llena de gente y que los clientes no tenían prisa por comprar, y llega renovada a la confitería. Que hoy le pide el favor de subir la comida a don Marcial, pues Lucita se muestra encantada de hacerlo, porque ella también está

preocupada por él desde el momento en el que qué vio la mala cara que tenía a causa del dolor. Don Marcial nunca enferma, siempre está ahí, con su café solo y su copa de anís, dándole consejos, haciéndole compañía. Es parte de ese lugar y de su vida.

Lucita vuelve la atención a Guillermo y también a Pablo, que hoy ha llevado un pedido urgente de café que Madame Bombón ha hecho solo para poder obtener nueva información. Madame Bombón le ha repetido las mismas preguntas varias veces, igual que ayer y como el día en el que apareció magullado en la confitería. Pablo le da las mismas respuestas con más paciencia de la esperada porque no sabe dónde está su hermano, ni Claudia, porque él no lo está escondiendo y tampoco tiene noticias de la Francesita. Lucita reprende a su madre cuando ve que Pablo se siente incómodo. Ella, sin embargo, se siente bien a su lado. Se ha habituado a los nervios en el estómago y ha conseguido frenar el rubor de sus mejillas cuando Pablo la mira a los ojos de una forma en la que antes no lo hacía.

—Entonces tenemos unas cartas que, según Felipe, por lo que me dijo ayer, escribe ella misma. Las del novio y las suyas propias, además de la fotografía de la familia y la pista de mi hermano, al que sigo sin localizar. —Guillermo y Lucita resoplan.

—¿Y tus padres, Pablo?

—Mis padres saben que lo estoy buscando, pero no saben el motivo. Me avisarán si contacta con ellos.

—Y las cartas, ¿para qué iba ella a escribirlas? —pregunta Lucita.

—Ni idea, no sabemos qué ocurre dentro de la cabeza de una persona.

—Y un salón de bodas abandonado, no os olvidéis. Es todo cada vez más extraño —comenta Guillermo mientras golpea la encimera de la barra con la yema de los dedos.

Los tres miran un punto fijo, el reloj dorado con angelotes, sin añadir nada más.

Pablo termina su café y continúa con el reparto por el barrio. Guillermo sube a casa para seguir con el estudio de sus oposiciones. Al

menos, desde que se ha reconciliado con Lucita, ha cambiado el pijama por camisas y pantalones, además de pasar por la ducha todos los días. Se ha reencontrado con el Guillermo de hace unos meses.

Lucita vuelve a las tareas de la confitería. El mostrador de dulces se ha vaciado a lo largo de la mañana, tan solo quedan una napolitana de chocolate, algunos merenguitos de limón y un nuevo invento, resultado del despiste de Madame Bombón al mezclar por error la masa de bollo suizo con hojaldre, que han bautizado como «Francesitos». Por ahora los nuevos dulces no están teniendo buena acogida entre la clientela, la bandeja sigue llena; tan solo faltan un par de ellos que Lucita ofreció a Pablo y a Guillermo. De dos bocados se los comieron, mientras alababan una vez más la pericia como repostera de Madame Bombón.

Al mediodía, la confitería está tranquila. La clientela se marcha a comer a casa o a los bares cercanos.

Madame Bombón se marcha para volver al cabo de pocos minutos con un pote entre las manos. Es un pote granate que perteneció a su madre. El pote ha ido con ella a cada casa en la que ha dormido. En él cocinaba los caldos para todos los huéspedes de las pensiones en las que estuvo con Felipe. Ese pote ha alimentado a hombres que llegaban agotados de sus trabajos en las fábricas y en la construcción, a parturientas que no tenían una miga de pan que llevarse a la boca, a niños con las mejillas brillantes y sonrosadas que se lanzaban a las cucharas rebosantes de caldo como si jamás hubieran comido. También alimentó a los ancianos que entretenían con sus historias de juventud las tardes de verano. Y hoy ese pote va a alimentar a don Marcial, que ha estado en su pensamiento toda la mañana.

—Lucita, hija, ya puedes llevarle el caldo a don Marcial, hay para dos o tres días. Te he puesto dos puñados de fideos aquí —le enseña un pequeño bulto de tela—, por si le apetece más una sopa que un caldo así mondo y lirondo.

—Eso huele que alimenta, Leo —anuncia Felipe desde la mesa de don Marcial.

Lucita se quita el delantal que le cubre el vientre y lo deja tras la barra. Coge el pote, que es más ancho que ella, y sale con cuidado de la confitería. El piso de don Marcial está cerca de allí, apenas a cinco minutos andando, cinco minutos que le parecen veinte. El pote está caliente, y en las asas ha anudado dos pequeños paños para no quemarse, pero la tensión que siente la joven no es por el peligro de sufrir alguna quemadura con el caldo caliente, sino por la posibilidad de que el pote caiga al suelo, se derrame su contenido y, además, se desconche. Su madre no le ha advertido nada con palabras, pero solo una mirada ha sido suficiente.

Para colmo, nota cómo los fideos se están derramando por el interior de su bolsito de mimbre. Esa costumbre de su madre de envolver con una servilleta de tela todo lo que haya que transportar a veces no funciona. Lucita solo espera que en casa de don Marcial haya fideos y así ella no tenga que rescatarlos uno a uno del interior de su bolso. Además, dentro de él lleva también su tentetieso. Es la primera vez que lo saca de casa desde que llegó a la confitería de Madame Bombón con su maletita roja.

Lucita llega al portal con la sensación de haber recorrido al menos diez kilómetros; ella, que apenas camina en su día a día más allá de las cuatro paredes de la confitería, acaba con la respiración agitada. Deja el pote con mucho cuidado en el suelo y mete la mano en el bolso, se le pegan algunos fideos secos en los dedos. Coge las llaves del piso de don Marcial, una copia que su madre guarda para casos de emergencia y que hoy se utiliza por primera vez.

Lucita se sorprende al abrir la puerta del portal. A la derecha ve una escalera en la que hay un letrero de color negro con las letras doradas donde se puede leer: Servicio, y otra escalera a la izquierda en la que no hay indicaciones. También ve la portería, vacía en ese momento. Lucita no sabe por dónde debe acceder al piso de don Marcial, pero sus pies, de forma inconsciente, la guían por la escalera de servicio. Sube despacio cada escalón hasta la primera planta y repite la operación. Deja el pote en el suelo e introduce la llave en la cerradura. Antes de girarla, llama con los nudillos.

—Don Marcial, soy Lucita. Le traigo caldo que ha preparado mi madre.

No recibe respuesta al otro lado y vuelve a llamar, esta vez al timbre. Cree oír pasos que se acercan, y espera. Tras unos minutos, decide girar la llave y entrar.

Cuando abre la puerta de servicio, se encuentra en una cocina espaciosa e impoluta. No hay ni un utensilio fuera de lugar, ni siquiera una mancha fortuita sobre la encimera o marcas de vaho en los azulejos verde menta. Llama a don Marcial con un tono de voz suave: don Marcial, don Marcial.

Deja el pote granate sobre la encimera blanca de la cocina y se dirige hacia un pasillo largo y estrecho. La vivienda está en penumbra y al fondo distingue el salón de la casa. Le llama la atención que todas las paredes están forradas de madera. La luz que penetra por las rendijas de las persianas rebota en las vitrinas, donde lucen pequeñas maquetas de barcos. Frente a las ventanas, una mesa enorme en la que se encuentra el galeón que don Marcial construye en las noches de insomnio. Lucita se dirige a ella y ve que el gran barco está prácticamente completo. Le asombra lo diminutas que son las piezas para la vista cansada de don Marcial. Hay pinzas, pegamento, piezas grandes, pequeñas e incluso marineros en miniatura que forman la tripulación. El nivel de detalle le impresiona.

Lucita rodea la mesa, absorta en la maqueta, hasta quedar frente el sillón orejero de cuadros de don Marcial y percatarse de su presencia. Lo ve sentado, con sus zapatillas de paño, su bata de felpa también de cuadros y una lata roja entre las manos. La misma lata que llevó hace unos días a la confitería, pero a la que Lucita no dio mayor importancia.

—Don Marcial —susurra Lucita para tratar de despertarlo sin que se asuste—, don Marcial.

El anciano no contesta y ella se acerca un poco más. Ve dos brillantes anillos dorados en sus dedos que nunca le había visto antes. Uno adorna el

dedo anular de su mano derecha y el otro el dedo meñique, solo que este último no pasa más allá de la primera falange. Lucita sonríe.

Se fija ahora en que en la mano izquierda don Marcial sostiene la fotografía en blanco y negro de una pareja apoyada en la baranda de un estanque. Apenas puede distinguir bien la imagen, pero reconoce los rasgos de su amigo en el hombre, mucho más joven.

—Don Marcial —vuelve a susurrar Lucita, algo más cerca de su oído.

Él tiene las gafas sobre la nariz, a punto de caer. Lucita se las coloca y al rozarle nota la piel fría. En ese momento es consciente de lo que ocurre y con los ojos empañados vuelve a llamarlo.

—Don Marcial, conteste. Don Marcial —solloza—, don Marcial, traigo caldo que le ha hecho mi madre, ¿dónde tiene usted los fideos?

Don Marcial no puede responder, pero Lucita no desiste, y comienza a llorar sin dejar de hablarle.

—Don Marcial, tiene que terminar el barco —dice mientras le acaricia la mejilla—. Además, le he traído mi juguete favorito. ¿Recuerda que le hablé de él un día? Me lo regaló mi abuelo cuando era pequeña. —Lucita introduce la mano en su bolsito y saca el tentetieso que tanto se parece a Pinocho, le sacude con cuidado los fideos secos, que caen al suelo—. Mire, es bonito, ¿verdad? Está un poco arañado en algunas partes, pero a mí me sigue pareciendo precioso. —Observa el rostro frío de don Marcial—. Usted también está precioso. Parece que está dormidito. Como mi abuelo. También lo encontré yo, así en su sillón. Mi abuela murió dos años antes. Y a mis padres no los conocí, no sé si viven. —Acaricia la mano fría en la que don Marcial lleva los anillos—. Está muy guapo en esta foto. ¿Es una novia suya? —Coge la imagen, la mira con atención y ve que detrás hay dos nombres: Marcial y Luz, y debajo un corazón—. Don Marcial, ¿me oye?

Lucita llora, llora de forma desconsolada.

Deja la foto con cuidado sobre la mesita redonda que está cerca del sillón. Coge con delicadeza la lata roja de galletas y la pone al lado de la fotografía. Se mueve como un autómata, coloca una manta sobre las piernas

de don Marcial. Sabe que ya no puede hacer nada por él. Llama por teléfono a la confitería y espera a que venga su madre. Espera como lo hacía de niña en casa de su abuelo, anhelando que su madre y su padre regresaran algún día. Nunca ocurrió. Espera de la misma forma, sentada en el suelo, con el tentetieso frente a ella, meciéndolo de delante hacia atrás, pa, pa, pa. El ruido del choque de la nariz contra la madera del suelo la calma. Espera paciente a que su madre llegue, no tiene prisa, porque sabe que en cuanto ella aparezca en casa de don Marcial comenzará todo. Será el momento de una despedida que quizás no pueda soportar.

Sobre la mesita también hay un periódico. El titular de una noticia está subrayado: «Las empresas de la prestigiosa familia se encuentran en bancarrota».

Debajo de esas palabras aparece una fotografía familiar parecida a la imagen que encontraron entre los documentos de la Francesita. Son los mismos rostros, quizás más jóvenes. Rodeado con un círculo de tinta azul, el rostro de la Francesita, quien en esta imagen no sostiene un bebé entre sus brazos.

Capítulo 24

La mañana ha amanecido triste a pesar del sol y del cielo azul. Madame Bombón arrastra los pies, deambula con la espalda encorvada y los ojos hinchados de llorar. Se ha vestido con medias, falda y camisa negra. La misma camisa que llevó el día que enterró a su padre. Se le abre un poco en el pecho porque su cuerpo ya no es el mismo y, si estira los brazos, las costuras del hombro le tiran, está incómoda, pero hoy es día de luto riguroso, y el luto hay que respetarlo sea como sea.

Lucita también viste de negro, el vestido elegante de los domingos le sirve hoy para despedir a su querido don Marcial. Se mueve por inercia, aún no cree que haya muerto, le parece que en cualquier momento aparecerá de nuevo con su cuaderno de pasatiempos y se sentará a tomar su café solo y su copita de anís mientras le pide ayuda para hacer los crucigramas. Seguro que mañana vuelve, piensa.

Madre e hija salen de la confitería, no sin antes dejar algo de comida y agua para Pepito. Cierran la puerta y Madame Bombón cuelga un letrero:

CERRADO POR DEFUNCIÓN

Los transeúntes que caminan cerca de la confitería se agolpan frente al cartel, preguntándose unos a otros. Algunos hablan de la Francesita, otros nombran a Madame Bombón e incluso a Lucita, y hasta que no pasa por la acera alguno de los clientes habituales para sacarlos de dudas, cada uno sigue con sus hipótesis. Sí, hombre, un señor con bigote y gafas redondas, dice uno. Sí, que siempre está haciendo crucigramas y pasatiempos, describe otro. Ah, sí, el de las sopas de letras, aclara otra. Ni idea, confiesan muchos. Que no, que es la muchacha esa que había desaparecido, que no se sabía nada de ella, que la han encontrado muerta, asegura una. Y el rumor se extiende por

el barrio hasta llegar a elaborarse una historia digna de una novela negra. Que si la ha matado un amante, que si se ha suicidado, que si estaba enferma… Todos hablan y nadie sabe nada. Al rato se repite la escena. Y así transcurre el día frente a la fachada de la confitería de Madame Bombón.

El funeral de don Marcial es breve. Lucita no ha pronunciado ni una palabra en toda la mañana, hoy no ha llorado, y su madre la anima a ello en cuanto tiene oportunidad. Tienes que sacarlo y cuanto antes mejor, pero Lucita no contesta.

Elvira, en cambio, llora de forma escandalosa, la manera que tiene de sonarse la nariz mitiga cualquier conversación posible. Madame Bombón se dirige al frente y se queda de pie junto a la caja donde descansa don Marcial. Saca una pequeña nota de papel del bolsillo de su falda y pronuncia un breve discurso:

Ahora sí que sí se ha quedado sin palabras, don Marcial. Ya se han marchado de su ser, pero siempre quedarán en nuestro corazón.

Madame Bombón resopla, sus manos tiemblan, el papel apenas se sostiene entre sus dedos. Mira uno a uno a los presentes y continúa leyendo las líneas que ha estado escribiendo durante toda la noche.

Ahora que había descubierto que no necesitaba el aparatito ese de los dientes para no quedarse mudo como su tío Ramón, va usted y se nos va, qué fatalidad. A nuestra manera, nos hemos acompañado en nuestra soledad, usted con sus teorías y yo mandándole callar para que no le metiera pájaros en la cabeza a mi muchacha. Usted fue el primer cliente de la confitería y desde entonces no ha faltado ni un solo día. Ha venido a tomarse su café solo y su copita de anís mañana y tarde, haciéndome compañía, la compañía de un buen amigo. Sí, don Marcial, cada día desde que me falta mi Felipe.

Madame Bombón se santigua y eleva los ojos al cielo, los presentes murmuran y Felipe mira al suelo.

Vamos a echarle mucho de menos, sobre todo mi Lucita, que siente la pérdida de un abuelo o casi de un padre, si me apura. Todos echaremos de menos su presencia en la confitería. Que Dios lo tenga en su gloria, como a mi Felipe.

Susurra estas últimas palabras.

Madame Bombón dobla la nota de papel y vuelve a guardarla en el bolsillo de su falda. Se sienta entre Lucita y Elvira, que le recrimina que siga usando su papel de viuda doliente:

—Todos sabemos que este Felipe —lo señala con la mirada— es tu Felipe que *Dios lo tenga en su gloria* —le dice Elvira a Madame Bombón con tono burlón.

Ella no responde, ni siquiera se atreve a mirarla a la cara, pero nota cómo el rubor sube por sus mejillas. Al otro lado de la sala Felipe la reprende con los ojos.

Tras la despedida de don Marcial todos se marchan. Madame Bombón se queda para tramitar las últimas gestiones con la funeraria. Elvira y Clemente vuelven a casa dando un paseo con Tiramisú; hoy Elvira agarra del brazo a su marido por primera vez en muchos años, y él le corresponde. Aunque de reojo mira a Pruden, que regresa a una casa que ahora se encuentra vacía.

El sillón de Rodrigo sigue en el rincón del salón y nadie lo usa, ni Guillermo ni ella. Saben que él está bien porque a veces llama por teléfono y les cuenta dónde se encuentra. Rodrigo se atrevió a dejar el trabajo de oficial en la fábrica y pidió ser comercial de los productos que había estado fabricando durante décadas. La dirección estuvo de acuerdo en que nadie mejor que él para explicar las maravillosas cualidades de esos productos y captar a nuevos clientes. Y él se lanzó a la carretera, libre y feliz a pesar de todo.

Guillermo y Pablo acompañan en su pena a Lucita, que sigue sin decir palabra. Guillermo agarra su brazo y Pablo se aproxima cada vez que puede, rozando su codo con el de ella, que no se aparta. A Pablo le gusta el tacto suave y el olor que desprende. Le encanta el aroma de su pelo, que huele a lilas y a flores silvestres. A veces, cuando una ráfaga de viento lo mece, la fragancia se desprende de ella y llega a la nariz de Pablo, que aspira ese olor con ansia. Guillermo se percata de la mirada de Pablo. Tiene claro que este

ha empezado a ver a Lucita de una forma más especial, y que ella parece no darse cuenta, porque su corazón hoy está roto y no es capaz de sentir más allá del dolor.

Los tres llegan a la puerta de la confitería. El cartel que anuncia la defunción sigue colgado, intrigando a los transeúntes. Hoy no abrirán en señal de respeto, mañana será otro día.

—Yo me voy, chicos —anuncia Guillermo mientras besa la mejilla de Lucita—. Intenta dormir un poco, por favor.

Lucita asiente y se queda plantada de espaldas a la puerta de la entrada. Pablo no sabe qué decir. La mira y ve los ojos azules apagados, la boca triste. La nota mucho más adulta a causa de las medias y los zapatos negros, pero sobre todo por la tristeza, que parece haberle hecho crecer de la noche a la mañana. Hasta ahora su apariencia era casi la de una niña y su mentalidad resultaba infantil, pero de pronto Pablo ha visto en ella una madurez que desconocía.

Lucita ha perdido a un abuelo una vez más. Don Marcial siempre ha estado allí, en la confitería, antes incluso de que ella llegara a la ciudad con su maletita roja y sus zapatos de charol. Nunca se lo dijo, pero toda esa sabiduría que don Marcial le transmitía, Lucita era consciente de que en ocasiones se trataba de meras invenciones. Improvisaba con tal de darle respuestas, por no dejarla huérfana de conocimiento, por no defraudarla. Lucita aún tiene muchas preguntas sin responder y no puede creer que don Marcial ya no esté para esclarecer todas sus dudas. Ahora su miedo es de color azul, azul oscuro como el océano.

—Lucita —dice Pablo—, Lucita.

La joven dirige su mirada a Pablo, parece verlo por primera vez.

—¿Sí? —contesta.

—Ya hemos llegado a la confitería, ¿vas a quedarte aquí o prefieres que caminemos un poco más?

Lucita prefiere irse a descansar. Se marcha con los ojos tristes, y Pablo, en cambio tiene los ojos alegres; siente algo nuevo, algo que ni siquiera el

amor por Claudia había producido en él. Pensar en Claudia le recuerda que debe seguir con la búsqueda de su hermano. La Francesita continúa desaparecida.

Lucita ve que las luces de la confitería siguen apagadas, sin embargo, la cerradura no está echada. Suena el carrillón de viento cuando abre la puerta, Pepito emite un leve gruñido. Lucita vislumbra a su madre sentada en la mesa que don Marcial ocupaba mañana y tarde. Madre e hija no dicen nada. Lucita apoya una mano en el hombro de su madre y sube a casa por el acceso del almacén. Deja que su madre lleve la ausencia de su amigo a su manera.

Madame Bombón enciende la lámpara de la mesita redonda y se sirve una copa de anís. Abre y hojea el periódico que tiene sobre la mesa. Es el periódico que encontraron en casa de don Marcial el día de su muerte. Observa la foto y lee una y otra vez la noticia.

De pronto, Madame Bombón encaja algunas piezas. Entiende el comportamiento de la Francesita, los dos vestidos de su armario, el viaje a París, que no tuviera una profesión conocida, los gestos refinados, el vocabulario. También entiende el hermetismo sobre su vida privada y su pasado. Entiende muchas cosas y se enfada también. ¿Ha sido todo un juego caprichoso? ¿Es que la Francesita solo necesitaba un sitio de paso y escogió este lugar? ¿Quién es ese bebé que sostiene en los brazos? ¿Quién es Nadia?

Se sirve otra copa de anís. Se restriega los ojos, arrastrando parte del maquillaje entre las lágrimas. Demasiados sobresaltos en pocos meses para su vida tranquila. Le parece escuchar de nuevo el carrillón de viento. No levanta la mirada.

—Felipe, voy a quedarme un poco más aquí. Me apetece estar sola.

Nadie contesta.

—Felipe, pasa y sube por el almacén a la buhardilla, anda, pero te pido por favor que me dejes sola.

Silencio. No hay respuesta y Madame Bombón recuerda la rabia de la noche en la que él apareció.

—Pasa, Felipe —vuelve a decir. Pero nadie avanza, nadie camina. Por fin, Madame Bombón levanta la vista del periódico y ve una silueta.

Tiene la visión empañada a causa del llanto, pero alcanza a ver unos pantalones negros, una blusa a rayas, unos labios rojos y unos ojos que intentan contener las lágrimas. Las dos mujeres se miran fijamente. Las preguntas se agolpan en el pecho de Madame Bombón.

Capítulo 25

La silueta en el umbral de la puerta se hace algo más nítida, baja los dos escalones despacio y se queda frente a Madame Bombón, que mantiene el cuerpo rígido en la silla. Su gesto sigue atento, sin manifestar la más mínima sorpresa, impasible.

—Siento la muerte de don Marcial.

—¿Quién eres?

Se hace un silencio espeso mientras Madame Bombón mira con rabia desde su silla a la persona que está de pie frente a ella.

—Soy yo, *madame*, la Francesita.

—No me has entendido —aclara Madame Bombón, que aprieta mucho los dientes—. ¿Quién eres tú de verdad? Y me vas a permitir que te tutee.

La Francesita ve el periódico que está sobre la mesa. Reconoce la fotografía familiar. Mira a la mujer que tiene delante y observa lo poco que queda de su personalidad dicharachera. Sus mejillas ya no son firmes, los ojos verdes no chispean de picardía y la lengua incansable apenas pronuncia palabra. La sonrisa ha desaparecido, en su lugar hay unos labios rígidos.

—¿Quién es el bebé? —pregunta Madame Bombón en un tono de voz monótono, metálico.

—Es Nadia —responde sin preámbulo.

Madame Bombón suspira, con un gesto de la mano invita a la chica a sentarse con ella. Y con intriga en la mirada le pide a la muchacha que hable.

—Es mi hija. Nadia se gestó dentro de mi vientre y la sacaron de mi interior, de mi cuerpo inerte. Porque yo no existía, yo me había ido de

aquella habitación. Mi cuerpo sí que estaba. Rígido, pero estaba allí, tendido en una camilla. Podía verme desde fuera, tumbada, como en un mal sueño. Podía ver mi sangre, oír mis gritos. Desde el exterior quise acercarme a ese cuerpo que era el mío y limpiarme a mí misma. Me veía inmóvil. Estaba quieta, como muerta, paralizada. Igual que el día que Nadia fue concebida.

Madame Bombón se levanta para coger otra copa de cristal, vuelve a la mesa y la llena de anís para la Francesita.

—Verá —continúa tras beber la copa de un solo trago—, Nadia es fruto del dolor, de la maldad.

Las dos mujeres suspiran y Madame Bombón suaviza la mirada inquisidora para sostener la mano de la Francesita.

—Yo volvía a casa después de una cena en el apartamento de unos amigos. Tan solo hacía unas semanas que había regresado de París tras la muerte de mi amor. Una amiga me animó a salir y fui a esa reunión. La noche estaba en lo mejor, todo risas y complicidades, pero yo no me sentía bien y me fui la primera.

La fiesta había sido en el piso de un amigo que vive cerca de mi casa. Apenas quedaban unos metros para llegar a mi portal cuando empecé a escuchar unos pasos y, como no era muy tarde, pensé que se trataría de alguien que como yo volvía a su casa o a cualquier otro sitio. Esto no se lo he contado nunca a nadie, *madame*. Mi familia sabe que Nadia es fruto de una barbaridad, pero nunca han querido hablar de ello, nunca se han molestado en saber cómo me sentía yo. Solo se han preocupado por ocultar e intentar dar normalidad a mi desgracia.

—Tranquila. —Madame Bombón rellena las dos copas de anís.

—Los pasos cada vez estaban más cerca. Me inquieté, pero también pensé que mi barrio es tranquilo, que no suele ocurrir nada malo. Sin embargo, al llegar a mi portal un hombre me empujó y, bajo el hueco de la escalera, empezó a tocarme. Me rasgó la camisa, me arrancó los botones del pantalón… Me hablaba y yo, paralizada, no supe qué hacer. Esa noche no estaba el portero, y por más que intentaba gritar, no me salía la voz. Después

hubo muchas noches en las que reviví la escena en mi cabeza, pero ahí sí podía gritar, podía pelear, pedir ayuda, podía moverme y quitarme de un empujón a ese hombre de encima. Pero esa noche no supe, no pude. Me quedé paralizada.

Y el día que nació Nadia me sentí igual. Me tocaban, yo no sabía qué me hacían, qué me tenían que hacer. Me trataban como a una niña que no entendía nada y, cuando sacaron a la bebé, al momento una enfermera me la arrebató de los brazos para lavarla. ¿Y sabe lo que sentí, *madame*? —Niega con la cabeza—. Sentí alivio. Por fin había terminado esa pesadilla, ya no tenía nada dentro de mí que me recordase a ese hombre. La oía llorar a lo lejos y solo deseaba que, por favor, no me la devolvieran. No la quería, nunca la quise.

Una lágrima desciende del ojo derecho de la Francesita y cae sobre la mesa.

—Dios mío —pronuncia Madame Bombón sobrecogida.

—Cuando empezó a crecer en mis entrañas, yo solo quería meter mi mano por mi ombligo y arrancarla de mi ser. Soñaba con eso. Me despertaba empapada en sudor, gritaba y esperaba que el sueño fuera real. Pero ahí seguía, cada día mi tripa era más abultada, cada día se mostraba más inquieta. Se movía como una culebra en mi interior, como un parásito asqueroso, recordándome en cada instante que ahí estaba, y que había sido engendrada de una forma cruel. Y yo solo deseaba despertarme y que no se moviera. Que me dijeran «su corazón no late» y que la sacaran de mi cuerpo para olvidar todo el dolor de aquella noche. Unos minutos que me arruinaron la vida aún más, si cabe.

—La tarde de lluvia… —dice Madame Bombón—. Aquella tarde de lluvia que gritaste a esa mujer rubia. Tenía un bebé, en el carrito. Era ella… —la Francesita asiente—, Nadia, tu hija.

—Sí, con mi hermana.

—¿Y dónde está ahora la niña? —Madame Bombón pregunta impasible mientras se agarra el vientre que nunca fue capaz de gestar.

Aprieta sus dedos contra su carne hasta hacerse daño, con rabia por lo injusta que a veces puede llegar a ser la vida—. ¿Cómo está?

—Usted me entiende, ¿verdad, *madame*? Una criatura creada de esa forma no puede venir a este mundo, no debería haber nacido.

—¿Dónde está la niña? —repite Madame Bombón apretando la mandíbula.

—*Madame*, usted tiene que entenderme. Siempre lo ha hecho. Desde que llegué aquí perdida. ¿Se acuerda? Siempre me ha ayudado.

—Sí, pero ahora no sé quién eres. No te reconozco, ni siquiera sabemos tu nombre. No sé para qué viniste ni para qué has vuelto. —Madame Bombón baja el tono de voz, derrumbada—. ¿Qué quieres? ¿Qué quieres ahora?

—Supe de la muerte de don Marcial y además quería contarle mi historia. Me sentía en deuda con usted. Tan solo quiero su comprensión, *madame*.

Madame Bombón niega con la cabeza. Recuerda el día que la Francesita llegó a la confitería. Cómo le ofreció la buhardilla porque sentía la necesidad de protegerla, al igual que había hecho con Lucita siendo una niña. El deseo de cuidar.

—¿Y para qué necesito yo esta información? Podías haber desaparecido sin más. Igual que viniste, te podrías haber ido. Pero no. Te marchas sin despedirte, dejas una nota y unos billetes con todas tus cosas en la buhardilla y no eres capaz de llamar para decirnos que estás bien.

—Lo siento.

—¿Lo siento? ¿Crees que ahora sirve eso de algo? Don Marcial ha muerto sin saber si estabas viva o no. Las personas como tú cogen y sueltan a su antojo lo que les apetece, hasta a una pobre criatura.

—Pero yo no estaba preparada, yo ni siquiera me había planteado una vida así.

—Yo tampoco he tenido mi vida soñada. ¿Sabes lo que había en ella? —La Francesita niega con la cabeza—. Criaturas correteando por la casa. ¿Y

qué tuve? Un marido que me abandonó por una berlinesa cabaretera y un útero yermo, hueco, vacío. ¿Y tú qué haces?

Las dos lloran de forma desconsolada. Sienten el dolor propio y el ajeno.

—Pero me vi sola con una niña en brazos que no quería. Cuando me miraba, yo solo veía en esos ojos verdes los del hombre que me violó. Lo único que sentía por ella era rechazo. Ni siquiera me gustaban su cara o sus gestos o sus ruiditos. Era como mirar a la niña de cualquier otra mujer. No era mía.

—¡Pero tú sí eres de ella! ¡Tú le perteneces! ¡Te necesita! —Madame Bombón se levanta de la silla haciéndola caer y le da la espalda a la Francesita—. Las madres pertenecen a sus hijos, es así —susurra de un modo casi imperceptible—, es así, es así —repite mientras niega con la cabeza.

—No soy un monstruo, no me trate así. Por favor. El monstruo fue ese hombre que se reía mientras me violaba, como si tuviera derecho a desgraciarme la vida.

La Francesita agarra el brazo de Madame Bombón, que huele a crema pastelera, a canela y a vainilla.

—Y tú no tenías derecho a desgraciar la vida de esa niña, de tu hija.

—Me violó como una bestia salvaje y yo no supe hacer nada para impedirlo, le permití hacerlo —dice la Francesita en un llanto inconsolable mientras se levanta de la silla.

Las dos mujeres se miran, encuentran la pena y la rabia en los ojos de la otra, y en un abrazo se abandonan a ese dolor.

—No es justo, no es justo que pasen estas cosas, niña, no es justo —responde Madame Bombón, y la Francesita niega con la cabeza.

—Nadia está bien. La niña está bien, la niña está bien.

Madame Bombón asiente aliviada, llora. Se vacía por dentro y siente que se cura un poco.

***

Lucita está sentada en el suelo de su habitación, el tentetieso se mece de delante hacia atrás. Pa, pa, pa… Reconoce los pasos de su madre en el descansillo, unos instantes después oye la cerradura en la puerta de entrada. Es ya noche cerrada, pero no viene sola. Lucita se levanta despacio y guarda el tentetieso en la maletita roja que está debajo de su cama. Cuando sale de la habitación se dirige despacio hasta el salón, donde ve a su madre sacar una manta del mueble. No ve quién la acompaña, pero reconoce el perfume. Podría reconocerlo en cualquier ciudad del mundo. La Francesita se gira al notar la presencia de Lucita a su espalda y se acerca a ella para abrazarla. Lucita permanece inmóvil, se deja hacer.

Su madre le explica que se va a quedar a dormir en el sofá de la salita y que mañana, en cuanto Felipe se levante, la Francesita volverá a la buhardilla. Y con él ya veremos lo que hacemos, añade.

Lucita pone los ojos en blanco, no quiere que Felipe vuelva a su casa. No puede soportar ver más mañanas cómo ese hombre trocea una magdalena para sumergirla en un vaso de zumo de naranja, ni quiere oír cómo sorbe la sopa ni un día más. Sabe que Felipe ha intentado ganarse su confianza, y ella, a su modo, también ha puesto de su parte, por su madre, pero hay un muro entre ellos que no quiere romper.

Lucita asiente a lo que dice su madre, sabe que no le va a contar la razón de la vuelta de la Francesita. Ella tampoco va a preguntar. Siempre han funcionado así. Su madre habla mucho, habla de todo, pero las cosas importantes que no son suyas, los secretos que le confían, los atesora y los guarda en lo más hondo de su corazón. Para las banalidades es un grifo abierto que no contiene el chorro; para lo profundo, una tumba.

Madame Bombón deja el sofá preparado para la Francesita, descuelga de la pared del salón la fotografía en blanco y negro de Felipe y se marcha a su habitación. Aún no ha llorado la muerte de don Marcial todo lo que

debería y además tiene preguntas que hacerle y que él ya no podrá responder. Guarda el retrato de Felipe en el baúl y coge la lata roja de galletas que anoche guardó en su armario cuando la funeraria se llevó a don Marcial. Abre la tapa y saca la fotografía de la pareja, la apoya en el espejo de la cómoda.

El cansancio se ha apoderado de su rostro y de su cuerpo, pero su cerebro no recibe la orden para dormir. Demasiadas emociones, demasiada tristeza, demasiado dolor. Apenas hace unas horas han despedido a don Marcial y, sin sobreponerse, se enfrenta al dilema de la maternidad una vez más. Una maternidad que le es ajena pero que hace suya.

Mira la foto de don Marcial y Luz apoyados en la barandilla del estanque y se encomienda a ellos:

Don Marcial, Luz, encantada de conocerla, ayúdenme. ¿Qué hago con la niña de la Francesita? ¿La convenzo para que la críe ella? Es su madre.

Ya…, que me esté quietecita, ¿verdad?

Capítulo 26

Madame Bombón baja temprano al obrador. Ha dejado el desayuno preparado. El mantel de hilo vuelve a la mesa camilla de la salita. Lucita aparece aún adormilada. Se restriega los ojos y resopla al ver el mantel de hilo y la vajilla buena sobre la mesa. En un plato, tapado con una servilleta de tela, hay un intento de *croissants* y el invento de hojaldre y suizos que hizo su madre: los Francesitos.

—Buenos días, ¿cómo estás, Lucita? —saluda la Francesita desde el sofá.

Se levanta y se sienta a la mesa. Sirve café a Lucita, que le parece más joven recién levantada. También hay zumo de naranja en una jarra enorme de cristal. Lucita desayuna como si hubiera pasado días sin probar bocado. Tiene los párpados hinchados de llorar por la muerte de don Marcial.

La Francesita, que ya está vestida y maquillada, sonríe con su boca de fresa a la muchacha. Intenta entablar conversación en varias ocasiones, pero la escasa receptividad de su interlocutora la frena.

—¿Cómo era? —pregunta de pronto Lucita.

—¿Cómo era quién?

—Tu amor, el que se supone que te escribe las cartas desde el más allá.

La Francesita cierra los ojos y suspira. Se le empaña de lágrimas la mirada y, con una gran sonrisa, comienza a describir cómo era su amor.

—La mejor persona del mundo. Amaba la vida. Era capaz de apreciar cada detalle. Este desayuno le habría hecho feliz. Contaba historias que encontraba en los libros, leía sin parar.

—Un intelectual de esos, vaya.

—Sí. Le gustaba pintar y la música. Por eso decidimos ir a París. Quería ver a artistas de verdad, decía.

—Ya. Y su cara y su cuerpo cómo eran.

—Bueno… —La Francesita cierra de nuevo los ojos, tiene los párpados delineados con un trazo perfecto de tinta negra. Describe cada detalle—. Tenía una figura esbelta, el pelo castaño, largo, y unos ojos brillantes de color miel que siempre parecían felices, una nariz pequeña, así como la tuya —Lucita se toca la nariz—, y unos labios gruesos y suaves que siempre maquillaba de color rojo. Rojo oscuro como el vino tinto.

Lucita mira intrigada a la Francesita, que sonríe y asiente ante el asombro de la muchacha. Lucita abre mucho los ojos y se tapa la boca con la mano.

—Sí, una mujer, Lucita. Por eso nos fuimos a París, para ser libres. Y por esa misma razón me la arrebataron, Lucita.

—¿Quién?

La Francesita se encoge de hombros, no responde y sonríe con ternura al ver cómo una lágrima se desliza por la mejilla de Lucita, que le agarra la mano para darle consuelo.

—¿Y por qué te fuiste de aquí?

—Bueno, porque no me quedó más remedio. —Lucita la mira comprensiva y la Francesita le sonríe—. Venga, que el mundo sigue y tienes que ayudar a tu madre. Yo recojo el desayuno.

Madame Bombón se mueve rápido en el obrador. Mientras la masa de los bollos suizos fermenta, prepara bombones, merenguitos de limón, napolitanas de crema, milhojas, y guarda en la nevera una botella de champán, champán real y auténtico. Se tropieza con el saco de harina varias veces. La crema pastelera se le corta en dos ocasiones y el almíbar se le pega al cazo.

Prepara todos los dulces en menor tiempo del habitual a pesar de los numerosos percances. La prisa no le ha permitido recrearse en cada una de las elaboraciones. No les ha hablado ni cantado. No tiene el alma para risas

ni para fiestas. Después de dejar todos los bollos, los bombones y las tartas encima de la isla central del obrador, cuelga el delantal en el perchero y sube a la buhardilla.

Llega con la respiración agitada al descansillo. Llama con suavidad a la puerta. No recibe respuesta. Introduce la mano en el bolsillo de su falda y comprueba que tiene la llave. La mete en la cerradura y gira. La puerta se abre y vislumbra una habitación en penumbra, el sol comenzará a salir en unos instantes.

Siente la bofetada de un hedor nauseabundo que ya había olvidado por completo. El olor que se acumula en una habitación cerrada cuando su Felipe duerme. Abre una de las hojas del ventanal y sin contemplaciones toca el hombro de Felipe, que está bocarriba en una pose plácida y despreocupada. Al sentir los dedos de Madame Bombón se sobresalta, se levanta de un impulso y su cabeza impacta contra la frente de ella.

—Leo, por Dios, si quieres meterte conmigo en la cama sé un poco más cariñosa, mujer. ¡Menudo susto!

—Calla y escucha. La Francesita ha vuelto, ha dormido en mi casa.

Felipe agarra de la cintura a Madame Bombón y la atrae hacia él, ella no opone resistencia.

—Y tú vienes a pedirme que vuelva a vivir contigo, ¿a que sí, Leo? —Madame Bombón sonríe.

Se sienta en el borde de la cama, al lado de Felipe. El sol empieza a mostrar el cielo en el ventanal, ahora de un azul más claro, pero aún se ven algunas estrellas y el reflejo de la luna en el cristal.

Siente el cuerpo agotado, triste, derrotado mientras Felipe mete la mano por debajo de su blusa para acariciar su espalda. Ella suspira al sentir la brisa del amanecer que se cuela por la hoja abierta del ventanal. Por un momento, no hay nada más en su cabeza. Ni don Marcial, ni Pruden, ni la Francesita, ni la niña Nadia. Deja que Felipe siga con las caricias y los besos hasta caer derrotada en la cama. Él se quita la camiseta blanca interior y los calzoncillos. Leo observa el paso del tiempo en el cuerpo de Felipe, que

ahora es un animal salvaje que le arranca la falda y las medias. No lucha contra lo que debe y no debe hacer, está cansada. Se deja querer a la salida del sol.

—Madre mía, Leo. ¡Qué increíble! —exclama Felipe mientras agarra la cara sonrosada de Madame Bombón y le da un beso en los labios—. ¡Eres la mejor!

—Sí, porque está claro que la única no soy —susurra.

Madame Bombón ya no jadea, ni ríe a carcajadas como ha hecho hace un momento, ni clava las uñas en el cuerpo de Felipe, ni lo besa ni lo muerde. Ahora se deja llevar por la culpa como hace un momento se dejaba llevar por el placer. Ambos se visten y Madame Bombón ensombrece el rostro. Busca las palabras adecuadas para suavizar el impacto en Felipe. No las encuentra.

—Pues la Francesita tiene una hija a la que no quiere criar y eso a mí no me gusta —dice a bocajarro.

Felipe la mira con la boca abierta, entrecierra los ojos a la espera de más información, pero el silencio se ha instalado en la buhardilla. Ve cómo Madame Bombón camina entre el ventanal y la cama. Como un animal enjaulado.

—Ya sé por dónde vas, y no. No, Leo. No te incumbe, no es tu vida, no es tu hija —advierte Felipe remarcando cada no.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo entenderlo. Dice que no la quiere, pero ha desaparecido todo este tiempo para cuidar a la niña porque ha estado enferma. —Madame Bombón mira a los ojos de Felipe—. ¿Cómo puedes cuidar de una niña y seguir diciendo que no la quieres?

—Porque es muy joven, y porque solo ella sabe lo que hay en su cabeza. Ya sabes lo que pienso de la muchacha, que está un poco… cucú.

—No la juzgues. Aunque creo que su marcha no ha sido solo por la niña —replica Madame Bombón haciendo aspavientos con la mano. Y empieza a relatar la historia que anoche le contó la Francesita. Felipe permanece atento a cada palabra. Le seca las lágrimas e intenta darle

consuelo. Cuando Leo deja de llorar, él le coge la mano e intenta tranquilizarla.

—Entonces las cartas solo las escribe para sentirse cerca de su pareja muerta. Escribe y se contesta… —Madame Bombón asiente cabizbaja—. Y nosotros empecinados en buscar pistas ahí.

—Ya. Cada uno lleva el dolor como puede.

—¿Y después de nacer la niña la querían casar con el empresario ese? —Madame Bombón asiente.

—Sí, porque la familia de ella está arruinada y así la niña tendría un padre *respetable* —dice Madame Bombón con sorna.

—Ya…Pero ella estaba enamorada de una chica, la que murió en París.

—Sí. Y por eso huyó de su casa y apareció aquí en la confitería, para que no la casaran con alguien que no quería. Y abandonó a la niña.

El sol ilumina por completo el día. Ambos se visten sin prisa porque ya no tienen la agilidad del pasado en los músculos. Los huesos les pesan como el plomo y la pena, como una sombra macabra que los abraza desde la espalda.

—¿Crees que la familia de la Francesita tuvo algo que ver con la muerte de la chica en París?

Madame Bombón lo mira con la respuesta afirmativa en sus ojos. Felipe resopla.

—Vale. Vamos a hacer una cosa. Yo me quedaré aquí en la buhardilla si a la Francesita no le importa, que ella siga en tu casa. Acompañada por Lucita y por ti estará más tranquila.

Madame Bombón asiente mientras se limpia la nariz con un pañuelo de tela.

—Supongo que es lo mejor.

Se dirige hacia la puerta de la buhardilla y al despedirse de Felipe le da un beso en los labios. Lo hace de forma mecánica, inconsciente, como cuando eran una pareja feliz, como el que dice buenos días al entrar en la confitería.

***

El día transcurre con normalidad. Los pésames por la muerte de don Marcial se han pronunciado de forma constante. Madame Bombón da las gracias con una sonrisa triste, Lucita no contesta. No parece hija tuya, le comenta Elvira a Madame Bombón, que esta vez asiente dándole la razón.

Escuchar a lo largo del día lo siento, te acompaño en el sentimiento, qué buen hombre era, no somos nadie, y otras frases de condolencias que vienen de personas que jamás han cruzado una palabra con don Marcial eleva la tristeza y la rabia en Lucita. Por primera vez es consciente de la importancia de don Marcial en su vida; él también era su familia y la única persona con la que podía ser ella misma. Con sus fantasías, su inocencia y su curiosidad. Don Marcial nunca juzgaba una palabra suya, intentaba comprenderla desde su particular forma de pensar.

Siempre di lo que te plazca y haz lo que te apetezca. Mientras no hagas daño a nadie, adelante. Se repite esa frase más a menudo de lo habitual desde que encontró a don Marcial en su sillón. No quiere que se le olvide, quiere repetirla tantas veces que al final se atreva a hacerla verdad. Ella no quiere servir cafés todos los días, ella quiere tener su propio negocio, tal vez el del pulpo, por alguna razón que ni siquiera ella misma sabe. Ese olor a mar le lleva a su infancia, a la caricia de su abuela, a la voz de su abuelo… Y también quiere vivir una vida con Pablo y desprenderse del hilo que la une a su madre. La quiere cerca, pero no que tire de ella desde ese cordón que a veces la estrangula, desea moverse con libertad, agradecerle por acogerla y darle la vida feliz que le ha facilitado durante tantos años, pero hacerlo a su manera, no a la de su madre. Eso no depende de ella, aunque atreverse a intentarlo sí es cosa suya, y por esa misma razón pone en la bandeja un café con leche y una napolitana de crema bien espolvoreada de azúcar.

Mueve las caderas de un lado a otro mientras se aproxima a Pablo, deja la taza de café con leche y el platito con la napolitana de crema sobre la mesa y con picardía en los ojos le dice «invita la casa». Después, sin ofrecer opción de respuesta da media vuelta y camina con desparpajo hacia la barra. Pablo se queda con la boca abierta, sonriente, y Elvira, que está en la mesa contigua, reclama una invitación para ella. Lucita sonríe y con el cuerpo nervioso vuelve a la faena de la confitería.

Transcurren las horas y cada cliente vuelve a su hogar. Tan solo quedan Pablo, Guillermo, Lucita, Pruden, Clemente, Elvira, Felipe y Madame Bombón, todos a la espera de que la mujer de los rascas de lotería guarde sus cartones no premiados en el bolso, se limpie con delicadeza la comisura de los labios para quitar los restos de azúcar glas del milhojas de nata y se marche. Todos la observan con atención, pero ella parece no percatarse. Cuando atraviesa la puerta, Madame Bombón da la vuelta al letrero de la entrada para indicar que la confitería se encuentra cerrada. Pepito bosteza al escuchar sus pasos.

Cuando Madame Bombón se dirige hacia la mesa de don Marcial, sobre la que hay un jarrón de cristal con un gran ramo de flores que ya empiezan a marchitarse, el resto se acerca a la espera de nuevas noticias. Lucita ha retirado las sillas para que ningún cliente pueda utilizar ese sitio que para ella se ha convertido en un lugar sagrado. Pruden y Clemente se miran, Elvira se percata de la situación. Y Felipe ha desaparecido por el acceso del almacén.

—Bueno, ¿qué pasa aquí? —pregunta Elvira mientras mantiene los ojos puestos en su marido y Pruden.

—Paciencia —le indica Madame Bombón.

Madame Bombón hace un gesto a Lucita para que ponga sillas alrededor de la mesa de don Marcial, y accede con resignación, ayudada por Pablo y Guillermo.

Pruden y Clemente apartan la mirada al verse descubiertos por Elvira, que, inquieta en su silla, come un merenguito de limón tras otro. Deja a

Tiramisú en el suelo, que rastrea con su diminuto hocico el olor de los dulces. Cuando se cansa de olisquear, se dirige hacia los dos escalones de la entrada y se enfrenta a Pepito. Pepito muestra indiferencia mientras Tiramisú, que es tan grande como la cabeza de su rival, ladra de forma estridente. Los parroquianos miran a Elvira y ella, obediente a las miradas inquisidoras, se levanta, agarra con una sola mano al animal y lo lleva con ella hasta el grupo.

Ninguno habla, pero se sienten los movimientos inquietos del pie de Clemente, los resoplidos de Pablo, la sonrisa nerviosa de Pruden y las miradas de Madame Bombón, cada vez más frecuentes, hacia la puerta del almacén.

Se escuchan por fin los pasos característicos de Felipe a causa de su pierna maltrecha y también resuena el golpeteo de unos zapatos de tacón. Felipe llega primero a la sala de la confitería y detrás de él, en el quicio de la puerta del almacén, ven a una mujer morena, con el pelo algo más largo que la última vez, pero igual de delicada y con la misma boca de fresa de siempre. Es la Francesita.

Se oye un murmullo de asombro en cada uno de ellos. Todos la observan sin disimulo y ella sonríe. Los dedos finos de sus manos se entrelazan nerviosos sobre su vientre. Carraspea de forma casi imperceptible y comienza a hablar.

—Me duele especialmente la ausencia de don Marcial, deja un gran vacío en cada uno de nosotros.

Todos asienten y agachan la cabeza en señal de tristeza. A Lucita se le empañan los ojos azules. Pablo aprieta su mano.

—Bueno, lo primero de todo, pido perdón por desaparecer sin avisar. Ya sé que se ha generado mucho revuelo y diferentes teorías sobre qué podría haberme ocurrido —mira a Madame Bombón—, pero podéis comprobar que estoy bien.

—Estás más rehecha —comenta Elvira mientras la Francesita se sienta.

—Gracias —continúa la Francesita, ahora con las palmas de las manos sobre sus muslos. Parece una maestra que explica la lección a un atento alumnado—. Veréis, hace un tiempo, antes de mi marcha, recibí noticias a través de alguien que vino aquí, la noticia de la enfermedad de un familiar. Por lo que tuve que marcharme de pronto. Por eso y por otras razones que no vienen al caso ahora mismo. No pensé que mi ausencia pudiera ser tan importante para todos vosotros, y os agradezco tanto cariño.

—Bueno, nos enredó aquí a todos la señora —explica Elvira mientras señala a Madame Bombón, que le reprocha con la mirada—. Que si te habían secuestrado, que si violado… Bueno, bueno, hasta matado.

—Pues la muchacha está estupenda para estar muerta, Elvira —dice Felipe, que enseguida siente la mirada recriminatoria del grupo.

—Gracias…, supongo, Felipe —contesta la Francesita—. Como decía, gracias por el cariño, por intentar buscarme, pero como veis estoy bien y prometo que la próxima vez me despediré.

—Muy bien, maja —concluye Elvira mientras se levanta con dificultad de la silla—, pues si estás tan estupenda como dice Felipe, nosotros nos vamos. Venga, Clemente.

Clemente hace el amago de seguirla, pero Madame Bombón lo agarra del brazo y lo retiene.

—Que digo yo, Elvira, que si me lo dejas un ratito para que me ayude con una cosa de las facturas, que como ya no está don Marcial, que a veces me echaba una mano…

—Todo tuyo —contesta Elvira—, como si te lo quieres quedar para ti.

Pruden y Clemente se miran y sonríen cuando Elvira desaparece de la confitería. Madame Bombón, cómplice, les guiña un ojo.

Todos se acercan para saludar a la Francesita. Lucita le presenta a Guillermo, que alaba la delicadeza y el vestuario de la chica: un jersey rojo y unos pantalones ajustados de color azul marino, con el dibujo de un ancla en los botones dorados.

—Los tiradores de los cajones de mi habitación son como los botones de tu pantalón. Hija, es que soy opositor y no veo más allá, no como tú, que has ido a París y todo —le explica Guillermo. La Francesita sonríe y después intenta captar la atención de todos dando dos pequeñas palmadas.

—*Madame,* sirva esa sidra exquisita que tiene guardada —dice mientras le guiña un ojo—, que hoy invito yo.

Lucita reparte copas a todos mientras su madre y Felipe descorchan las botellas. Hoy una de sidra y otra de champán. Pruden y Clemente hablan y ríen sin parar. Guillermo, fascinado, acapara la atención de la Francesita. Pablo se sienta en uno de los sillones cercanos a la puerta, lejos del resto, sintiéndose aliviado porque finalmente su hermano no haya tenido nada que ver con la desaparición de la Francesita. Madame Bombón lo ve pensativo y se acerca a él con la botella.

—Venga, muchacho, puedes estar tranquilo por tu hermano. Él no le ha hecho nada a la Francesita.

—Es verdad —acerca la copa a la boca de la botella—, pero lo cierto es que no sé nada de él. Y el piso ese vacío, los bocetos, no sé… Me pregunto dónde estará. No me quedo tranquilo.

Madame Bombón le sonríe comprensiva y sirve sidra a cada uno de los parroquianos, el champán se ha terminado. Ya no necesitará forrar nunca más las botellas con papel dorado para enmascarar la sidra. Cuando se acerca a la muchacha, Madame Bombón pide a Guillermo que las deje solas un momento.

—Quería preguntarte algo. —La Francesita da dos pasos hacia atrás —. No, no, no es sobre la niña. Verás, Pablo está preocupado por su hermano, y tal vez tú puedas ayudarnos.

La Francesita entrecierra los ojos intrigada mientras ve cómo Guillermo se acerca de nuevo a ella para despedirse, después lo hacen Pruden y Clemente, que se marchan entre risas.

—Pablo, ¿qué te preocupa de tu hermano? —le pregunta la Francesita mientras se sienta a su lado.

Se revuelve el pelo y suspira. Cuenta cómo estas semanas han sospechado que él pudiera estar relacionado con su desaparición. La Francesita acaba de descubrir que está hablando del chico del edificio de enfrente.

—Verás, Pablo —la Francesita le agarra la mano—, cuando yo me mudé a la buhardilla pasaba mucho tiempo observando el ventanal. Escribía cartas y veía en el edificio de enfrente a un hombre joven que tenía una amante cada día. Solo vi a una mujer que iba todas las semanas, a las demás, únicamente una vez. —Pablo asiente al saber que se refiere a Claudia.

—Sí, ella nos habló de la obsesión de su hermano por ti —explicó Madame Bombón, la Francesita se estremeció.

—Yo no podía distinguir las caras con claridad por la distancia entre los dos edificios, pero sí veía sus expresiones, y mi cuerpo, sin saber la razón en aquel momento, se tensaba. —Pablo y Madame Bombón permanecen atentos a la historia de la Francesita—. Entonces, el día que me disponía a marcharme de aquí encontré a ese chico en el descansillo, a tu hermano. No sabía que tenía relación contigo, acabo de averiguarlo.

Madame Bombón se remueve inquieta y Lucita se incorpora para coger uno de los pastelitos que quedan en una de las bandejas. Felipe observa a la Francesita y a Pablo, su mirada va de uno a otro sin perder detalle ni palabra.

—¿Te dijo o hizo algo? ¿Dónde está ahora? —pregunta Pablo de forma ansiosa.

—No lo sé. Entré rápidamente a la buhardilla para ponerme a salvo. No sé cómo, pero fui capaz de entrar y evitar que él pasara. En cuanto lo vi, supe por qué me inquietaba cuando lo veía desde el ventanal.

—Pero ¿te conoce? ¿Lo conoces? —pregunta Pablo.

La Francesita suspira y cierra los ojos para armarse de valor. Descubrir que el chico del edificio de enfrente es el mismo que tanto daño le hizo resultaba muy doloroso, pero saber además que es hermano de Pablo lo entristecía todo aún más.

—No sé cómo decirte esto, pero… —hace una pausa para tragar saliva y mirarle a los ojos— él me violó, hace un tiempo. Tu hermano me violó, Pablo. Lo reconocí aquel día en la buhardilla.

Felipe abre la boca sorprendido y Lucita escupe el pastel al escuchar a la Francesita. Los ojos de Madame Bombón se inundan de lágrimas. Pablo niega con la cabeza.

—Te has confundido de persona, no es él. Él jamás habría hecho algo así. —La Francesita asiente con la cabeza—. ¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. Como te digo, yo cerré la puerta y oí que al otro lado un hombre lo echaba de la escalera. Después me marché.

Todos se giran para mirar a Felipe y él encoge los hombros.

—No, no fue Felipe.

—Fue el señor ese del sombrero, ¿verdad? Con la nariz afilada —pregunta Madame Bombón, y la Francesita asiente—. Ya nos parecía extraño ese hombre.

—Él vino para avisarme de que tenía que volver a casa, por el asunto que le comenté ayer, *madame*. Me dijo que ya no tenía que preocuparme por ese chico y yo no hice más preguntas. Al fin y al cabo, me había destrozado la vida. —Las lágrimas de Pablo empiezan a resbalar por sus mejillas.

—Pero es mi hermano, ¡es mi hermano!

—Yo no lo sabía, Pablo. Lo siento.

Madame Bombón se levanta y mira a la Francesita, que también tiene el rostro inundado en lágrimas.

—Tú no tienes que pedir perdón por nada, muchacha. Ni tú reprocharle, Pablo. —El chico levanta la cabeza al oír su nombre—. A esta muchacha le ha destrozado la vida alguien que se ha creído que podía hacer lo que le diera la gana con su cuerpo.

—Para los hombres como él, se trata solo de un momento, pero para nosotras —explica la Francesita agarrándose el vientre— es algo que nos persigue toda la vida. Toda una vida de miedo, de estar siempre en alerta, de

sentir asco por una misma. Sí, es tu hermano, pero eso no le daba derecho a hacer lo que me hizo.

—El bebé de la foto… —susurra Lucita. Nadie escucha sus palabras.

—Lo sé, lo sé, pero está enfermo, él solo necesitaba ayuda.

—Sí, Pablo, necesita ayuda —interviene Felipe por primera vez—. Pero él no hizo lo que hizo porque estuviera enfermo. La violación no es consecuencia de su enfermedad. Se creyó con el derecho de hacerlo.

—Entonces —pregunta Lucita—, ¿dónde está?

El carrillón de viento de la puerta suena de improviso, a pesar de que la confitería está cerrada para la clientela y el salón apenas iluminado por alguna de las lamparitas color crema que siguen encendidas.

Todos se giran al escuchar el sonido del carrillón. Sobre los dos escalones de la entrada ven al hermano de Pablo. Tiene mal aspecto. La nariz aplastada anuncia algún golpe del pasado. La furia de sus ojos verdes se dirige hacia la Francesita. Todos se encogen de miedo, asustados, se refugian en el almacén. Tan solo Pablo y Madame Bombón se mantienen en sus posiciones.

—Hermano, tranquilo. Puedo ayudarte —dice Pablo.

El hermano de Pablo baja despacio los dos escalones de la entrada, uno a uno. Da una patada a Pepito que desplaza al animal al menos a cuatro metros de distancia. El perro gruñe de dolor. Lucita tiene el impulso de salir del almacén para socorrer al animal, pero Felipe la agarra del brazo y consigue retenerla.

—¿Cómo vas a ayudarme? ¿Dejándome solo como todos estos años? —Pablo agacha la cabeza—. ¿Tan autosuficiente os creéis que soy? ¿O es que también me das por perdido, como hacen padre y madre?

Pablo niega con la cabeza y poco a poco intenta acercarse a su hermano. Cuando está a escasos centímetros de su cara, recuerda su sonrisa infantil, anterior al despertar de la enfermedad. A la mente de Pablo también acuden los celos que sentía cuando todos se volcaban con su hermano. Cuando todas las atenciones eran para él, por el bien de la familia.

Hoy cenamos tortilla de patata que a tu hermano le gusta mucho, este fin de semana vamos de excursión al campo que le vendrá bien a tu hermano, que anda algo nervioso, mira este jersey para tu hermano, que ya ha destrozado el nuevo. Para tu hermano, tu hermano, tu hermano. Y Pablo siempre callaba, Pablo siempre se resignaba.

Lo había querido mucho, se habían querido mucho, al menos de niños. Después, la vida adulta te despoja de las vendas de la infancia y te dejas arrastrar por lo que te ha tocado vivir, con la venda en la mano, hecha jirones, para taparte los ojos cuando es necesario y mitigar así el dolor para hacer la vida más llevadera. Pero hoy no hay venda que alivie el dolor de Pablo al ver a su hermano en ese estado. Es un animal salvaje que le ataca sin piedad.

Pablo siente cómo le reta con esos ojos verdes que se vuelven más claros cuando la rabia se instala en ellos; lo observa y siente lástima. También siente el aliento de Madame Bombón rebotando en su espalda. Sus pies, pequeños, siguen el cuerpo de Pablo igual que una sombra, como un solo ser. El hermano deja de mirar a Pablo por un instante y centra su atención en el umbral de la puerta del almacén, ha oído algo. Busca a la Francesita, ha venido a por ella.

Pablo aprovecha la distracción de su hermano para intentar coger su brazo. Y Madame Bombón, que ha decidido erigirse en la heroína de su confitería, da unos pasitos rápidos hasta situarse detrás de la espalda del hermano de Pablo. Estira todo su cuerpo, lo máximo que sus extremidades son capaces de alargarse, y de puntillas da un golpe en la cabeza del hermano de Pablo con una de las lamparitas que iluminan la estancia.

El chico cae al suelo, Felipe y Lucita corren hacia la sala y ayudan a sujetarlo para evitar que se mueva cuando recupere la consciencia. Madame Bombón le ata las manos y los pies con el cordón para envolver las bandejas de los pasteles. La Francesita observa la escena desde la puerta del almacén. Está paralizada.

Pablo llora como lo hacía de niño cuando discutían por el mismo juguete, o cuando era invisible para sus padres, o cuando su hermano descargaba toda su ira sobre él.

La Francesita, que siente que el corazón se le va a salir por la boca, se acerca con cautela para ver la cara del hombre que está tumbado en el suelo.

—Es él —asegura la Francesita—. Lo siento, Pablo, pero es él.

—Haz lo que tengas que hacer —dice Pablo mirándola mientras se enjuga las lágrimas de la cara.

La muchacha asiente con la cabeza y levanta el auricular del teléfono que hay en la barra. Unos minutos después, dos policías entran en la confitería y arrestan al hermano de Pablo. Madame Bombón se aproxima para acompañar a la Francesita a comisaría, pero ella niega con la cabeza.

—Quiero hacer esto sola —le indica—. Gracias, *madame*. Por todo.

Pablo y Lucita salen de la confitería, no sin antes dar los correspondientes mimos a Pepito. Desde la puerta ven cómo el hermano de Pablo, esposado y cabizbajo, entra en el coche de policía.

Las lágrimas resbalan por el rostro de Pablo cuando el vehículo avanza hasta desaparecer. Lucita lo observa, ve el dolor en sus ojos y cómo la tensión de los últimos días en su mandíbula desaparece poco a poco. Él se gira y la mira. Con el dedo pulgar de su mano derecha acaricia el rostro de Lucita. Sonríen.

Capítulo 27

Madame Bombón está sentada en la mesa favorita de don Marcial. *Si viera lo que ha pasado, don Marcial, no daría crédito. Ni en una novelita de esas del quiosco pasan tantas cosas raras como en estas últimas semanas*.

El silencio reina en la confitería, tan solo se rompe cuando Madame Bombón gira el tapón de la botella de anís y el licor cae en la copa. Al posar la botella en el mármol suena un ligero golpe que acompaña a los sonidos que hace Felipe al secar de nuevo unos vasos que ya están secos y al limpiar la encimera brillante, que no tiene ni una mancha. Limpio sobre limpio.

Observa a Madame Bombón, que está con la mirada fija en la puerta de entrada. El sonido de la sirena del coche de policía aún resuena en sus oídos, y la mirada de furia y las amenazas del hermano de Pablo se han quedado grabadas en su memoria.

Felipe deja la bayeta en el fregadero y camina hacia la mesa, Madame Bombón le hace un gesto para que se siente.

—Qué entereza la de la Francesita al denunciar al chico. Me ha sorprendido.

—El miedo a veces nos envalentona, aunque parezca mentira. Otras nos paraliza —aclara Madame Bombón con la mirada aún fija en la puerta. Se gira hacia Felipe—. ¿Y a ti, qué?

Felipe la mira, toca la mesa con un dedo detrás de otro, excepto con el que no tiene falange, que queda suspendido en el aire. Los mueve nervioso, rompiendo la quietud del momento.

—¿A mí qué de qué?

—El miedo, ¿te envalentona o te paraliza? —Felipe se encoge de hombros, Madame Bombón suspira. Ha llegado el momento—. Sé que

viniste aquí para esconderte. Vi las hojas de amenazas guardadas en tu bolsa. Te encontraremos, ponía.

Felipe cierra los ojos e intenta coger la mano de Leo, ella no la aparta, pero tampoco corresponde al gesto.

—Anda que…, no has tenido ni la vergüenza de no ponerme en peligro. Y yo dejándome enredar con tus zalamerías otra vez. Menuda idiota. No aprendo, ¿eh, Felipe? Tenga los años que tenga. Que me creo yo que no me la van a dar con queso y vuelves tú aquí y, ale, un surtido de quesos que me como. ¡Qué barbaridad! —se lamenta.

Felipe calla, mira con tristeza a Madame Bombón mientras ella habla en un tono suave, cansado, y se rellena la copa de anís.

—También sé que has sisado dinero de la caja durante este tiempo. No sé en qué andas metido ni quiero saberlo. —Cierra los ojos y apoya su mano en el pecho—. Y eso que algo en mi interior me decía que no, que no me podía fiar de ti, que eras el mismo miserable que me abandonó… Pero yo, por primera vez en años, no hice caso de mi propia intuición.

Madame Bombón se levanta y abre la caja registradora, cuenta algunos billetes y camina hacia la mesita con ellos en la mano.

—Toma, coge esto y lárgate ahora mismo. —Felipe agarra los billetes sin abrir la boca—. Qué pena, porque, a pesar de todo, incluso de lo de Pruden, estaba dispuesta a intentarlo de nuevo, juntos los dos. Pero ¿sabes qué te digo?

—¿Qué?

—Que al menos mi cuerpo se ha llevado alguna que otra alegría. Hay que buscarle el lado positivo a todo.

—Eso dicen.

—Aunque el corazón lo vuelvo a tener destrozado, Felipe. Por tu culpa una vez más. —Sonríe con tristeza.

Felipe resopla mientras se levanta. Entra al almacén y sube a la buhardilla para recoger su bolsa de cuero marrón. Saca un pasador plateado de pelo, el que se ponía Leocadia cuando salían juntos a cenar una vez al

año, y lo deja en el extremo de la cama de la buhardilla, al lado el fajo de billetes que ella acaba de entregarle. Se agacha para tomar la bolsa, mira el pasador de plata y el dinero durante unos segundos. Lo siento, Leo, y con la mano en la que le falta medio dedo vuelve a agarrar el fajo de billetes y se marcha.

Madame Bombón está detrás de la barra. Ha bajado de la vitrina el reloj dorado que Felipe compró aquella mañana en el rastro hace tantos años. Lo ve atravesar el almacén con la bolsa de cuero en la mano. Se planta frente a Madame Bombón, solo les separa la barra de madera de caoba, como en la noche que apareció. Felipe observa el reloj dorado. Los angelotes parecen reírse de él, burlones, sobre todo el de la cara aplastada.

—Es hora de darle cuerda —dice Madame Bombón con una voz fría.

—Gracias, Leo. Como siempre.

Madame Bombón le mira, asiente con pena y ve cómo se marcha meciéndose de un lado al otro a causa de la lesión en la pierna. Pepito gruñe al sentir los zapatos de Felipe subir los dos escalones de la entrada. La puerta de cristal con molduras doradas se cierra tras él.

—La vida sigue.

Madame Bombón mira el reloj dorado, que vuelve a dar la hora.

Capítulo 28

Han pasado tres meses desde que todo volvió a cambiar. Tres meses de la muerte de don Marcial. Tres meses de la detención del hermano de Pablo. Tres meses de la segunda marcha de Felipe. Tres meses desde que la Francesita dejó la buhardilla para mudarse a un piso en el centro con cinco habitaciones, donde recibe a Madame Bombón y a Lucita al menos una vez al mes, coincidiendo con la visita de su hermana mediana, su cuñado y la pequeña Nadia, para la que será «la tía francesa». Tres meses desde que Pruden y Clemente se ven a escondidas de Elvira. Tres meses de besos y arrumacos entre Lucita y Pablo. Tres meses desde que Guillermo dejó de estudiar las oposiciones y se aventuró a la vida de poeta. Tres meses desde que Madame Bombón volvió a dar cuerda al reloj dorado y la fuerza de sus entrañas la obligó a continuar, otra vez. Tres meses de la promesa que madre e hija hicieron frente a las cenizas de don Marcial.

***

El día ha llegado. Lucita y Madame Bombón se dejan mecer por el traqueteo de los asientos del autobús. No han dormido en toda la noche, el pensamiento de que el conductor se marcharía sin ellas les ha impedido conciliar el sueño. Han aparecido dos horas antes por la estación. Impacientes, han esperado la llegada del vehículo, no sin antes preguntar al menos cien veces si esa era la dársena del autobús que va a la playa. El coche de línea lo llamábamos en el pueblo, le cuenta Madame Bombón a Lucita. Lucita le pide que no lo llame así. Han comprobado cada quince minutos

los billetes, al instante los han vuelto a sacar del bolsillo para leer que eran el día y la hora correctos.

Cuando por fin llegó el autobús, un conductor con una camisa de color azul claro de manga corta ha bajado las escaleras de la puerta delantera y ha prendido un cigarro. Madame Bombón se ha tragado su humo, porque la impaciencia la ha llevado a quedarse a escasos centímetros del hombre. Con un gesto de la mano él les ha indicado que esperen, y madre e hija, aferradas a su escaso equipaje, han obedecido como dos niñas a su maestro. Cuando el conductor ha lanzado los restos del cigarro al suelo, las dos han subido y se han acomodado en sus asientos, respirando ya más tranquilas. Después, el nerviosismo se ha instalado de nuevo en ellas. Bajarse en la parada correcta es el siguiente objetivo.

Lucita lleva un vestido ligero de color amarillo con margaritas estampadas y un sombrero de paja que no se quita en ningún momento del trayecto. Tiene la misma sensación del día en el que subió a un tren para intentar sobrevivir sin sus abuelos. Tan solo una niña con una maletita roja que no sabía adónde ir y que con el rugido del hambre en las tripas se resguardó de la lluvia bajo el toldo de una confitería. Lucita comprueba que el autobús no traquetea como aquel viejo tren y que al menos esta vez no viaja sola.

Quedan cuatro horas largas para llegar. Madame Bombón no se ha quitado el luto de falsa viuda, por la costumbre, dice, pero se ha atrevido a abandonar los colores oscuros y a vestirse con un conjunto de blusa y falda de un tono azul que no es ni celeste ni marino, según sus propias palabras. Además, lleva anudado al cuello un pañuelo de estampado geométrico con llamativos colores: blanco, rojo, naranja, verde y, por supuesto, azul. El pelo, adornado por el pasador plateado que había dado por perdido muchos años atrás.

Sobre su regazo sujeta con las dos manos una caja de madera que contiene algo tan preciado como su propia hija Lucita; son las cenizas de don Marcial, que reposan dentro de una urna oscura y elegante. Es la

primera vez que Madame Bombón sostiene un muerto entre sus manos. En su familia, lo habitual es enterrar y sellar con ladrillos y cemento una caja de madera con el cuerpo del finado para después, al cabo de los años, sacar los restos y guardarlos en una bolsa diminuta para que esa sepultura pueda albergar a más familiares muertos. Lo de incinerar le parece moderno, pero la voluntad del difunto prevalece por encima de cualquier cosa, y así lo dispuso don Marcial en un testamento breve, junto con el imperativo de entregar su piso a Lucita.

El día que, acompañada de su madre, Lucita abrió la puerta del piso con su propia llave y vio las maquetas de los barcos, las más antiguas diminutas y las más nuevas, cada vez más grandes, acordes a las dificultades visuales de don Marcial, madre e hija lo tuvieron claro: debían llevar al mar los restos de su amigo. Y hacia allí se dirigían, aferrada la madre a la caja que guarda la urna con las cenizas y asombrada la hija con lo distintas que son a la clientela de la confitería las personas que ve durante el trayecto.

El viaje se hace largo, el calor empieza a ser húmedo e insoportable cuando el conductor canta a viva voz el nombre de la parada en la que ellas deben apearse. Lucita recoge la pequeña bolsa de equipaje y ayuda a bajar las empinadas escaleras del autobús a su madre, quien, con torpeza por no querer darle a Lucita la caja con la urna de las cenizas, consigue llegar a la acera no sin antes sufrir un pequeño resbalón en el último tramo.

El autobús las ha dejado en pleno paseo marítimo. Lucita sujeta el sombrero de paja para que el viento no lo haga volar y Madame Bombón, aunque reacia a desprenderse de la caja, la deja en el suelo con sumo cuidado para desatar el pañuelo que tiene en el cuello y cubrirse la cabeza con él. Lo hace con delicadeza, para no aplastar su voluminoso recogido, peinado en peluquería para la ocasión. Una vez preparada, recoge la caja con la urna de las cenizas y madre e hija atraviesan la playa de arena dorada y templada sin dejar de mirar la inmensidad del mar. Es la primera vez para don Marcial y para Madame Bombón. Lucita disfruta de la sensación con la que su cuerpo acoge ese olor a sal y la brisa marina, como lo hacía de niña. Ahora recuerda

las voces de sus abuelos a través del viento y de un mar más bravo y frío que el que ven sus ojos.

Al llegar a la orilla, las dos mujeres observan a algunos bañistas. Madame Bombón se sonroja al ver los cuerpos casi desnudos de varios hombres de edad similar a la suya e incluso a la de don Marcial. Madre e hija caminan con dificultad a causa de la arena en los zapatos.

—¿Aquí, hija? —pregunta a Lucita, que niega con los ojos.

Madame Bombón es una niña pequeña en ese terreno desconocido para ella. A Lucita le nace el instinto protector y la madurez de la que carece en la confitería. Hoy la adulta es ella.

—No, madre. Vamos para allá, que no creo que a estos señores les apetezca bañarse con las cenizas de don Marcial.

Madre e hija caminan por la orilla hacia el espigón. Allí no hay bañistas y el viento es más fuerte. Aun así, el mar está calmado y mece despacio las pequeñas embarcaciones de madera.

—¿Qué barco cree que le gustaría a don Marcial, madre?

Madame Bombón señala un pequeño navío blanco mientras sujeta la caja con la urna de las cenizas y cierra los ojos para protegerse del viento. La planta de sus pies pisa con fuerza el suelo para evitar tambalearse con cada ráfaga de viento. Lucita abre la caja mientras su madre la sostiene y saca la urna. La hija la ofrece a la madre, que se niega abrirla en favor de Lucita.

—Él querría que lo hicieras tú, hija.

Madame Bombón deja la caja de madera ya vacía en el suelo. El viento parece querer llevársela.

—Habrá que decir unas palabras, ¿no, hija?

—Sí, pero no rece, que él no era muy creyente.

Madame Bombón asiente y, tras un momento de silencio en el que ni madre ni hija se atreven a pronunciar una sílaba, Lucita toma las riendas de la situación.

—Bueno, que cada una piense lo que quiera y después lanzamos las cenizas.

—Parece mentira, con lo que a él le gustaban las palabras y ahora estamos mudas tú y yo. Ale, venga.

Madame Bombón cierra los ojos y Lucita la mira fijamente para advertirle una última vez.

—No rece, madre. —Ella niega.

Lucita sonríe con la urna en la mano. El ala del sombrero se mueve igual que las aletas de un gorrión y los mechones de pelo se le pegan a la cara. Oye el murmullo de la voz de su madre que, desobedeciendo a la hija, recita una letanía para favorecer el descanso eterno de don Marcial. Lucita se da por vencida y con un gesto de la mano libre indica a su madre que se acerque más a ella. Abre la tapa de la urna. Ambas se sonríen con los ojos anegados en lágrimas. Lucita vuelca el contenido del recipiente y las cenizas se escapan en la misma dirección que el viento.

—Navegue, don Marcial, navegue —indica Lucita mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas.

Madre e hija suspiran satisfechas por el objetivo cumplido, abandonan el espigón y vuelven a la orilla del mar. Madame Bombón extiende una toalla de baño y ambas se sientan a comer un bocadillo de jamón y queso con el pan reblandecido debido a las horas de viaje y la humedad. También hay una tartera metálica que Madame Bombón le entrega a Lucita. Cuando la abre, se asombra al ver el contenido. Es una pata de pulpo.

—Con su patata y su pimentón, ¿qué te parece?

—Cachelos, madre, se llaman cachelos. —Lucita sonríe agradecida.

Disfrutan de la comida sin dejar de mirar un mar azul y tranquilo, en cada bocado cruje algo de arena entre sus dientes y puede que también ceniza, pero son incapaces de apartar la vista de esa inmensidad de agua salada. Dejan que cada sensación penetre por cada poro de su piel antes de volver a subir al autobús de vuelta.

***

Tras el regreso de madre e hija, el ajetreo de la confitería sigue su ritmo. Con nuevos fieles a los dulces de Madame Bombón y al refugio que es ese lugar, con la barra de madera de caoba brillante, las mesas de mármol blanco y el suelo negro y blanco, gastado por las suelas de los zapatos y por la ausencia de tacos en las patas de las sillas y de los taburetes carcomidos. El olor a humedad que se mezcla con el olor del café, de la crema pastelera, la vainilla y la canela, también con la naranja confitada y el chocolate. Con los perfumes y los murmullos de los parroquianos y el sonido de las cucharillas que chocan con la loza de las tazas blancas manchadas de café y carmín.

El tiempo parece detenerse y tras la barra está ella, imponente, con una sonrisa fija y la lengua suelta. Madame Bombón, que si calla, ríe y si no ríe, habla. Es un sonido perpetuo.

FIN

Gracias a mis amigas (y amigos) de La Puebla de Almoradiel y de Fuenlabrada por ser raíz; nos hemos visto de todas las maneras y no siempre buenas, pero quedará entre nosotras.

A mi onubense favorito por ser luz; que nunca se nos termine la música.

A las amigas de la URJC que seguís en mi vida; gracias y a pesar del Derecho.

A las amigas de Cuenca por convertiros en red; para sostenerme y para impulsarme.

Gracias a mi familia, la de sangre y la que vino con el cuentacuentos con barba, por consentirnos más de una aventura.

A mi compañero de vida, José, y a mis niñas, Sofía y Emma, por enseñarme que los sueños, a veces, se cumplen.

Gracias a Cris Planchuelo, que con su dulzura y su sabiduría me ayudó a mejorar el texto.

Gracias a Javier y a Ana, mis editores, por la oportunidad y la paciencia. Os está quedando una editorial preciosa.

Gracias a todas las docentes que me inocularon el virus de la curiosidad y la justicia; ahora tengo la casa llena de libros, y la cabeza de pájaros.

Y a ti, lector o lectora, espero que hayas disfrutado de esta historia. Si su lectura te ha incitado al consumo de azúcar o cafeína, me libero de toda responsabilidad. Somos débiles y, cuanto antes lo asumas, mejor para todos.

Si me olvido de alguien importante, que no se ofenda, porque seguro que en algún momento ha formado parte de alguno de los grupos que nombro arriba. Si nos reímos juntos, gracias y si no... la vida también es eso.

Gracias

Si te ha gustado, nos ayudaría muchísimo que dejaras una reseña donde lo compraste. ¡Tardarás 1 minuto!



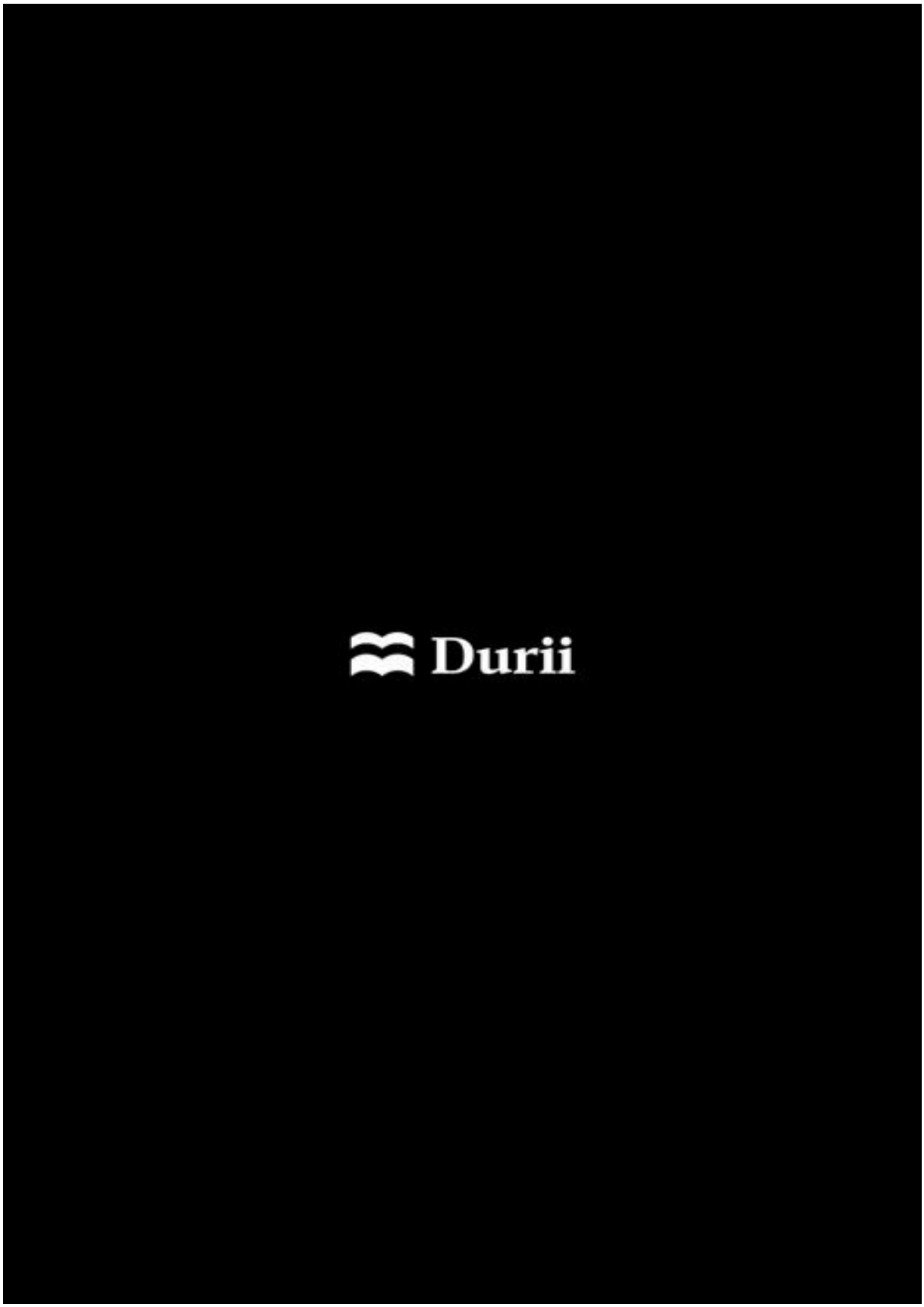
5%
para tu próxima lectura

COD. EBOOK5

www.duriieditorial.com

¿Nos sigues en Instagram?

Nos encanta construir comunidad y familia alrededor de las letras


Durii

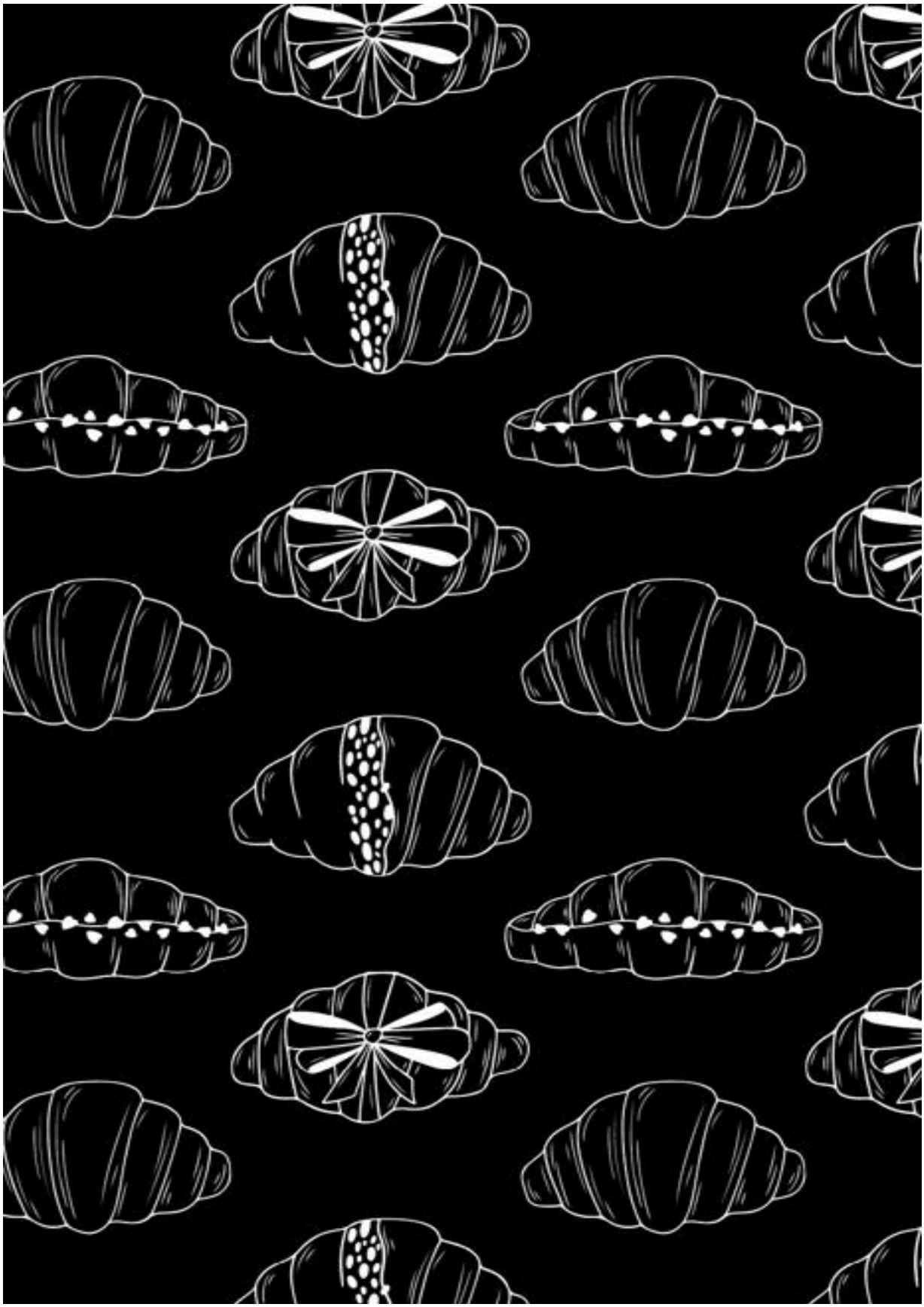


Table of Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28